

MIENTRAS AGONIZO

William Faulkner

ÍNDICE

Darl	4
Cora	4
Darl	6
Jewel	7
Darl	7
Cora	9
Dewey Dell	10
Tull	11
Anse	13
Darl	15
Peabody	15
Darl	18
Vardaman	20
Dewey Dell	22
Vardaman	24
Tull	25
Darl	28
Cash	30
Vardaman	30
Tull	30
Darl	34
Cash	34
Darl	35
Vardaman	35
Darl	36
Anse	37
Darl	37
Anse	38
Samson	38
Dewey Dell	42
Tull	43
Darl	44
Tull	48
Darl	49
Vardaman	53
Tull	54
Darl	55

Cash-----	59
Cora-----	59
Addie-----	60
Whitfield-----	63
Darl-----	64
Armstid-----	65
Vardaman-----	70
Moseley-----	71
Darl-----	74
Vardaman-----	75
Darl-----	76
Vardaman-----	76
Darl-----	78
Vardaman-----	80
Darl-----	81
Cash-----	83
Peabody-----	86
MacCowan-----	87
Vardaman-----	90
Darl-----	92
Dewey Dell-----	92
Cash-----	93

DARL

Jewel y yo salimos del algodonal, por el sendero, uno detrás del otro. Aunque voy a quince pies delante de él, cualquiera que nos observara desde el cobertizo del algodón podría ver el sombrero de paja de Jewel, roto y raído, sobresaliendo por encima de mí.

El sendero, alisado por las pisadas y recocado cual adobe por los calores de julio, va derecho, como tirado a cordel, por entre los verdes liños de las plantas, hacia el cobertizo, situado en medio del algodonal. El sendero, alisado por tantas y tantas pisadas con obsesionante precisión, al llegar allí, se tuerce y rodea el cobertizo, formando cuatro ángulos de suaves vértices, para internarse de nuevo en el algodonal.

El cobertizo está hecho de toscos troncos, de entre los cuales la argamasa ha tiempo cayó. Cuadrado, con el techado roto y a una sola vertiente, se recuesta cual una ruina desolada, pero deslumbrante, en medio de la luz solar: en paredes fronteras, dos grandes y únicas ventanas miran al sendero. Al llegar al cobertizo, yo, por mi parte, sigo el giro del sendero que lo rodea; Jewel, que continúa a quince pies detrás de mí, mirando siempre al frente, se cuele de una zancada por una de las ventanas. Siempre mirando al frente, con sus ojos claros como la madera incrustados en su cara de palo, atraviesa de cuatro zancadas el interior del cobertizo, con la rígida gravedad de uno de esos pieles rojas que hay de muestra en los estancos¹, vestido con un mono remendado y dotado de vida sólo de la cintura para abajo, y de una sola zancada, sale de nuevo al sendero por la ventana opuesta, en el momento mismo en que yo doblo la esquina. Otra vez en fila india, a una distancia de cinco pies, yendo Jewel ahora el primero, seguimos nuestro camino, sendero arriba, hasta el pie del despeñadero.

El carro de Tull está junto al manantial, atado al poste, con las riendas enrolladas en el pescante. En el carro hay dos asientos. Jewel se para delante del manantial, coge la calabaza que cuelga de una rama del sauce y bebe. Me adelanto a él y remonto el sendero. Comienzo a oír la sierra de Cash.

Cuando llego arriba, Cash acaba de dejar de serrar. Pisando sobre un montón de virutas, está tratando de ensamblar dos tableros. Amarillean como oro, tenuemente, entre los espacios de sombra, mostrando en sus flancos las suaves ondulaciones de las señales dejadas por la azuela. ¡Qué buen carpintero es Cash! Mantiene los dos tableros sobre el banco, ajustando sus bordes para que formen una cuarta parte de la caja. Se arrodilla, enfila con la mirada la superficie de los tableros, los deja luego, y vuelve a empuñar la azuela. Buen carpintero. Addie Bundren no podría desear uno mejor, ni una caja mejor en que descansar. Una caja así le dará confianza y comodidad. Sigo hasta la casa acompañado por el *chac, chac, chac* de la azuela.

CORA

Pues ayer mismo recogí los huevos de los nidales y me puse a cocer. Las tortas me salieron pero que muy bien. Dependemos casi por completo de las gallinas que tenemos. Son buenas ponedoras las pocas que nos han dejado las zarigüeyas y otras alimañas. Y las culebras, en el verano. En menos que se dice, se cuele una culebra en un gallinero. El caso es que nos costaron mucho más de lo que mister Tull pensaba, y como le prometí que el gasto lo compensaríamos con los huevos que pusieran, ahora voy a tener que andar con mucho tiento, pues por mí se compraron. Sí que pudimos haber comprado unas gallinas más baratas; pero fui yo misma quien dio su conformidad cuando miss Lavington me dijo que me aconsejaba criar unas que fueran de buena casta, y porque hasta mister Tull admite que una buena casta de vacas o de cerdos, a la larga, trae más cuenta. Pero, como hemos perdido tantos huevos, no nos atrevemos a quedarnos con ninguno para nosotros, pues yo no podría soportar los gruñidos de mister Tull, ya que si se compraron las gallinas fue por mí. De forma y manera que cuando miss Lavington me habló de las tortas, pensé para mis adentros que yo misma podría hacerlas y ganar lo bastante de una sola vez como para aumentar en el equivalente de

¹ A *cigar-store Indian*. Hace algún tiempo, los estancos o tabaquerías solían tener como muestra indicadora un muñeco que figuraba un indio. (N. de los t.)

dos gallinas el valor limpio de mi averío. Y que, incluso, echando en ellas un huevo menos cada vez, los huevos me saldrían por nada. Y esta semana han puesto tantos, que no sólo he recogido bastantes más de los que pensaba vender y emplear en las tortas, sino que, además, aún me han quedado los suficientes como para que la harina y el azúcar y la leña del homo me salgan por nada. Así, que ayer me puse a cocer con más tiento que nunca, y las tortas me salieron pero que muy bien. Pero cuando fuimos esta mañana a la ciudad, miss Lavington me dijo que la señora había cambiado de parecer y que no iba a celebrar la reunión.

–De todas formas, debiera quedarse con las tortas –me dice Kate.

–Eso es –digo–, aunque hay que hacerse cargo de que ya no las necesita.

–Debiera quedarse con ellas –dice Kate–. Claro que estas señoras ricas de la ciudad pueden cambiar de parecer. Los pobres, no.

Las riquezas no son nada a los ojos de Dios, pues Él sabe ver dentro de los corazones.

–Quizá las pueda vender el sábado en la feria parroquial –digo–. Me salieron verdaderamente ricas.

–No sacaré ni dos dólares por cada una –dice Kate.

–Bueno; en realidad, es como si no me hubieran costado nada –dijo–. Los huevos no tuve más que sacarlos de los nidales, y cambié una docena por azúcar y harina. En realidad, es como si las tortas no me hubiesen costado nada; hasta mister Tull sabe que los huevos que había en los nidales sobrepasan con mucho la cantidad que nos habíamos propuesto vender, de forma y manera que estamos como si nos hubiésemos encontrado los huevos o como si alguien nos los hubiese regalado.

–Ella debiera quedarse las tortas, pues ella misma las encargó –dice Kate.

Dios sabe ver dentro de los corazones. Si es voluntad suya que no pensemos todos igual sobre la honradez, no soy yo quién para discutir los divinos designios.

–Yo estoy en que nunca tuvo necesidad de las tortas –digo–. Pero la verdad es que me salieron muy ricas.

Tiene la colcha subida hasta la barbilla, a pesar del calor que hace; destapadas, solamente las manos y la cara. Descansa sobre la almohada con la cabeza en alto de forma que puede mirar por la ventana, y nosotros oímos a Cash cada vez que maneja la azuela o la sierra. Y aunque fuéramos sordos, casi podríamos, observando la cara de ella, oír a Cash, verle. Su cara está tan consumida, que los huesos se dibujan bajo la piel con líneas blancas. Tiene los ojos como dos velas que uno viera derretirse y caer su esperma en las arandelas de unos candeleros de hierro. Pero la salvación eterna y la gracia perdurable no han descendido aún sobre ella.

–Salieron muy ricas –digo–. Pero no como las tortas que Addie solía hacer.

Con sólo fijarse en la funda de la almohada, se puede saber cómo lava y plancha esta chica, si es que alguna vez lo ha hecho. ¡Ah, si abriera los ojos y se viera en manos y a merced de cuatro hombres y de este marimacho!

–No hay mujer por estas tierras que amase y cueza como Addie Bundren –digo–. De seguro que si ella se levanta y se pone a cocer, no vendemos las demás nada.

Debajo de la colcha no hace más bulto que una tabla, y ya sólo puede decirse que todavía alienta por el crujir de las hojas del jergón. Hasta su pelo permanece quieto y pegado a sus mejillas, a pesar de que la chica está a su lado, en pie, dándole aire con el abanico. Mientras la miramos, se pasa el abanico a la otra mano, sin dejar de dar aire con él.

–¿Duerme? –chichisbea Kate.

–No. Está mirando a Cash; allí –dice la chica.

Podemos oír el ruido que hace la sierra en la tabla. Suena como un ronquido. Eula nos vuelve la espalda y mira por la ventana. Su collar hace juego con su sombrero rojo. Nadie diría que sólo le ha costado veinticinco centavos.

–Debiera haberse quedado con las tortas –dice Kate.

Me hubiera venido muy bien ese dinero. Pero, en realidad, es como si no me hubiesen costado nada, salvo el hecho de cocerlas. Le diré que todo el mundo puede cometer un error, pero que no todos saben salir de él sin pérdidas; que no todo el mundo puede comerse sus errores: eso es lo que le voy a decir.

Alguien atraviesa el zaguán. Es Darl. No mira acá adentro cuando pasa frente a la puerta. Eula le sigue con los ojos mientras anda, hasta que él desaparece por la puerta trasera de la casa. Con una mano que levanta juguetea un poco con las cuentas del collar; después se atusa el pelo. Al darse cuenta de que la estoy mirando, sus ojos se turban.

DARL

Padre y Vernon están sentados en el porche trasero de la casa. Padre vuelca tabaco de la tapa de su tabaquera en su labio inferior, manteniendo estirado el labio con el pulgar y el índice. Echan una mirada alrededor cuando yo cruzo el porche y sumerjo la calabaza y bebo.

—¿Por dónde anda Jewel? —dice padre.

Era yo todavía un chiquillo cuando aprendí que el agua sabe mucho mejor si antes ha estado un buen rato en un pozal de madera de cedro. Fresquita, con un ligero sabor semejante al aroma que despiden los cedros con el aire cálido de julio. Tiene que estar así seis horas, por lo menos, y hay que bebería en calabaza. Nunca se debe beber agua en vasijas de metal.

Y de noche sabe aún mejor. Solía yo echarme sobre el jergón, en el zaguán, y aguardaba a sentirlos a todos completamente dormidos; y, cuando lo estaban, me levantaba y dirigía al pozal. El brocal negreaba en el negror de la noche; y la superficie tranquila del agua era un orificio redondo en la nada, donde yo, antes de agitarla y despertarla con el cazo, solía ver una estrella o dos en el pozal, y una estrella o dos en el cazo, antes de beber. Después crecí; cumplí más años. Y entonces esperaba a que todos se fueran a dormir, y así podía echarme, con los faldones de la camisa levantados, a oírles dormir, a sentirme sin tocarme, a sentir el fresco silencio cernirse sobre mis partes y a preguntarme si Cash, allá, en la noche, haría lo mismo, si lo habría estado haciendo durante los dos años últimos, antes que yo pudiera haberlo deseado o hubiera podido hacerlo.

Los pies de padre están desfigurados por completo —sus dedos entumecidos, ganchudos y engarabitados, sin nada de uña en los meñiques—, por haber trabajado en duras faenas, en la humedad, calzado con zapatos de fabricación casera, cuando era niño. Sus zapatones están junto a la silla. Tienen el aspecto de haber sido cortados con un hacha de filo embotado, como hecha con un lingote de hierro. Vernon ha ido a la ciudad. Nunca le he visto ir a la ciudad con mono. Por su esposa, dicen. Ella enseñaba en una escuela. Antes.

Tiro al suelo el agua que sobra, y me seco la boca con la manga. Va a llover antes de mañana. Tal vez antes que se ponga el sol.

—Pues ha bajado a la cuadra —le digo—. A aparejar el caballo.

Ha ido allí a divertirse con el caballo ese. Entrará en la cuadra y saldrá al prado. No verá al caballo por ninguna parte; está allá arriba, entre los pinitos del pimpollar, a la fresca. Jewel silba, una sola vez y penetrantemente. El caballo resopla; entonces Jewel lo ve, reluciente, durante un instante, gozoso, entre sombras azules. Y Jewel vuelve a silbar; el caballo va hacia él, ladera abajo, las patas nerviosas, las orejas en punta e inquietas, moviendo hacia arriba sus ojos desorbitados, y se para a diez pasos, de costado, observando a Jewel por encima de la crin, en atenta y traviesa actitud.

—Venga usted acá, señorito —le dice Jewel.

El caballo se acerca. Con rapidísimos temblores en su piel, tensa y recorrida por torbellinos de lenguas semejantes a llamas. Agitando la crin y la cola, y poniendo en blanco los ojos, el caballo emprende otra corta carrera, corcoveando, y se para de nuevo, firmes las patas, y así se queda, para observar a Jewel. Jewel marcha rápidamente hacia él, con las manos en las caderas. A no ser por las piernas de Jewel, diríase que ambos son dos estatuas talladas para un grupo salvaje al sol.

Cuando ya Jewel casi lo va a agarrar, el caballo se alza sobre sus cuartos traseros y se deja caer de manos, de golpe sobre Jewel. Ahora Jewel está encerrado en un laberinto centelleante de cascos semejantes a una ilusión de alas; entre ellos, debajo del pecho levantado del caballo, Jewel se escurre con la relampagueante flexibilidad de una culebra. Por un instante, antes que la sacudida llegue a sus brazos, ve su cuerpo entero en vilo, horizontal, removiéndose como un látigo, hasta que agarra al caballo por las ventanas de la nariz y toca tierra de nuevo. Y se quedan ambos rígidos, estáticos, terríficos: el caballo, apoyado en sus patas traseras, tiesas y vibrantes, con la cabeza baja;

Jewel, con los talones hincados, ahogando el resoplar del caballo con una mano, acariciándole el cuello con la otra, con incontables golpes cariñosos, insultándole con obscena ferocidad.

Es un momento de rígido y espantoso vacío; el caballo tiembla y lanza quejidos. Luego Jewel se monta en el caballo. Cabalga cuesta arriba, como un torbellino, semejante al restallante azote de un látigo, recortándose en el aire su cuerpo pegado al del caballo. Ahora el caballo se queda plantado, la cabeza gacha, antes de lanzarse a la carrera. Descienden por el cerro, dando saltos, corcoveando, erguido Jewel, sujeto como una sanguijuela a la cruz del caballo, hacia el vallado, donde el caballo, al pararse, con el vientre casi a ras de tierra, hace trepidar sus cascos.

–Bueno –le dice Jewel–. Ahora puedes estarte quietecito, si es que ya estás satisfecho.

Dentro de la cuadra, antes que el caballo se pare, Jewel, a toda prisa, se desliza al suelo. El caballo se dirige al pesebre, seguido de Jewel. Y, sin mirar baria atrás, le suelta una coz, estampando uno de sus cascos en la pared. Como un pistoletazo. Jewel le da de patadas en el vientre; el caballo enarca el pescuezo hacia atrás, enseñando los dientes; Jewel le da de puñadas en el morro y se escurre hasta el sobrado, al que se sube. Pegándose al montón de heno, agacha la cabeza y escudriña por encima de los tabiques hacia la puerta. El sendero está solitario; ni siquiera puede oír desde allí la sierra de Cash. Se yergue y se pone a echar heno al pesebre, a brazadas, a toda prisa, hasta llenarlo.

–Anda, come –dice al caballo–. Llénate esa maldita panza hasta que revientes, cabronazo, hijito de la gran zorra.

JEWEL

Por eso se pone ahí fuera, bajo la mismísima ventana, a clavar y serrar esa condenada caja. Donde ella le vea. Donde todo el aire que aspire esté impregnado de sus martillazos y aserranes, donde ella puede verle y decir: «Mira, mira qué cajita te estoy haciendo.» Ya le he dicho yo que se vaya a cualquier otra parte. Ya le dije: «Pero, por Dios, ¿es posible que quieras verla ahí dentro?» Lo mismito que cuando era chico y ella le dijo que si tuviera abono intentaría cultivar unas flores, y él agarró la cesta del pan y se la trajo llena de estiércol de la cuadra.

Y ahí se están todos, como buharros. Esperando. Abanicándose. Pues ya le he dicho: «¿Es que no vas a dejar de estarte sierra que te sierra y clava que te clava, sin dejar dormir a nadie?...» Y sus manos, puestas sobre la colcha como dos raíces de esas desenterradas, que tratas de lavarlas y nunca las ves limpias. Estoy viendo el abanico y el brazo de Dewey Dell. Ya le he dicho que cuándo la va a dejar sola. Y venga de serrar y de clavar y de remover el aire tan aprisa delante de su cara, que si estás cansado no puedes ni respirar, y esa condenada azuela diciendo: «Ya falta menos, ya falta menos, ya falta menos», para que todos los que pasan por el camino se paren y lo vean, y digan qué buen carpintero es Cash. Si hubiese dependido de mí cuando Cash se cayó de la iglesia aquella, y si hubiese dependido de mí cuando padre se accidentó con aquella carga de madera que le cayó encima, no estaría ocurriendo que cualquier hijo de zorra por estas tierras venga a mirarla descaradamente, pues si hay Dios, ¿para qué diablos existe! Estaríamos los dos solos, yo y ella en la picoreta de un cerro, y yo echaría a rodar las piedras cerro abajo contra sus mismísimas caras, y las subiría y las volvería a arrojar cerro abajo, las caras y los dientes y todo a la porra, hasta que ella estuviera tranquila y esa condenada azuela dejara de decir: «Ya falta menos, ya falta menos, ya falta menos», y ya nos quedaríamos tranquilos.

DARL

Nos quedamos observando cómo da la vuelta a la esquina y sube los escalones. No nos mira.

–¿Listos? –dice.

–En cuanto enganches –le digo–. Espera.

Se detiene; mira a padre. Vernon escupe, sin moverse. Escupe con digna y deliberada precisión sobre el polvo amontonado al pie del porche.

Padre se estriega lentamente las manos en las rodillas. Tiene su mirada puesta más allá del morro del despeñadero, por encima del campo. Jewel le observa un momento; luego se va al balde y se echa otro trago.

–Me molesta la indecisión, no puedo remediarlo –dice padre.

–Esto va a suponer tres dólares –le digo.

En la giba de padre, la camisa está un tanto descolorida. No hay ni una mancha de sudor en su camisa. Jamás le he visto una mancha de sudor en su camisa. Hace mucho, cuando tenía veintidós años, estuvo enfermo por trabajar al sol, y suele decir a la gente que, si sudase alguna vez, se moriría. Supongo que se lo cree.

–Pero si ella no dura hasta que volváis... Se llevaría un disgusto –dice.

Vernon escupe en el polvo. Probablemente lloverá mañana.

–Cuenta con que sí –dice padre–. Quiere ponerse en marcha en seguida. –La conozco bien. La prometí que yo tendría la yunta aquí y todo listo, y cuenta con ello.

–Pues de fiijo necesitamos esos tres dólares –le digo.

Se pone a mirar al campo y estriega sus manos en las rodillas. Desde que se le cayeron los dientes, cuando engulle, su boca se hunde con lentas repeticiones. Los cañones de la barba dan a su mandíbula inferior ese aspecto propio de los perros viejos.

–Lo mejor sería que lo decidierais cuanto antes; así podríamos ir allá y traer una carga antes que oscurezca –digo.

–Cállate, Darl. Madre no está tan enferma –me dice Jewel.

–Cierto –dice Vernon–. Está más en sus cabales que hace una semana. A la hora que tú y Jewel volváis, ya se habrá levantado.

–Eso tú lo sabrás –le dice Jewel–. Tú, que te has pasado el tiempo mirándola. Tú, y los tuyos.

Vernon le mira. Los ojos de Jewel parecen madera clara en su cara, intensamente roja. Es un palmo más alto que todos nosotros; siempre lo fue. Les he dicho que por eso madre le castigaba y le pegaba siempre mucho. Porque llenaba más que ninguno la casa. Les he dicho que por eso le puso de nombre Jewel, joya.

–Cállate, Jewel –le dice padre.

Aunque parece no estar muy al tanto de la conversación. Tiene su mirada perdida en el horizonte, al tiempo que se estriega las rodillas.

–Podías pedir prestado el carro de Vernon; luego iríamos en vuestra busca –le digo–. En el caso de que ella no nos espere.

–Pero ¿quieres cerrar ya esa condenada boca? –me dice Jewel.

–Ella quiere ir en el nuestro –dice padre.

Se estriega las rodillas.

–Nada me fastidiaría más.

–Mira que estarse ahí echada, viendo cómo Cash se afana con esa maldita... –dice Jewel.

Lo dice broncamente, salvajemente, sin pronunciar la palabra. Como un chiquillo en la oscuridad que quisiera darse ánimos y que, de pronto, enmudeciera, asustado de su propia voz.

–Ella lo quiere así por la misma razón que quiere ir en el carro nuestro –dice padre–. Descansará más tranquila si sabe que está bien hecha, si es la suya. Siempre fue muy suya. Ya la conocéis.

–Pues que se salga con la suya –dijo Jewel–. Pero ¿por qué diablos vais a esperar que sea la...?

Y mira a la nuca de padre con sus ojos claros, como de madera.

–Claro –dice Vernon–. Ella aguardará a que esté terminada. Aguardará a que todo esté listo, hasta que llegue su hora. Y tal como están ahora los caminos, no te supondrá mucho llevarla hasta la ciudad.

–Se está preparando para llover. Está visto que no tengo suerte. Nunca la tuve –se estriega las manos en las rodillas–. Y todo por ese doctor de los demonios, que lo mismo llega a una hora que a otra. No puede avisarle hasta muy tarde. Si por acaso viniera mañana y le dijera a ella que la hora se acercaba, ella no esperaría. Perdería entonces la cabeza, y con nada del mundo se la tranquilizaría. Estaría impaciente por llegar al cementerio ese de los suyos, el de Jefferson, donde tantos de su misma sangre la esperan. La prometí que yo y los chicos la llevaríamos allá todo lo aprisa que las

mulas caminen, de forma y manera que pueda descansar tranquila –se estriega las manos en las rodillas–. Nada me fastidiaría más.

–Si no estuviéseris todos quemándoos la sangre por llevarla allá... –dice Jewel con esa áspera y salvaje voz suya–. Y Cash, todo el día al pie mismo de la ventana clavando y serrando esa...

–Ella lo quiere así –dice padre–. Lo que pasa es que tú no le tienes ningún afecto. Nunca se lo has tenido. Nosotros no tenemos por qué agradecer nada a nadie –dice–, ni yo ni ella. Nunca hasta ahora hemos tenido que agradecer nada a nadie, y ella descansará más tranquila si es así, y si sabe que ha sido uno de su misma sangre el que ha serrado los tableros y ha clavado los clavos. Siempre ha sido de las que les gusta dejarlo todo bien recogido.

–Esto va a suponer tres dólares –le digo–. ¿Quieres que vayamos o no? –padre se estriega las rodillas–. Estaremos de vuelta mañana, al ponerse el sol.

–Bueno –dice padre.

Mira el horizonte –tiene el pelo enmarañado–, mascando tabaco lentamente con sus encías.

–Pues vámonos –dice Jewel.

Baja los escalones. Vernon escupe limpiamente en el polvo.

–Hasta que se ponga el sol, pues –dice padre– no quiero que la hagáis esperar.

Jewel echa un vistazo atrás; luego da un rodeo a la casa. Entro en el zaguán. Antes de llegar a la puerta, oigo las voces. Volcándose un poco, cerro abajo, lo mismo que nuestra casa, una brisa sopla siempre por el misino zaguán hacia arriba. Una pluma que cayese junto a la entrada se levantaría e iría a rozar el techo, y retrocedería hasta alcanzar la corriente que gira, para descender luego hacia la puerta trasera. Lo mismo las voces. Cuando entras en el zaguán suenan como si estuvieran hablando en el aire que se cierne sobre tu cabeza.

CORA

Fue la cosa más conmovedora que he presenciado jamás. Fue como si él supiera que nunca más volvería a verla, como si supiera que Anse Bundren le estaba apartando del lecho mortuario de su madre, para que nunca más volviese a verla con vida. Siempre he dicho que Darl era diferente de todos ellos. Siempre he dicho que él es el único parecido a la madre, el único que le tenía algún afecto. No como ese Jewel, por quien tanto padeció ella al traerlo al mundo y al que ha criado entre sus faldas y tanto le ha consentido cuando él cogía una rabieta o se amurriaba, ideando diabluras para endemoniarla. Lo que es yo, yo le habría sacudido de cuando en cuando. No será él quien venga a decir adiós a su madre. No será él quien desperdicie la ocasión de sacarse esos tres dólares por dar a su madre el beso de despedida. Es un Bundren de pies a cabeza, que a nadie quiere, que no se preocupa más que de ganarse algo con el menor esfuerzo.

Mister Tull dice que Darl les pidió que esperasen. Dijo que Darl casi les suplicó de rodillas que no le coligasen a dejar a su madre en tal estado. Pero por nada del mundo se perderían Anse y Jewel la ocasión de ganarse esos tres dólares. Nadie que conozca a Anse esperaría otra cosa; pero es inconcebible que ese muchacho, ese Jewel, venda todos esos años de abnegación y de la más completa predilección (lo que es a mí no me engañan; mister Tull dice que mistress Bundren quería a Jewel menos que a ninguno; pero yo estoy al cabo de la calle; yo sé que ella sentía debilidad por él, porque veía en él lo mismo que le hacía soportar a Anse Bundren cuando mister Tull decía que ella debería envenenarle) por tres dólares y niegue a su madre moribunda el beso de adiós.

Pues... durante las tres últimas semanas he estado viniendo siempre que he podido, viniendo a veces cuando no debiera, abandonando incluso a los míos y mis deberes, para que tuviera la compañía de alguien en sus últimos momentos, y no fuera a enfrentarse con lo desconocido sin un rostro familiar a su lado que le diera valor. Y no es que yo quiera que se me agradezca; espero que un día hagan lo mismo conmigo. Pues, a Dios gracias, entonces, veré a mi lado las caras de los míos, a quienes tanto quiero, y que son de mi propia sangre, pues, gracias a mi marido y a mis hijos, he sido más dichosa que otros, por muchas pruebas que haya habido que atravesar.

Vivía ella sola, a solas con su orgullo, tratando de hacer creer a la gente otra cosa, ocultando que a todo lo que llegaban los suyos era a soportarla, pues aún no se había enfriado en el ataúd, y ya

llevaban recorridas cuarenta millas para enterrarla, con menosprecio de la voluntad de Dios, negándose a que ella descansara en la misma tierra que esos Bundrens.

–Pero ella lo ha querido –me dijo mister Tull–. Era su deseo descansar entre los suyos.

–Y entonces, ¿por qué no se fue en vida? –le dije–. Pues porque ninguno de ellos se lo habría impedido, ni siquiera el pequeño, lo suficientemente viejo ya para ser tan egoísta y duro de corazón como los otros.

–Fue por deseo suyo –me dijo mister Tull–. Yo se lo oí decir a Anse.

–Y tú creerías a Anse, naturalmente –le dije–. Él es como quisieras ser tú. No me digas.

–¿Y por qué no he de creerle una cosa en que no le va nada en decirla? –me dijo mister Tull.

–No me digas –le dije–. El puesto de una mujer está al lado de su marido y de sus hijos, viva o muerta.

–Bueno; no todos somos iguales –me dijo.

Ojalá sea así.

He tratado de vivir rectamente ante Dios y ante los hombres, para honrar y confortar a mi cristiano marido y por amor y respeto de mis cristianos hijos. De forma y manera que cuando deje esta vida, consciente de mi deber y del pago que merezco, estaré rodeada de rostros queridos, llevándome como recompensa el beso de despedida de todos los míos, de todos los que amo. No como Addie Bundren, muriendo abandonada, escondiendo su orgullo y su corazón destrozado. Contenta de dejar la vida. Yaciendo ahí, con la cabeza en alto, para poder ver a Cash construir el ataúd, sin quitarle ojo para que no chapucee; en compañía de esos hombres que no se preocupan de nada, excepto de si tendrán tiempo de ganarse otros tres dólares antes que empiece a llover, antes que el río vaya demasiado crecido para pasarlo. Si ellos no se hubiesen determinado a hacer esa última carga, la habrían cargado a ella en el carro, sobre una colcha, y entonces habrían pasado el río y luego se habrían detenido para dar tiempo a que muriese de muerte tan cristiana como cabe esperar en ellos.

Excepto Darl. Fue la cosa más conmovedora que haya presenciado jamás. A veces, durante cierto tiempo, pierdo por completo la fe en la naturaleza humana; me asalta la duda. Pero Dios Nuestro Señor siempre acaba por devolverme la fe y mostrarme su bondadoso amor a las criaturas. Mas no por Jewel, al que tanto ha querido ella; por él, no. Lo que es él, solo pensaba en esos tres dólares. Fue por Darl, de quien todos dicen que es un raro, un perezoso, que anda siempre haraganeando por ahí, ni más ni menos que Anse; al contrario que Cash, tan buen carpintero, atareado más de lo que puede, y que Jewel, siempre ocupado en algo que le proporcione algunas perras o dando que hablar, y que esa chica, casi en cueros, que siempre está encima de Addie con un abanico, de forma y manera que, si alguien trata de hablarla o darle ánimos, ha de responder ella a toda prisa, como si tratase de impedir a todos que se le acerquen para nada.

Fue por Darl. Vino hasta la puerta, y se quedó allí, mirando a su moribunda madre. No hizo más que mirarla, y yo sentí renacer en mí el bondadoso amor de Dios Nuestro Señor y su gran misericordia. Yo vi que con Jewel ella no hacía más que aparentar, mientras que lo había entre ella y Darl era comprensión y verdadero amor. No hizo más que mirarla, sin ni siquiera acercarse a donde ella pudiera verle para que no se sobresaltara, pues sabía que Anse le estaba aguardando y que nunca más volvería a verla. No dijo nada; tan solo estuvo mirándola.

–¿Qué es lo que quieres, Darl? –dijo Dewey Dell, sin parar de abanicar, en voz alta, de prisa, sin permitir que se acercara.

No respondió. No hizo más que quedarse en pie y mirar a su madre moribunda. En su corazón no cabían palabras.

DEWEY DELL

La primera vez que yo y Lafe recogíamos juntos copos de algodón, liño adelante. Padre no quiere sudar, pues la enfermedad se lo llevaría, a él y a todo el que venga a ayudarnos. Y a Jewel no le importa nada, ni tan siquiera su familia: no parece ser de ella. Y Cash, sierra que sierra, en tablones como quien dice, los días largos, cálidos, tristes y amarillentos, para clavarios en algo. Y padre se piensa que los vecinos se conducirán siempre lo mismo, pues siempre se ha sentido

demasiado propicio a consentirlos que trabajen por él para que se haya dado cuenta de nada. Ni creo que Darl se haya dado cuenta tampoco, pues está sentado a la mesa, con la mirada perdida más allá de la cena y de la lámpara, con los ojos llenos del campo que se saca del cráneo, con las órbitas hinchadas de lejanía.

Recogíamos juntos los copos de algodón, liño adelante, los árboles cada vez más cercanos y más cercana la sombra secreta y recogíamos copos camino de la sombra secreta, yo con mi talega y Lefe con la suya.

Pues me dije: «Puede que yo lo haga o que no, cuando la talega esté medio llena», pues me dijo que si la talega está llena cuando lleguemos a los árboles, no habrá sido por mí. Me dije que si no está de Dios que yo lo haga, la talega no se llenará, y volveré por el liño de al lado; pero si la talega está llena, no podré remediarlo. Será que yo tenía que hacerlo, y que no podía remediarlo. Y recogíamos los copos de algodón, camino de la sombra secreta, y nuestros ojos se hundían los unos en los del otro, al tocarse mis manos y sus manos, y yo sin decir nada. Yo dije: «¿Qué estás haciendo?» Y él dijo: «Estoy echando los copos en tu talega.» Y de esta manera estuvo llena cuando llegamos al final del liño, y yo no pude remediarlo.

Y así ocurrió que yo no pude remediarlo. Ocurrió entonces, y entonces yo vi a Darl y vi que se había dado cuenta. Dijo que lo sabía sin decir palabra, igual que si dijera que madre se estaba muriendo: sin decir palabra; y supe que él lo sabía, porque si él lo hubiera dicho con palabras, yo no me hubiera creído que él había estado allí ni que nos viera. Pero él dijo que lo sabía, y yo dije: «¿Es que vas a contárselo a padre, es que quieres matarle?» Sin decir palabras lo dije, y él dijo: «¿Por qué?», sin decir palabra. Y por eso puedo hablarle, pues le conozco y le odio, porque él lo sabe.

Está en la puerta, mirándola.

–¿Qué es lo que quieres, Darl? –digo.

–Se está muriendo –dice–. Y esa vieja zopilote de Tull viene a verla morir; pero yo me las entenderé con ellos.

–¿Cuándo va a morirse? –le digo.

–Antes que volvamos –dice él.

–Entonces, ¿por qué te llevas a Jewel? –le digo.

–Le necesito para que me ayude a cargar.

TULL

Anse sigue frotándose las rodillas. Su mono está descolorido; en la una rodilla tiene un remiendo de paño, reluciente por el uso, sacado de unos pantalones de domingo.

–Es lo que más me fastidiaría –dice Anse.

–Hombre, siempre hay que estar en todo –le digo–; pero, de todas formas, no ocurrirá nada malo.

–Ella quiere ponerse en camino en seguida –me dice–. Jefferson no está cerca, que digamos.

–Pero los caminos están bien ahora –le digo.

Y eso que puede que llueva esta noche. Y eso que los suyos están enterrados en New Hope, ni a tres millas de distancia. A nadie se le ocurre casarse con una mujer que ha nacido a un día largo de camino, y eso a paso de caballo, y que se le muera a uno antes.

Está mirando al campo, frotándose las rodillas.

–Es lo que más me fastidiaría –dice.

–Volverán con tiempo de sobra –le digo–. Yo que usted, no pasaría cuidado.

–Es que son tres dólares –dice.

–Puede que no tengan necesidad de volver a toda prisa –le digo–. Yo estoy en que no será así.

–Ella se está yendo –dice–. No piensa más que en ello.

Por cierto que es dura la vida para las mujeres. Para algunas. Me acuerdo que mi madre llegó a los setenta y pico. Siempre atareada, lloviera o hiciese sol. Sin un día en cama desde que le nació el último crío. Hasta que, un buen día, hizo como si mirase a su alrededor, y entonces va y coge aquel camisón suyo, adornado con puntillas, que había tenido guardado cuarenta y cinco años y que nunca había sacado del arca, y fue y se lo puso y se echó en la cama y se tapó con el cobertor y cerró los ojos.

–Ahora, a cuidar de vuestro padre lo mejor que podáis –dijo–. Ya no puedo más.

Anse se estriega las manos en las rodillas.

–Todas las cosas nos las manda Dios –dice.

Podemos oír cómo Cash sierra y clava, al otro lado de la casa.

Es lo que yo digo. Nunca se ha dicho nada más cierto.

–Dios nos manda todas las cosas –digo.

El chico ese remonta la ladera. Trae un pez guarro casi tan grande como él. Lo tira al suelo y respinga: «Aj», y escupe como un hombre por encima del hombro. Condenado pez, casi tan largo como él.

–¿Qué es eso? –digo–. ¿Un guarro? ¿De dónde lo has sacado?

–Por la parte del puente –dice.

Lo vuelve; tiene una costra de polvo pegada donde la tripa está húmeda, y un ojo tapado, abultado bajo el polvo.

–¿Es que piensas dejarlo ahí tirado? –dice Anse.

–Se lo voy a enseñar a madre –dice Vardaman.

Mira hacia la puerta. Podemos oír la conversación que trae la corriente del aire. Y a Cash, también, clava que te clava los tableros.

–Ahora tiene compañía –dice.

–Sí, pero son los míos –le digo–. Seguro que también les gustará verlo.

No dice nada; está observando la puerta. Después mira al suelo, al pez, que yace en el polvo. Lo vuelve con el pie, y con el dedo gordo le hurga en el globo del ojo, barrenándolo. Anse está mirando al campo. Vardaman mira a la cara de Anse; después, a la puerta. Se da la vuelta para irse a la esquina de la casa, pero Anse le llama, sin volverse para mirarle.

–Tú, limpia ese pescado –dice Anse.

Vardaman se para.

–¿Y por qué no lo limpia Dewey Dell? –dice.

–Que limpies ese pescado –dice Anse.

–¿Y por qué yo? –dice Vardaman.

–Que lo limpies –dice Anse.

No se vuelve a mirarle. Vardaman va y recoge el pescado. Se le escurre de entre las manos, y le empuerca de lodo húmedo. Otra vez está el pez en el suelo, enlodándose de nuevo, con la boca abierta, saltándosele los ojos y escondiéndose entre el polvo, como si se avergonzara de estar muerto, como si tuviera prisa de ocultarse de nuevo. Vardaman lanza tacos contra él. Lanza tacos como un hombre hecho y derecho. Despatarrado, delante del pez. Anse ni mira siquiera. Vardaman vuelve a cogerlo. Y se marcha dando un rodeo a la casa; lleva el pez en brazos, como si fuera un brazado de leña, saliéndosele el pez, la cabeza y la cola, por los lados. ¡Y qué grande es este condenado pez!

Las muñecas de Anse asoman por las mangas de la camisa. Jamás le he visto en toda mi vida con una camisa que parezca suya. Le sientan todas como si Jewel le estuviese dando las que se le quedan viejas. No son de Jewel, sin embargo. Es que tiene los brazos larguiruchos, como si estuviera dando el estirón. Además, no están sudadas. El caso es que puedes estar seguro que no han sido nunca de nadie más que de Anse. Sus ojos, perdidos en el horizonte, parecen dos carbones gastados y metidos en su rostro.

Al llegar la sombra a los escalones, dice:

–Ya son las cinco.

Nada más levantarme se presenta Cora en la puerta y dice que ya es hora de que marchemos. Anse quiere coger sus zapatos.

–¡Bah! Mister Bundren –dice Cora–, no tiene por qué levantarse ahora.

Anse se calza los zapatos, haciendo fuerza con los pies, como lo hace todo, pues siempre piensa que no va a poder hacerlo, y que tendrá que desistir de ello. Al llegar al zaguán, los oímos arrastrarse por el suelo, como si fuesen unos zapatos de hierro. Va hasta la puerta, de donde está ella, como quien se piensa que la va a ver levantada, sentadita en una silla o barriendo; y mira

adentro, con el mismo asombro con que siempre mira al verla todavía en la cama, en compañía de Jewel, que siempre está abanicándola con el abanico. Y ahí se está, como si no tuviera intención de moverse ni de nada.

–Anda, será mejor que nos vayamos –me dice Cora–. Tengo que echar de comer a las gallinas.

Se está preparando para llover, sí. Esas nubes no engañan. Y el algodón va como Dios manda.

Otra cosa que le va a dar quehacer. Cash sigue ajustando sus tableros.

–Si podemos ayudar en algo... –se ofreció Cora.

–Cuando llegue el caso, ya nos lo dirá Anse –digo.

Anse nos mira. Mira alrededor de sí, pestañeando, como asombrado, igual que si estuviera hecho polvo de la sorpresa y como si incluso se asombrara de estarlo. Ojalá que Cash trabajara con el mismo afán en mi granero.

–Ya le dije a Anse que probablemente no habría ninguna necesidad de nada –digo–. Espero que no.

Pero él dice que a ella se le ha metido en la cabeza, y que está decidida a irse.

–A todos nos llegará nuestra hora –dice Cora–. Y que Dios no nos abandone.

–Me refiero a la cosecha –digo.

Le tengo dicho que le echaré una mano si se ve en un apuro, enferma como está ella y con lo que pueda suceder. Igual que todos los de por aquí, he hecho por él tanto, que no tengo más remedio que seguir haciéndolo.

–Quería haber ido a los trigos hoy –dice Anse–. Pero estoy que no puedo pensar en nada.

–Puede que ella dure hasta que usted haya recogido –digo.

–Dios lo quiera –dice.

Ojalá que Cash trabajara con ese mismo afán en mi granero. Al pasar nosotros, levanta la vista, y dice:

–No sé si podré trabajar en lo suyo esta semana.

–No hay ninguna prisa –le digo–. Cuando buenamente pueda.

Subimos al carro. Cora coloca la cesta de las tortas en su regazo. Se está preparando para llover, de seguro.

–No sé qué va a ser de él –dice Cora–. No, no lo sé.

–Pobre Anse –digo–. Ella le ha estado dando quehacer durante treinta años. Creo que ella está cansada.

–Pues yo creo que ella le va a durar treinta años más –dice Kate–. Y si no, ya se buscará él otra antes de la recolección del algodón.

–Cash y Darl podrían casarse ahora, creo yo –dice Eula.

–¡Pobre muchacho! –dice Cora–. ¡Pobrecillo!

–¿Y qué me decís de Jewel? –dice Kate.

–Que también podría casarse –dice Eula.

–Pues claro –dice Kate–. Claro que se casará. Seguro. Creo que hay más de una chavala de por aquí que no querría ver a Jewel amarrado. Bueno; después de todo, ¿qué le importa a nadie?

–Mira, Kate –dice Cora.

El carro comienza a chirriar.

–¡Pobrecillo! –dice Cora.

Se está preparando para llover esta misma noche. Sí, señor. Cuando un carro chirría, es señal de que el tiempo está muy seco. Pero eso tiene remedio. Ya lo creo que lo tiene.

–Debería haberse quedado con las tortas, ya que las había encargado –dice Kate.

ANSE

¡Qué camino más condenado! Y, por si fuera poco, va a llover. Como si lo estuviera viendo: va a caer la lluvia detrás de ellos como una tapia; va a caer entre ellos y lo que tengo prometido. El caso es que yo hago lo que puedo, hasta donde da de sí mi cabeza; pero esos condenados muchachos...

Y ahí está el camino frente a mi puerta. Para que todo lo malo que hay por el mundo llegue hasta aquí. Ya se lo dije a Addie, que no era nada bueno vivir junto a un camino, tenerlo tan cerca; pero

ella, como mujer que es, dijo: «Pues anda, vámonos de aquí.» Pero lo que yo decía es que no era cosa buena, pues Dios ha hecho los caminos para viajar; pues ¿por qué, si no, los iba a poner tendidos sobre la tierra...? Pues cuando Él quiere que una cosa se mueva, bien que la hace alargada, sean caminos o caballos o carros; pero cuando Él quiere que una cosa se esté quieta, la hace para arriba, como los árboles y los hombres. De forma y manera que nunca le ha gustado a Él que las personas vivan junto a los caminos; pues, vamos a ver, ¿qué es lo primero, pregunto yo, el camino o la casa? ¿Se sabe que Dios haya puesto nunca un camino junto a una casa, eh?, pregunto. En el jamás, eso es lo que yo digo. Pues, entonces, no sé a qué viene que la gente no descansa hasta que no ha puesto su casa donde todo el mundo que por allí pase pueda escupir desde el carro en tu propia puerta; y así la gente no descansa, y, como no descansa, busca marcharse a otra parte, sin pensar que Dios los ha hecho para estarse en su sitio, como se están los árboles o los montones de trigo. Pero es que si Dios hubiese querido que los hombres estuvieran siempre de un lado para otro, ¿es que no los habría hecho tripa abajo, como las culebras? Pues claro que así los habría hecho, si lo hubiera querido.

Ahí está, para que todo lo malo que haya pueda encontrarla, entrarse por mi puerta; y encima, el colmo de los impuestos. Y mira que tener que pagar porque a Cash se le haya ocurrido irse a aprender de carpintero; pues si no hubiera estado el camino, no se le habría ocurrido. Y para que, además, se caiga de las iglesias y no pueda echar una mano en más de seis meses, y mientras tanto, yo y Addie hechos unos esclavos, cuando precisamente había más que serrar y él podría haberlo hecho, de haber podido ir a hacerlo.

Bueno; y de Darl, ¿qué? Y me dicen, los condenados, que me desprenda de él. No es que yo tenga miedo al trabajo. Siempre lo he ganado para mí y para los míos y nunca nos ha faltado un techo que nos cobije. El caso es que querían quitármelo, precisamente porque sabe dónde tiene la mano derecha, precisamente porque siempre tiene sus ojos llenos de las tierras. Ya se lo tengo dicho a ellos, que él iba muy bien al principio, cuando tenía sus ojos llenos de las tierras, cuando las tierras se extendían por todas partes; nada ocurrió hasta que vino ese camino y transformó las tierras de por acá; hasta que, como él seguía con sus ojos llenos de campo, empezaron a amenazarme con separarle de mí, tratando de apartarle de mí por la ley.

Y me lo han hecho purgar. Era ella una mujer sana y fuerte como la que más. La culpa de todo la tiene este camino. Ahí se está echada, descansando en su propia cama, sin pedir ni esto a nadie.

—¿Estás mala? —le digo.

—No; no estoy mala —me dice.

—Estate echada y descansa —le digo—. Sabía que no estás mala. Lo que te pasa es que estás cansada. Estate echada y descansa.

—No estoy mala —volvió a decir—. Me voy a levantar.

—Estate quieta y descansa —le digo—. Lo que te pasa es que estás cansada. Ya te levantarás mañana.

Era ella una mujer sana y fuerte como la que más. La culpa de todo la tiene este camino.

—Nunca le he llamado a usted —le digo—. Sepa que yo nunca le he llamado.

—Ya lo sé que no —me dice Peabody—. Ni lo dudo. ¿Dónde está ella?

—Se ha echado —le digo—. Solo está algo cansada; pero ya...

—Sálgase de aquí, Anse —me dice—. Vaya a sentarse un rato al porche.

Y ahora las voy a pagar todas juntas; yo, que no tengo ni un diente en la boca, y precisamente cuando esperaba levantar cabeza y arreglarme la boca para poder comer como Dios manda; y eso que hasta el día de hoy ella fue la mujer más sana y fuerte de estas tierras. Las voy a pagar todas juntas por necesitar esos tres dólares. Las tengo que pagar todas juntas por haber dejado que los chicos se lo vayan a ganar por ahí fuera. Y ahora, mismamente como si lo adivinara, veo que la lluvia va a caer entre nosotros, que se va a asomar al camino como un hombre endemoniado, como si no hubiera en todas estas dichosas tierras otra casa más que la nuestra sobre la que llover.

Más de una vez he oído a algunos renegar de su suerte, y con razón, pues estaban cargados de pecados. Pero lo mío no es un reniego, pues nada he hecho de que pueda arrepentirme. No soy religioso, lo reconozco. Pero mi conciencia está tranquila; bien lo sé. No he hecho ni más ni menos

que lo que otros hacen y se lo callan; pero sé que Dios Nuestro Señor, amén, mirará por mí como por un gorrión que no puede volar. Pero se me hace difícil pensar que un hombre llegue a verse en tanta necesidad a causa de un camino.

Vardaman llega. Tiene ensangrentadas las rodillas como un matachín, como si hubiera troceado el pez a hachazos, de mala manera; tal vez lo haya tirado por ahí y nos engañe luego diciéndonos que los perros se lo han zampado. Qué se le va a hacer. Reconozco que no se puede esperar de él más que de sus hermanos mayores. Viene mirando a la casa, tranquilo, y se sienta en los escalones.

–¡Uf! –dice–. ¡Estoy más cansado!

–Anda y ve a lavarte las manos –le digo.

No hay mujer como Addie para hacerlos andar derechos, sean chicos o grandes. Tengo que confesarlo.

–Estaba llenito de sangre y de tripas, como un cochino –me dice Vardaman.

El caso es que no tengo ganas de nada, y menos aún con este tiempo que hace y me acaba.

–Padre –me dice–, ¿es que está la madre un poquito más mala?

–Anda y ve a lavarte las manos –le digo.

Pues el caso es que no tengo ganas de nada.

DARL

Se ha pasado toda la semana en la ciudad. Tiene el cogote completamente pelado, con una línea blanca entre el cabello y la tez tostada, semejante a la coyuntura de un hueso blanco. Ni una vez se ha vuelto a mirar.

–Jewel –digo.

Corriendo hacia atrás, canalizado entre los dos pares de inquietas orejas de las mulas, el camino desaparece debajo del carro como si fuera una cinta y el eje delantero fuese una devanadera.

–Escucha, Jewel: ¿sabes que ella se está muriendo?

Tiene que haber dos personas para hacerte, pero para morir con una sola basta. Cualquier día se acaba el mundo.

Le digo a Dewey Dell:

–Lo que tú quieres es que ella se muera, para poder irte a la ciudad, ¿no es cierto?

Ella no querría decir nunca lo que los dos sabemos.

–La razón de que no quieras decirlo consiste en que, si lo dices, aunque sea a ti misma, sabrías que ello es cierto. ¿No es eso? Bien que lo sabes que es cierto. Casi podría decirte desde qué día lo sabes. ¿Por qué no quieres decir que lo es, aunque no sea más que a ti misma? No lo quiere decir. No hace más que decir:

«¿Es que se lo vas a contar a padre? ¿Es que quieres matarle?»

–Tú no llegas a creer que sea cierto, porque no puedes creer que Dewey Dell, Dewey Dell Bundren, pueda llegar a tener tan mala suerte. ¿No es eso?

El sol, que ha estado durante una hora sobre el horizonte, se ha posado como un huevo ensangrentado encima de una cresta de nubarrones. La luz se ha hecho de cobre: fatídica para los ojos, como de azufre para la nariz, olorosa a relámpagos. Cuando llegue Peabody tendrán que hacer uso de la cuerda. Se le hinchó la andorga de comer verduras crudas. Tirarán de él con la cuerda, sendero arriba, y parecerá un globo que ascienda por el aire azufrado.

Y yo digo:

–Jewel, ¿sabes tú que Addie Bundren se está muriendo; que Addie Bundren se está muriendo?

PEABODY

Cuando por fin Anse me llamó por su propia voluntad, me dijo: «Eso es que ya ha acabado con ella.» Y me dijo: «ha hecho bien»; y al principio no quería yo acudir porque podría tratarse de algo que no pudiera hacer y que, ¡diablos!, tuviera que sacarla a rastras. Pensé que posiblemente tienen en las regiones celestiales las mismas costumbres estúpidas de la Facultad de Medicina y que posiblemente era Vernon Tull el que me llamaba otra vez, para que llegara en el momento justo,

pues Vernon siempre hace así las cosas, mirando por el bolsillo de Anse más de lo que acostumbra mirar por el suyo propio. Pero cuando ya el día había avanzado lo bastante como para saber qué tiempo iría a hacer, me di cuenta que nadie sino Anse me llamaba. Me di cuenta que nadie más que un hombre sin suerte alguna podía tener necesidad de un médico en el momento en que iba a sobrevenir un ciclón. Y me di cuenta de que, si Anse, tenía necesidad, al fin, de un médico, es que ya era demasiado tarde.

Cuando llegué al manantial y me bajé del carro y até la yunta, el sol ya se había escondido detrás de un agrupamiento de nubes negras semejantes a un abultado macizo de montañas, parecido a una carga de cenizas, allí vertidas, contra las que no soplaban ningún viento. A una milla de distancia ya le oía serrar a Cash. Anse está plantado en lo alto del morro, asomado al sendero.

—¿Y el caballo? —le digo.

—Lo ha cogido Jewel y se lo ha llevado —me dice—. Nadie más que él puede atraparlo. No va a tener usted más remedio que subir a pie.

—¿A pie yo, con mis doscientas veinticinco libras de peso? —le digo—. ¿Que suba yo a pie ese despeñadero del demonio?

Anse continúa en pie junto al árbol. No obró bien el Señor cuando cometió el error de dar raíces a los árboles, ni tampoco cuando dio pies y piernas a los Anse Bundren que ha hecho.

Si Él hubiera hecho todo lo contrario, jamás podría ocurrir que esta tierra se viera despoblada de árboles. O cualquier otra tierra.

—¿Y qué piensa que haga? —le digo—. ¿Que me quede aquí hasta que el viento me haga desaparecer de esta tierra cuando estalle ese nubarrón?

Incluso con el caballo tendría que echar lo menos quince minutos para subir por el prado hasta lo alto del espolón y llegar a la casa. El sendero parece una rama retorcida lanzada contra el despeñadero. Hace ya doce años que Anse no ha ido a la ciudad. Pero ¿cómo es posible, pues es hijo de madre, que haya podido subir su madre hasta aquel sitio para traerle al mundo?

—Vardaman ha ido a buscar la cuerda —me dice.

Al cabo de un rato Vardaman se presenta con la cuerda del arado. Se la da por un cabo a Anse y descende por el sendero desenrollándola.

—Aguante bien —le digo—. Ya tengo escrita esta visita en mi libro, así que, llegue o no llegue arriba, me la tendrán que pagar.

—Ya aguanto —dice Anse—. Vamos, arriba.

Que el diablo me lleve si llego a saber por qué no dejo esto. Que un hombre de setenta años, que pesa doscientas libras y pico, tenga que subir y bajar por una condenada montaña agarrada a una cuerda... Pero reconozco que no puedo retirarme hasta alcanzar la cifra esa de cincuenta mil dólares en visitas anotadas en mis libros.

—Pero ¿por qué diablos se le ha ocurrido a su mujer ponerse mala —le digo—, y, para más, en lo alto de esa maldita montaña?

—Bien que lo siento —me dice.

Suelta la cuerda, dejándola caer, y se vuelve andando hacia la casa. Hay todavía aquí arriba una ligera claridad, como del color de las pajuelas de azufre. Los tableros tienen parecido con las tiras de azufre. Cash no se vuelve a mirar. Vernon Tull dice que lleva cada tablero a la ventana para que ella los vea y diga si están bien.

El chico se nos adelanta. Anse se vuelve para mirarle.

—¿Dónde está la cuerda? —me dice.

—Donde la dejó usted —le digo—. Pero deje de pensar en la cuerda. Tendré que bajar el despeñadero dentro de poco. No tengo ganas de que esa tormenta me coja aquí arriba. En cuanto termine esto, echaré a correr como alma que lleva el diablo.

La chica está en pie, abanicándola, junto a la cama. Al entrar nosotros, ella vuelve la cabeza y nos mira. Hace ya diez días que está como muerta. Me da la impresión de que ella, por haber sido durante tanto tiempo una parte de Anse, ni siquiera puede hacer ese cambio, si es que eso es un cambio. Hasta me acuerdo de cómo, cuando yo era joven, creía que la muerte era un fenómeno del cuerpo; sin embargo, ahora sé que no es más que una función de la mente: una función de las

mentes de quienes sufren la pérdida. Los nihilistas dicen que la muerte es el final; los funcionalistas, que el comienzo; pero en realidad no es más que un simple inquilino o familia que deja su habitación o su ciudad.

Nos está mirando. Solamente sus ojos parecen moverse. Como si nos tocaran, mas no con la vista o sentido, sino como te toca el chorro de una manguera; como un chorro que en el momento del contacto se disociara del boquerel, como si no hubiera salido por allí. No mira a Anse, en absoluto. Me mira a mí; luego, al chico. Debajo de la colcha no hay más que un hacecillo de varillas carcomidas.

–Vaya, vaya, miss Addie –le digo.

La chica no suelta el abanico.

–¿Cómo va eso, mujer? –le digo.

Su cabeza flacucha descansa sobre la almohada; está mirando al chico.

–¡Vaya tiempesito que cogió usted para hacerme venir aquí y qué tormenta nos ha preparado!

Después mando que Anse y el chico salgan. Ella observa al chico a medida que va saliendo de la habitación. Nada mueve ella, excepto los ojos.

Al salir yo, me encuentro al chico y a Anse en el porche; al chico, sentado en los escalones; a Anse, en pie, junto a la columna, aunque sin apoyarse en ella, con los brazos caídos, con los pelos revueltos y desgreñados en la cabeza como los de un gallo mojado.

Vuelve la cabeza; sus ojos pestañean.

–¿Cómo es que no me avisó antes? –le digo.

–Ahora una cosa, luego otra, lo fui dejando –me dice–. Yo y los chicos queríamos recoger ese grano y Dewey Dell la cuidaba bien, y como la gente que venía a ayudarnos..., hasta que por fin pensé que...

–Maldito dinero –digo–. Pero ¿cuándo ha oído usted que yo moleste a la gente porque no pueda pagarme?

–No trataba de ahorrarme dinero –me dice–. Mismamente estaba pensando... ¿Es que se va, eh?

El condenado crío está sentado en el primer eslabón; con esa luz de color azufrado parece más pequeño que nunca. He aquí el inconveniente de esta tierra: todas las cosas, el clima, absolutamente todo, persisten demasiado. Nuestro campo es lo mismo que nuestros ríos: opaco, lento, violento; modela y crea la vida del hombre a su imagen y semejanza: implacable, taciturno.

–Ya lo sabía –me dice Anse–. Siempre lo creí así. Ella no piensa más que en ello.

–Pues la han hecho buena –le digo–. Un poco más y...

El chico sigue sentado en el primer escalón, empequeñecido, inmóvil dentro de su mono descolorido. Cuando salí afuera, alzó la mirada hasta mí, después hacia Anse. Pero ahora ha dejado de mirarnos. Así se está sentado.

–¿Y se lo ha dicho usted? –me dice Anse.

–¿Qué? –le digo–. ¿Para qué diablos se lo iba a decir?

Ya lo sabe ella. Yo sé que ella al verle a usted se daría cuenta de todo como si lo viera escrito. No habrá necesidad de que se lo diga. No piensa más que en...

–Padre –dice la chica detrás de nosotros.

La miro; la miro a la cara.

–Cuanto antes te vayas mejor –le digo.

Cuando entramos en la habitación, ella está observando la puerta. Me mira. Sus ojos parecen dos lámparas que chisporrotean en el momento preciso en que se les acaba el aceite.

–Ella desea que usted salga fuera –me dice la chica.

–¿Cómo eso, Addie, después que él ha venido desde Jefferson para ponerte buena? –dice Anse.

Me está observando; puedo sentir sus ojos. Como si me estuviera echando de allí con ellos. Ya tengo visto esto mismo en otras mujeres. Las he visto echar de su habitación a quienes iba a llevarlas piedad y compasión, a ayudarlas de verdad, aferrándose, en cambio, a un insignificante animal, para el que no fueron nunca más que bestias de carga. He aquí lo que ellas entienden por amar por encima de todo: orgullo, furioso deseo de esconder esa abyecta desnudez que traemos acá

con nosotros, que la arrastramos hasta las salas de operaciones, y que terca y furiosamente arrastramos de nuevo con nosotros hasta la tierra.

Dejo la habitación.

Más allá del porche, la sierra de Cash ronca enérgicamente en la tabla. Un minuto después, ella le llama por su nombre, con voz áspera y fuerte:

–Cash –dice ella–. Escucha, Cash.

DARL

Padre está en pie, junto a la cama. Desde detrás de su pierna, Vardaman escudriña: su cabeza es redonda, y redondos también sus ojos; tiene la boca en trance de abrirse. Ella mira a padre; diríase que toda su flaca vida se le derrama en los ojos, urgente, irremediadamente.

–Es a Jewel a quien busca –dice Dewey Dell.

–Mira, Addie –dice padre–, él y Darl han ido a traer otra carretera. Pensaban que tendrían tiempo. Que tú los aguardarías y que esos tres dólares, además...

Se inclina y pone sus manos en ella. Y por un rato ella le mira, sin reproche alguno ni nada, como si con sus ojos, solamente con sus ojos, esperase el irrevocable cese de la voz de Anse. Después se incorpora; ella, que no se ha movido en diez días.

Dewey Dell se inclina sobre su madre, tratando de hacer que se eche.

–Madre –le dice–, madre.

Está mirando por la ventana afuera, a Cash, que, a una luz mortecina, siempre inclinado sobre el tablero, trabaja que te trabaja hacia la oscuridad, dentro de ella, como si el aserrar de la sierra iluminase su propio movimiento, engendrarse sierra y tablero.

–¡Cash! –grita ella con voz áspera y fuerte, inalterable–. ¡Oye, Cash!

Cash alza su mirada hacia la cara consumida de su madre, enmarcada por la ventana, en la penumbra: el mismo cuadro de siempre, el que siempre vio desde niño. Deja la sierra y alza el tablero para que ella lo vea, y al mismo tiempo se queda observando la ventana, de la que el rostro no se aparta. Alza otro tablero y ajusta los dos en la forma que han de tener finalmente, señalando con visajes a los que todavía quedan en el suelo; con una de sus manos, con la que tiene libre, construye imaginativamente, en el aire, cómo ha de ser la caja cuando esté acabada. Durante unos segundos ella se le queda mirando desde su cuadro de la ventana, y no dice nada, ni en bien ni en mal. Desaparece luego la cara del cuadro.

Se echa ella y vuelve la cabeza, sin mirar siquiera a padre. Mira a Vardaman. Sus ojos: la vida, rápidamente, se abalanza a ellos; las dos llamas chisporrotean durante un rápido instante. Hasta que se apagan. Como si alguien, agachándose hubiese soplado.

–¡Madre! ¡Madre! –dice Dewey Dell.

Y comienza a proferir lamentos, inclinada sobre la cama, con las manos un poco levantadas, moviendo el abanico como lo ha hecho durante diez días. Su voz es sonora, juvenil, trémula y clara, arrobada en su propio timbre y volumen; y mueve el abanico enérgicamente, arriba y abajo, arrancando murmullos del aire inútil. Después se echa entre las rodillas de Addie Bundren y, agarrándola, la sacude con la furiosa energía de una persona joven, tendiéndose rápidamente entre el manojito de huesos carcomidos que Addie Bundren dejó, haciendo crujir la cama entera con el seco chirrido de las hojas del jergón; tiene los brazos extendidos, y el abanico, todavía en una de sus manos, se agita aún, casi sin aliento, sobre la alcoba.

Desde detrás de la pierna de padre, Vardaman escudriña, boquiabierto, asomándosele a la boca todo el calor de su cara, como si, en cierto modo, se hubiese hincado los dientes en su propia carne, chupando. Poco a poco empieza a retirarse de la cama, redondos los ojos, pálida su cara, que se desvanece en las sombras como un trozo de papel pegado a una tapia ruinosa. Y así sale por la puerta.

Padre se inclina sobre la cama, en la penumbra. Su silueta, encorvada, tiene algo de la lechuza cuando esta, interiormente ofendida, ahueca sus plumas y esconde una sabiduría demasiado profunda o demasiado inerte para que pueda ser comprendida.

–¡Qué demonio de chicos esos! –dice.

«¡Eh, Jewel!», digo. Arriba rueda el día liso y gris, tapando al sol con un despliegue de briznas grises. En medio de la lluvia, las mulas humean un poco, salpicadas de barro amarillo; la de la derecha, a pesar de los resbalones, consigue mantenerse al borde del camino, sobre la cuneta; la carga de madera, volcada, fulgura con desvaída amarillez, empapada de agua, pesando como plomo, volcada a plomo sobre la cuneta, por encima de la rueda rota; entre los radios rotos de la rueda y entre los tobillos de Jewel corre un arroyo turbio (ni agua ni tierra) que ladea el camino amarillo (ni tierra ni agua), cerro abajo, disolviéndose en una masa inquieta de color verde oscuro, que no es el de la tierra ni el del cielo. «¡Eh, Jewel!», digo.

Cash se presenta en la puerta; trae la sierra. Padre está en pie junto a la cama, encorvado; los brazos le cuelgan. Vuelve la cara: tiene el perfil abatido; su mandíbula inferior se desvanece cuando aprieta el tabaco contra las encías.

–Se fue –dice Cash.

–Se ha ido y nos deja –dice padre.

Cash ni le mira.

–¿Te falta mucho? –le dice padre.

Cash no responde. Entra, con la sierra.

–Creo que es mejor que vuelvas a lo tuyo. Tienes que darte prisa, mientras esos chicos estén todavía de camino –le dice padre.

Cash baja la vista hacia el rostro de ella. No escucha en absoluto a padre. No se acerca a la cama. Se para en medio de la habitación, la sierra junto a la pierna, tiene los brazos sudorosos, ligeramente espolvoreados de aserrín, y la cara, serena.

–Si estás en un apuro, quizá alguno venga mañana a ayudarte. Puede que Vernon –dice padre.

Cash no le escucha. Está mirando el rostro tranquilo y rígido de ella, que se desvanece en la anochecida como si la oscuridad fuese un precursor de la tierra final; hasta que el rostro, por último, parece flotar, ya desprendido de todo, ligeramente, como la mancha de una hoja muerta.

–Todavía quedan buenos cristianos que te ayuden –le dice padre.

Cash no le escucha. Al cabo de un rato se vuelve sin mirar a padre y deja la habitación. Luego, la sierra comienza a roncar de nuevo.

–Nos ayudarán en nuestra desgracia –dice padre.

El son de la sierra es energético, firme, sereno; atiza la moribunda claridad, de forma que cada golpe de sierra parece despertar en el rostro de ella una expresión de atención y espera, como si ella estuviera contando uno a uno los aserranes. Padre baja la vista al rostro de ella y al pelo negro y lacio de Dewey Dell. Sobre la colcha borrosa, los brazos extendidos de Dewey Dell y el abanico, ya estrujado, inmóvil.

–Creo que lo mejor será que prepares la cena –le dice padre.

Dewey Dell no se mueve.

–Anda ya, y haz la cena –le dice padre–. Tenemos que recobrar fuerzas. Creo que el doctor Peabody tendrá buenas ganas, después de la caminata que se ha dado. Además, Cash tiene que comer pronto, para volver a su tarea y terminarla antes que antes.

Dewey Dell se yergue, alzándose sobre sus pies. Baja la vista hasta el rostro; parece un molde de bronce pálido sobre la almohada; sólo en las manos se advierte alguna señal de vida: inercia agarrotada, añudada; un aspecto de consunción vigilante aún, del que todavía no se han ausentado ni el cansancio, ni el agotamiento, ni los trabajos, como si aún dudasen de la realidad del reposo, y que todavía aguardase, con erizada aunque disminuida vigilancia, el cese de lo que sabe que no puede durar.

Se agacha Dewey Dell y quita la colcha de debajo de las manos, las cubre y la tapa hasta la barbilla; alisa la colcha, tirando de ella suavemente. Y luego, sin mirar a padre, da un rodeo a la cama y deja la habitación.

Va a donde está Peabody, donde pueda quedarse en la penumbra y mirarle en la espalda con tal expresión que él, al sentir los ojos de ella, se vuelva y diga: «Yo, en tu caso, no me apenaría tanto. Ella tenía muchos años y, además, estaba enferma. Peor de lo que suponemos. No podía ponerse buena. Vardaman ya está muy crecido, y tú puedes ya estar al cuidado de todos. Yo, en tu caso, no

me apenaría tanto. Creo que es mejor que vayas y prepares pronto algo de cenar. No es preciso que sea mucho. Pero ellos tienen que comer.» Y ella, mirándole, le está diciendo: «Usted, si quisiera, podría hacer mucho por mí, si supiera que... Yo soy yo y usted es usted, y yo lo sé y usted no lo sabe, y usted podría hacer mucho por mí si usted quisiera, y si usted quisiera, entonces yo se lo diría y nadie tendría por qué saberlo, excepto usted y yo y Darl...»

Padre está en pie junto al lecho. Con los brazos colgando, encorvado, inmóvil. Alza su mano hasta la cabeza, rascándose el pelo, prestando oído a la sierra. Se acerca y estriega su mano, la palma y el dorso, en el muslo, y la lleva a su cara y luego la deja en el bulto de la colcha, donde están las manos de ella. Toca la colcha, como vio que hizo Dewey Dell, tratando de alisarla hasta la barbilla, pero la desarregla. Trata de alisarla de nuevo, desmañadamente, con su mano torpona como un garfio, tratando de alisar las arrugas que ha hecho y que siguen saliendo bajo su mano con perversa ubicuidad, hasta que, al fin, desiste; y deja caer su mano a un lado y se la estriega otra vez, la palma y el dorso, en el muslo. El son de la sierra ronca enérgicamente dentro de la habitación. Padre respira con un sonido tranquilo, ronco, mascando tabaco entre sus encías.

–Sea lo que Dios quiera –dice–. Ahora me podré comprar la dentadura.

A Jewel le cuelga el sombrero laciamente sobre la nuca, canalizando el agua hacia el empapado saco de arpillera atado sobre sus hombros, mientras que, con los tobillos hundidos en el arroyo de la cuneta, hace palanca con una escurridiza tranca sobre un madero podrido como fulcro, en el eje de la rueda. «Jewel –le digo–, madre ha muerto. Jewel, Addie Bundren está muerta.»

VARDAMAN

Y entonces echo a correr. Corro hacia la parte trasera, y cuando llego al filo del porche, me paro. Y entonces me pongo a llorar. Puedo sentir dónde ha estado el pez, en el polvo. Está cortado en pedazos y ya no es un pez, y ni sangre tengo ni en las manos ni en mi mono. Aún no había pasado nada. Hasta entonces no había ocurrido. Pero ahora me ha tomado tanta delantera que no la puedo alcanzar.

Los árboles tienen un parecido con los pollos, que ahuecan sus plumas en los días de bochorno, arrastrándose en la frescura del polvo. Conque solo saltara del porche llegaría a donde ha estado el pez, que ya no es pez, pues está hecho pedazos. Desde aquí oigo el crujir del jergón, y veo su cara, y a ellos, y llego a oír el crujir del suelo cuando él anda, pues él ha venido y lo ha hecho. Que vino y lo ha hecho cuando ella estaba buena; pero él ha venido y lo ha hecho.

«Ese hijo de la gran zorra.»

Salto del porche a todo correr. El techado del granero surge en la oscuridad como un ave de rapiña que se lanzara sobre su presa. Si salto, atravesaré el porche como la mujer rosa del circo y caeré en la cálida fragancia, sin tener que esperar nada. Me agarro con las manos al matorral; de debajo de mis pies, las piedras y la tierra salen corriendo hacia abajo.

Y ahora ya puedo respirar otra vez la cálida fragancia. Entro en la cuadra y trato de tocarle, y entonces me pongo a llorar, entonces me pongo a vomitar gemidos. Eso, en cuanto deje de coclear, podré llorar, me pondré a llorar entonces.

«L'ha mata'o. L'ha mata'o.»

Corre la vida bajo su piel: está debajo de mi mano, corriendo a lo largo de sus manchas, echando un olor a mi nariz, donde las bascas empiezan a llorar, a vomitar gemidos, y entonces respiro, los vomito. Eso hace un gran ruido. Estoy oliendo la vida que sale de debajo de mis manos, hacia arriba, por mis brazos arriba, y ahora ya puedo salir de la cuadra.

Ni lo encuentro. Ni en lo oscuro, ni en el suelo, ni en las paredes; no lo encuentro. Los gemidos hacen mucho ruido. No quiero que hagan tanto ruido. Luego voy y lo encuentro en el cobertizo del carro, en el suelo, y echo a correr por la vereda hasta que llego al camino, con el garrote al hombro.

Se me quedan mirando mientras estoy subiendo la cuesta, y empiezan a dar sacudidas y a mover inquietos los ojos, resoplando, dando sacudidas a las riendas. Los pego. Escucho los golpes del garrote; veo cómo los pego en la mismísima cabeza, en las colleras; aunque fallo los golpes cuando se encabritan o embisten, estoy contento.

«¡Uste'a mata'o a mi ma'e!»

Se rompe el garrote; se encabritan ellos y resoplan; sus pezuñas patalean fuerte sobre el suelo; patalean fuerte porque va a llover y el aire está hambriento de lluvia. Pero todavía falta mucho para eso. Corro de acá para allá cuando ellos se encabritan y tiran de las riendas, pegándoles.

«Uste'l'ha mata'o.»

Los pego y los pego; giran de una embestida, gira la tartana sobre sus dos ruedas, pero sin arrancar, como si estuviese clavada en tierra, y los caballos quedan inmóviles, como si estuviesen clavados por las patas traseras al centro de una plancha giratoria.

Echo a correr por entre el polvo. No acierto a ver nada, mientras voy corriendo por el polvo absorbente, donde la tartana desaparece basculando sobre sus ruedas. Pego; pero el garrote da en el suelo, rebotando, pegando en el polvo y en el aire luego, y el polvo que se levanta se va por el camino más de prisa que si se tratase de un carro.

Y voy y me pongo a llorar, mirando el garrote. Está roto un poco más abajo de mi mano; lo que fue un largo garrote ya no es más que una astilla. Lo tiro por ahí y me pongo a llorar. Esto no supone tanto ruido como antes.

La vaca está asomada a la puerta del granero, rumiando. Al verme llegar a la vereda, muge; tiene la boca llena de una baba verdosa, y la lengua, babeante.

«No te voy a ordeñar. No te voy a hacer nada en provecho de ellos.»

Me doy cuenta de que ella se vuelve cuando paso. Cuando vuelvo la cara, la veo justamente detrás de mí, con su aliento dulce, caliente, acre.

«¿Cómo quie's que te lo diga?»

Me empuja con el morro, moqueando. Gime en sus adentros, con la boca cerrada. Sacudo mi mano y la insulto, como hace Jewel.

«Anda, vete.»

Dejo caer mi mano y echo a correr hacia ella. Retrocede, se me escapa y se queda mirándome, ya parada. Muge tristemente. Se va al sendero y se queda allí, a mirar sendero arriba.

No se ve nada dentro de la cuadra, que está caliente, fragante, silenciosa. Me pongo a llorar tranquilamente, observando lo que pasa en lo alto del cerro.

Cash aparece en lo alto del cerro, cojeando del lado que se lastimó cuando cayó de la iglesia. Mira hacia el manantial, allá abajo, y luego hacia arriba, por el camino, y hacia atrás, a la cuadra. Baja por el sendero, tiesamente, y se pone a mirar las riendas rotas y el polvo del camino; y después mira por el camino adelante, por donde el polvo se marchó.

«Me temo que ya habrán dejado bien lejos lo de Tull. Me lo temo.»

Cash se vuelve y, cojeando, sube por el sendero.

«El condenado. Le ha descubierto. Ese condenado.»

Ya no estoy llorando. No hago nada. Dewey Dell llega al cerro y me llama. «¡Vardaman!» No hago nada. Estoy tranquilo. «¡Eh, Vardaman!» Ahora puedo llorar tranquilo y sentir y oír mis lágrimas.

«Entonces no había pasa'o na'a. Aún no había ocurri'o. Estaba ahí tira'o, en el suelo. Y ahora lo está preparando pa' cocerlo.»

Ha oscurecido. Puedo sentir el bosque, el silencio; me los conozco bien. Pero no los sonidos vivientes, ni siquiera él. Es como si la oscuridad saliera de su integridad en una dispersión inconexa de elementos: mucosidades y pataleos; fragancias de carne tibia y de pelo con olor de amoníaco; ilusión de un coordinado conjunto de piel manchada y huesos poderosos, dentro de la cual hay un *ser* distinto, secreto y familiar, un *ser* diferente a mi *ser*. Le veo disolverse —las patas, el ojo asustado, las gozosas manchas semejantes a llamas frías— y flotar en la oscuridad en una solución imperceptible; ni lo de antes ni lo de ahora; un todo que no es lo de antes ni nada. Puedo ver con el oído cómo se enrosca, acariciarle, darle su forma vigorosa: cernejas, caderas, lomo y cabeza; olor y sonido. No tengo miedo.

«Guisado y comido. Guisado y comido.»

DEWEY DELL

Podría hacer él tanto por mí, si quisiera... Podría hacerlo todo. Es como si para mí todo lo que hay en el mundo estuviera dentro de un cubo atestado de tripas; y uno se maravillaría de que hubiese sitio en él para cualquier otra cosa más importante. Él es un gran cubo de tripas, y yo no soy más que un cubo pequeño de tripas, y si no hay sitio para ninguna otra cosa importante en un cubo grande de tripas, ¿cómo va a haberlo en un cubo de tripas pequeño? Pero yo sé que lo hay, pues Dios ha dado a las mujeres una señal para cuando algo malo ocurra.

El caso es que estoy sola. ¡Ay!, si *lo* sintiera, sería otra cosa, pues ya no estaría sola. Pero si no estuviera sola, todo el mundo *lo* sabría. Y él podría hacer tanto por mí que ya no estaría sola. Pues entonces sí que de verdad estaría completamente sola.

Le dejaría que se pusiese entre mí y Lafe, igual que Darl vino a ponerse entre mí y Lafe; así que Lafe también está solo. Él es Lafe y yo soy Dewey Dell, y cuando madre ha muerto he tenido que salir fuera de mí y de Lafe y de Darl para dolerme; pues él puede hacer tanto por mí, aunque él no *lo* sabe.

Desde el porche trasero no alcanzo a ver el granero. De esa parte me llega el son de la sierra de Cash. Igual que un perro que, fuera de la casa, corriese de un lado para otro, alrededor de la casa, hacia cualquier puerta a que vaya, con la esperanza de entrar. Él ha dicho: «Lo siento aún más que tú.» Y yo he dicho: «Tú no sabes qué tormento es que yo no pueda sentirlo. Hago por sentirlo, pero no puedo pensar en ello lo suficiente para sentirlo.»

Enciendo la lámpara de la cocina. El pez, cortado en rodajas, sangra tranquilamente en la sartén. Meto aprisa la sartén en la alacena: para escuchar, para oír lo que pasa en el zaguán. Diez días ha tardado ella en morir; tal vez no sepa ella que está ahí todavía. Tal vez no quiera marchar hasta que Cash... O tal vez hasta que Jewel... Saco de la alacena el plato de la verdura, y la bandeja del pan la saco del hornillo apagado; y me paro a vigilar la puerta.

—¿Dónde anda Vardaman? —dice Cash.

Con la luz de la lámpara, sus brazos, cubiertos de aserrín, parecen de arena.

—Y yo qué sé. No le he visto.

—La pareja de Peabody ha echado a correr. Mira a ver si encuentras a Vardaman. El caballo se dejará coger por él.

—Está bien. Diles que vengan a cenar.

No alcanzo a ver el granero. Le he dicho: «No acierto a sentirlo. No acierto a llorar. Lo he intentado, pero no puedo.»

Al cabo de un rato, el ruido de la sierra llega hasta aquí, oscuro, a ras de tierra, por la oscuridad polvorienta. Y entonces le veo moverse hacia adelante y atrás, inclinado sobre el tablero.

—Anda, ven tú a cenar —le digo—. Llámale.

Podría ayudarme él. Pero él no *lo* sabe. Él es sus tripas y yo soy las mías. Y yo soy las tripas de Lafe. Eso es. No comprendo por qué no se ha quedado él en la ciudad. Nosotros somos gente del campo y no mejores que los de la ciudad. No comprendo por qué no se quedó allá. Vaya, no acierto a ver la picoreta del granero. La vaca está al pie del sendero, mugiendo. Cuando me vuelvo, Cash se ha ido.

Les llevo la cuajada. Padre y Cash y él están sentados a la mesa.

—Pequeña, ¿dónde está ese pez gordo que Bud pescó? —me dice.

Pongo la leche en la mesa.

—No me ha dado tiempo a guisarlo.

—Unas simples verduras no son gran cosa, que digamos, para un hombre como yo —dice.

Cash está comiendo. Sobre el pelo, alrededor de la cabeza, el sudor le ha dejado la señal del sombrero. Tiene la camisa manchada de sudor. No se ha lavado ni las manos ni los brazos.

—Te debiera haber dado tiempo —dice padre—. ¿Dónde anda Vardaman?

Me voy a la puerta.

—No le encuentro —digo.

—Ven, pequeña —dice él—. Olvida el pez. Puede que no se eche a perder. Anda, ven a sentarte.

—No me preocupa eso —digo—. Me voy a ordeñar antes que se ponga a llover.

Padre se sirve de la fuente y luego la pasa. Pero no empieza a comer. Tiene las manos casi cerradas, puestas a los lados del plato, y la cabeza un tanto agachada; la luz de la lámpara cae sobre su pelo revuelto. Parece mismamente como un buey al que han dado la puntilla, sin vida ya, pero que aún no sabe que está muerto.

Pero Cash está comiendo, y él también.

–Sería mejor que comieses algo –me dice.

Está mirando a padre.

–... Como Cash y yo. Lo necesitas.

–¡Eso es! –dice padre.

Se despabila; lo mismo que un buey que ha estado bebiendo de rodillas en la alberca y al que se le diera una espantada.

(Ella no me lo consentiría.)

Cuando ya no me ven desde la casa, echo a correr. La vaca muge al pie del despeñadero. Me empuja con el morro, oliscando, soplándome su aliento en dulce y caliente bocanada a través de mi vestido, contra mi caliente desnudez; quejumbrosamente.

–Tienes que esperar un poquito todavía. Y entonces me ocuparé de ti.

Me sigue hasta el interior del granero, donde dejo el pozal. Resopla en el pozal, quejumbrosamente.

–Te lo tengo dicho. Ahora tienes que esperar. Tengo que hacer algo más importante que cuidarme de ti.

El granero está oscuro. Al pasar yo, suelta una patada a la pared. Sigo andando. La tabla rota, ahora de punta, parece la estaca de una empalizada. Ahora puedo ver la ladera, sentir de nuevo cómo el aire me da en la cara, lenta y desmayadamente, y, donde la oscuridad no es tanta, veo los pimpollos del pinarejo que descienden en manchas por la ladera: en secreto, esperando.

La silueta de la vaca, en la puerta, empuja con el morro, quejumbrosamente, a la silueta del pozal.

Después paso por delante del establo. Casi lo he pasado ya. Escucho durante largo rato lo que dice, antes que llegue a decir nada, y la parte que escucha tiene miedo de que no vaya a haber tiempo de decirlo. Estoy sintiendo que mi cuerpo, huesos y carne, comienzan a separarse y a entrar en la soledad, pero el proceso de llegar a no estar «sola» es terrible. Lafe. Lafe.

–Lafe. Lafe. Lafe.

Me inclino un poco hacia adelante, avanzando un pie con paso muerto. Siento que la oscuridad me acomete y pasa, dejándome atrás, dejando atrás a la vaca. Y voy y me lanzo hacia la oscuridad, pero la vaca me para y la oscuridad me trae de lleno la dulce bocanada de su aliento quejumbroso, henchido de pinar y de silencio.

–¡Vardaman! ¡Eh, Vardaman!

Sale del establo.

–Anda, víbora del diablo, víbora.

No se resiste; la última vaharada de oscuridad sale afuera silbando.

–¿Por qué? Yo no he hecho na'a.

–Víbora, víbora del diablo.

Mis manos le sacuden de firme. Tal vez no pueda contenerlas. Nunca creí que podrían sacudir tan de firme. Nos sacuden y sacuden a los dos.

–Yo no lo hice –dice–. Nunca los he tocado.

Mis manos dejan de sacudirle, pero todavía le tengo agarrado.

–¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Por qué no respondías cuando te llamaba?

–No estaba haciendo na'a.

–Anda, ve a casa y ponte a cenar.

Se vuelve. Le hago pararse.

–Estate quieta. Déjame que me vaya.

–¿Qué estabas haciendo aquí dentro? ¿Conque has venido aquí a espiarme?

–No. No. Estate quieta. Ni siquiera sabía que tú estabas aquí. Déjame que me vaya.

Le tengo sujeto; al inclinarme para mirarle a la cara, la siento con mis ojos. Está a punto de llorar.

–Anda, vete. Te tengo puesta la cena y yo estaré allí tan pronto como haya ordeñado. Anda, vete antes que él se lo haya zampado todo. Ojalá que sus caballos hayan llegado mismamente a Jefferson.

–Él l'ha mata'o –dice.

Y empieza a llorar.

–Chitón.

–Ella no le había hecho na'a malo y él va y la mata.

–Chitón, te digo.

Forcejea; le sujeto.

–Chitón.

–L'ha mata'o.

La vaca sube detrás de nosotros, quejándose.

Le sacudo otra vez.

–Cállate ya, anda. Ahora mismito. Vas a acabar por ponerte malo y entonces no podrás ir a la ciudad. Ve a casa y cómete tu cena.

–Yo no quiero cenar. Yo no quiero ir a la ciudad.

–Muy bien, pues te dejaremos aquí. Si no te portas bien, te dejaremos. Anda ya, antes que ese viejo cubo de tripas tragaverduras se coma todo lo tuyo.

Echa a andar y desaparece lentamente por el cerro. La picoreta del cerro, los árboles, el tejado de la casa, se destacan sobre el cielo. La vaca me empuja con el morro, quejumbrosamente.

–Tendrás que esperar. Lo que llevas dentro de ti no es nada comparado con lo que yo llevo dentro de mí, aunque también tú seas hembra.

Me sigue quejumbrosa. Ahora el aire caliente, pálido y muerto me sopla en la cara de nuevo. Si él quisiera, podría arreglarlo perfectamente. Pero ni siquiera lo sabe. Podría hacer por mí lo increíble, si él supiera de qué se trata.

La vaca resopla en mis caderas y en mi espalda su aliento cálido, dulce, estertórico, quejumbroso. El cielo se ha posado en la ladera, sobre los secretos pimpollares. Por más allá del cerro los relámpagos chafarrinan las alturas con destellos de color que rápidamente se desvanecen. Aire de muerte envuelve a la muerta tierra con una oscuridad de muerte. Aire que pesa sobre mí, aire muerto y caliente, que, pese al vestido, llega hasta mí, hasta la desnudez de mi cuerpo.

–Tú no sabes lo que es sentir pena –digo.

Ni yo lo sé. No sé si la siento o no. Ni siquiera puedo sentirla. No sé si puedo o no llorar. No sé si he llegado alguna vez a sentirla. Solamente me imagino que soy una semilla silvestre y mojada, caída en la tierra ciega y ardorosa.

VARDAMAN

Cuando esté terminada, irán y la meterán en ella, y entonces, en mucho tiempo, no podré decirlo. He visto que se levantaba la oscuridad y que se alejaba haciendo remolinos, y he dicho:

–¡Cash! ¡Cash! ¡Cash! ¿La vas a clavar dentro?

He estado encerrado en el silo; la puerta, nueva, resultaba demasiado pesada para mí y se cerró, y no podía yo respirar, porque la rata se zampaba todo el aire. Dije:

–¿La vas a clavar y encerrar en ella, Cash? ¿La vas a clavar? ¿La vas a clavar dentro de ella?

Padre se está dando vueltas de acá para allá; su sombra, también, y encima Cash, que está dale que dale a la sierra, sobre el tablero sangrante.

Dewey Dell dijo que vamos a tener plátanos. El tren está detrás de la cristalera, rojo, sobre la vía. Cuando corre, la vía brilla a intervalos. Padre dijo que la harina, el azúcar y el café cuestan mucho. Pues yo soy un chico de campo; pues hay chicos de ciudad. Bicicletas. ¿Por qué costará tanto la harina, el azúcar y el café cuando se es un chico de campo?

–¿Y acaso no te gustarán más los plátanos?

Los plátanos ya han desaparecido, comidos. Se han ido. Cuando corre el tren, la vía brilla otra vez.

—¿Y por qué no soy yo un chico de ciudad, padre?

Yo le dije que Dios me había hecho. Yo no dije a Dios que me hiciera chico de campo. Si él puede hacer el tren, ¿por qué no hace que todos los chicos sean chicos de ciudad, y así la harina, y el azúcar, y el café...?

—¿No te gustan más los plátanos?

Se está dando vueltas de un sitio a otro; su sombra, también.

Eso no era ella. Yo estaba allí mirando. Lo he visto todo. Creí que eso era ella, pero no lo era. Eso no era mi madre. Ella se ha marchado lejos, cuando la otra se echó en la cama y estiró la colcha. Ella se ha marchado.

—¿Habrá llegado a la ciudad?

—Se ha ido más lejos todavía.

—¿Y todos esos conejos y bichos se van más lejos?

Dios ha hecho los conejos y los bichos. Él ha hecho el tren. ¿Por qué va a hacer que vayan a un sitio diferente, si ella es igualita que un conejo?

Padre se está dando vueltas de aquí para allá; su sombra, también. La sierra suena como si estuviera durmiendo.

Pero si Cash clava la caja por arriba es que ella no es un conejo; pero si ella no es un conejo (yo no podía respirar en el silo) y Cash se pone a clavar la tapa de la caja... Si ella le deja que lo haga es que no es ella. Bien que lo sé. Yo estaba allí. Vi cuándo dejó de ser ella. Lo vi. Ellos piensan que eso es ella y Cash va a clavar la tapa.

Eso no era ella, pues eso estaba tirado por ahí lejos, entre la porquería. Y ahora está todo cortado en pedazos. Yo lo corté en pedazos. Está en la cocina, metido en la sartén, lleno de sangre, esperando a que lo guisen y se lo coman. Entonces eso no estaba aquí y ella sí, pero ahora eso está y ella no. Y mañana lo guisarán y se lo comerán, y ella será él, y padre, y Cash, y Dewey Dell, y no habrá nada en la caja y así ella podrá respirar. El pez estaba por ahí, tirado por el suelo. Le puedo preguntar a Vernon. Él estaba allí y lo ha visto; pero eso estará con nosotros dos y luego no estará.

TULL

Fue a eso de la medianoche y ya estaba lloviendo cuando nos despertó. Ha sido una noche de perros, con la tormenta encima; una noche de esas en que se espera que ocurra algo antes que se pueda traer el ganado del pasto y llegue uno a casa para cenar y meterse en la cama, con la lluvia ya empezando a caer. Y entonces llegó hasta aquí la yunta de Peabody, cubierta de espuma, con el atalaje roto y arrastrándolo, y con la collera entre las patas del animal de la derecha.

—Está visto. Addie Bundren se fue al fin —me dice Cora.

—Puede que Peabody se haya quedado en cualquiera de la docena de casas que hay por allí —le digo—. Y, además, ¿por qué dices que esa es la yunta de Peabody?

—¿Y por qué no? —me dice—. Anda, ve a aparejar.

—¿Para qué? —le digo—. Si es que se ha ido, hasta mañana no podemos hacer nada. Y, además, la tormenta está a punto de estallar.

—Porque es mi deber —me dice ella—. Trae la yunta.

Pero no quería yo hacerlo.

—Me parece lo más sensato que esperemos a que ellos nos llamen, si es que nos necesitan. Pues ni siquiera sabes si ella ha muerto.

—Pero, ¡cómo!, ¿es que no ves que esa es la yunta de Peabody? ¿Te atreves a negarlo? Bueno; está bien.

—Yo no quisiera ir. A mí me parece lo mejor aguardar a que le llamen a uno, si es que le necesitan.

—Para mí es un deber de cristiana —dice Cora—. ¿Es que te vas a meter entre mí y mis deberes de cristiana?

—Mañana puedes estarte allí todo el día, si quieres —le digo.

Así que, cuando Cora se despertó, ya había empezado a llover. Ni siquiera cuando yo iba hacia la puerta con una lámpara para que, al dar la luz en el vidrio, me viera que acudía a abrir, ni siquiera entonces cesó la llamada. No llamaba fuerte, sino firmemente, como si temiese caer dormido al aporrear la puerta. Pero hasta que abrí la puerta no pude darme cuenta de que los golpes sonaban en la parte baja, hasta tal punto que al abrir no vi nada. Yo tenía la lámpara en alto; la lluvia centelleaba delante de ella. Cora, detrás de mí, en el zaguán, decía:

—¿Es Vernon?

Pero al principio no podía ver a nadie que fuera alto; hasta que bajé la lámpara y me puse a mirar al pie de la puerta y en las proximidades.

Parecía un perrillo empapado de agua, con su mono, sin gorro, enlodado hasta las rodillas, pues había tenido que caminar cuatro millas por barro.

—Bueno; ¿qué diablos es esto? —dije.

—¿Quién es? ¿Vernon? —me dice Cora.

Él me está mirando con sus ojos redondos, negros en el centro, igual que cuando se pone una luz delante de la cara de un búho.

—Acuérdese del pez de antes —dice.

—Entra a casa —le digo—. ¿Qué es lo que pasa? Es que tu mamá...

—¿Vernon? —dice Cora.

Permanecía como quien dice detrás de la puerta, en la oscuridad. La lluvia aporreaba la lámpara, tamborileando en ella de tal manera, que a veces creí que se rompería.

—Usted estaba allí —me indicó—. Usted lo vio.

Entonces, Cora se acerca a la puerta.

—Anda, ven, quítate de la lluvia —le dice, tirando de él cuando me estaba observando.

Parecía igualito que un perrillo mojado.

—¡Si ya te lo dije! —me dice Cora—. ¡Si ya te dije lo que estaba ocurriendo! Anda, ve a aparejar.

—Pero si él no ha dicho nada... —digo.

Se me ha quedado mirando, chorreando en el suelo.

—Me está echando a perder la alfombra —dice Cora—. Anda, trae la yunta mientras le llevo a la cocina.

Pero él se desasíó; estaba chorreando, y no me quitaba ojo.

—Usted estuvo allí. Y lo he visto tirado por allí. Cash lo tiene todo preparado para encerrarla y clavar la tapa, y el pez ese estaba tirado por allí, en el suelo. Usted lo ha visto. Usted vio la señal que dejó en el polvo. La lluvia no empezó hasta que me puse en camino hacia acá. Puede que lleguemos a tiempo.

Que me aspen si no me dieron escalofríos, y eso que yo no sabía aún nada. Pero Cora sí lo sabía.

—Anda, ve y trae la yunta lo más aprisa que puedas —me dice ella—. Al pobre se le va la cabeza de dolor y de pena.

Que me aspen si no me dieron escalofríos. De cuando en cuando se tienen preocupaciones, pues son muchas las tristezas y aflicciones de este bajo mundo, que es capaz de herir en cualquier sitio, como el rayo. Reconozco que para guardarse hay que confiar mucho en Dios; sin embargo, a veces pienso que Cora es precavida en exceso, pues trata de alejar a los demás y estar más cerca que nadie en momentos como este, cuando ocurre algo semejante. Reconozco que ella tiene toda la razón y que hay que hacerla caso. Y reconozco también que debo estar agradecido por tener una mujer que antepone a todo la piedad y que me indica siempre buenas acciones.

De cuando en cuando se tienen preocupaciones. Aunque no siempre. Lo que no deja de ser bueno. Pues Dios Nuestro Señor desea que obremos y no gastemos demasiado tiempo en pensar, pues nuestro cerebro es como una pieza de maquinaria; no tiene por qué estar siempre andando. Lo mejor es que marche de manera uniforme, que haga su tarea diaria y que no se use ninguna de sus partes más de lo necesario. Lo tengo dicho y lo repito, que lo que le pasa a Darl es que piensa demasiado. Está en lo cierto Cora cuando dice que lo único que él necesita es una mujer que le sujete. Y cuando me pongo a pensar en ello, llego a la creencia de que si un hombre no tiene más salvación que el matrimonio, es que ese hombre está casi perdido. Y con todo, admito que Cora está

en lo cierto cuando dice que si Dios ha creado a la mujer ha sido porque el hombre nunca sabe lo que le conviene ni aunque lo tenga ante las mismísimas narices.

Cuando volví a la casa con la yunta, ella y él estaban en la cocina. Se había echado sobre el camisón un mantón que le tapaba la cabeza; tenía en las manos un paraguas y su Biblia envuelta en un hule; y él, sentado en un balde puesto boca abajo, encima del fogón, seguía chorreando.

–No le puedo sacar nada más que no sé qué de un pez –me dice ella–. Es un castigo de Dios. Veo que Dios ha puesto su mano sobre este niño para castigo y advertencia de Anse Bundren.

–No empezó a llover hasta después que me marché –dice él–. Ya me había marchado. Ya estaba de camino. Y eso estaba allí, en el polvo. Usted lo ha visto. Cash iba a clavarla, pero usted lo ha visto.

Cuando llegamos estaba diluviando; él hizo el camino sentado entre nosotros dos, cubierto con el mantón de Cora. Desde que se sentó allí no había vuelto a decir palabra; Cora le tapaba con el paraguas. De cuando en cuando, Cora dejaba de salmodiar para decir: «Es un castigo de Dios. Tal vez esto le haga ver que el sendero del pecado no es precisamente el bueno.»

Y luego volvía a su salmodia; él iba sentado entre nosotros dos, y se echaba algo hacia adelante, como si las mulas no se dieran prisa bastante para seguirle.

–Eso estaba allí, tirado por allí –dice–, pero la lluvia no empezó hasta después que cogí y me marché. Y si quiero, puedo ir y abrir las ventanas, pues Cash no las ha clavado entodavía.

Era ya bastante más de medianoche cuando pusimos el último clavo, y casi apuntaba el día cuando llegamos a casa y desuncimos la pareja y volvimos a la cama; el gorro de dormir de Cora yacía en una de las almohadas. Que me aspen si todavía entonces no me parecía estar oyendo la salmodia de Cora o ver al muchacho inclinándose hacia adelante; sentado entre nosotros, como si fuera delante de las mulas; y a Cash, dale que dale con la sierra, y a Anse, en pie, hecho un estafermo, como si fuera un buey que se hubiera hundido en una charca hasta el corvejón y llegara por allí alguien y lo arreglara, y, sin embargo, él no aprovechara la ocasión.

Casi iba a romper el día cuando pusimos el último clavo y llevamos la caja adentro, adonde ella yacía; la ventana estaba abierta y la lluvia le caía encima.

Por dos veces ha hecho la caja, y está tan muerto de sueño, que Cora dice que su cara parece una de esas máscaras que se sacan por Navidad después de haberlas tenido bajo tierra; hasta que por fin la metieron en la caja y la clavaron dentro, para que él no pudiera abrir más la ventana de la habitación de ella. Y a la mañana siguiente le hallaron tumbado, en camisa, dormido sobre el suelo, como un buey al que se ha dado la puntilla; y la tapa de la caja agujereada, llena de taladros, y el berbiquí nuevo de Cash roto en el último taladro. Cuando levantaron la tapa, se encontraron con que dos de los taladros habían llegado a agujerearle la cara.

Si esto es un castigo, no hay razón para ello. Pues Dios Nuestro Señor tiene algo más que hacer que esto. Está obligado a hacerlo. Pues la única carga de Anse Bundren no ha sido nunca más que la suya propia. Y si la gente murmura, para mis adentros pienso que él, de no haber sido como es, no hubiera podido soportar tanto.

No hay razón para tal castigo. Que me parta un rayo si la hay. Pues Él ha dicho: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», así que lo otro no es justo. Cora suele decir: «He soportado lo que Dios Nuestro Señor me ha dado. Lo he afrontado sin temor ni espanto, pues mi fe en el Señor siempre fue grande y siempre me confortó y sostuvo. Si no tienes hijos, será porque el Señor, en sus divinos designios, lo ha decretado así. Y mi vida es y ha sido siempre como un libro abierto a cualquier hombre o mujer de los que Él ha creado, pues confío en Dios y espero su recompensa.»

Reconozco que ella tiene razón. Reconozco que si hay un hombre o una mujer en quien Él pueda descansar o confiar, no puede ser nadie más que Cora. Y reconozco que ella haría algunos cambios, sea cual fuese la forma en que Él haya dispuesto las cosas. Y reconozco que serían un beneficio de los hombres. Al menos habría que admitirlos. Al menos podríamos conducirnos de este modo y obrar como es debido.

DARL

El farol está sobre un tocón. Es un farol herrumbroso, emporcado de grasa. Tiene uno de sus lados tizado con una ascendente mancha de hollín; su tubo roto arroja una claridad débil y deprimente sobre los caballetes, sobre los tableros, sobre la tierra adyacente. Sobre el suelo oscuro, las virutas semejan manchas de un color suavemente pálido pintadas en un lienzo negro. Los tableros parecen tersos jirones arrancados a la chata oscuridad y hechos caer hacia atrás, rebatidos.

Cash se afana entre los caballetes: va y viene, levanta y coloca los tableros, que repercuten castañeteantes en el aire muerto, como si, una vez levantados, los dejara caer al hondón de un pozo invisible, cesando los sonidos, mas no desapareciendo, como si algún movimiento los desalojara del aire inmediato y resonaran repetidamente. Se pone a aserrar otra vez. Su codo relumbra suave, pues una delgada hebra de fuego corre a lo largo de los dientes de la sierra; hebra de fuego perdida y recobrada con el vaivén de cada viaje de la sierra, en continua prolongación, de manera que la sierra parece ser de seis pies de larga, al entrar y salir de la silueta inútil y miserable de padre.

–Déme ese tablero –le dice Cash–. Ése, no; el otro.

Deja la sierra y va y coge el tablero que desea, apartando a padre con la larga claridad que se mece en el tablero al balancearse.

El aire huele a azufre. Sobre su impalpable superficie, las sombras se sitúan como sobre una pared; como si, al igual que los sonidos, no se alejasen mucho al caer, sino que tan solo se coagulasen durante un instante, inmediato y soñador. Cash, medio vuelto hacia la débil luz, trabaja que te trabaja, agarrotando los músculos de una de sus piernas y de su brazo, delgado como una vara; la cara hundida en la luz con arrobada y dinámica inmovilidad y puesta sobre su codo infatigable. En el regazo del cielo, los relámpagos laten tímidamente; y contra el cielo, los árboles, inmóviles, agitan hasta su rama más pequeña, hinchados, crecidos como con rápida juventud.

Empieza a llover. Las primeras gotas caen broncas, espaciadas, veloces; golpean impetuosamente las hojas y caen al suelo con un largo suspiro, como aliviadas de una insoportable incertidumbre. Son grandes como postas; calientes, como si hubiesen sido disparadas con una escopeta; golpean impetuosamente el farol con un siseo agorero. Padre levanta la cara; tiene la boca abierta; un cerco húmedo y negro de tabaco está emplastado a lo largo de la base de sus encías; desde el fondo del asombro que expresa su boca abierta le nacen, como fuera del tiempo, cavilaciones sobre esta última afrenta. Cash mira ahora al cielo, luego al farol. La sierra no se ha parado, no ha roto el resplandor andante de sus dientes, que se mueven como a impulso de un émbolo.

–Traiga algo para tapar el farol –dice.

Padre se dirige a la casa. La lluvia cae de golpe, sin que truene, sin aviso de ninguna clase. Corre él hacia el porche. En un instante, Cash queda calado hasta los huesos. Sin embargo, el movimiento de la sierra no ha cesado, como si la sierra y el brazo funcionasen con la tranquila convicción de que la lluvia fuera sólo ilusión del entendimiento. Ahora deja la sierra y va y se agacha sobre el farol, cubriéndolo con su cuerpo. Su espalda aparece flaca y huesuda, bajo la empapada camisa, como si se le hubiese vuelto del revés la camisa y todo.

Padre vuelve. Lleva encima el impermeable de Jewel y trae en la mano el de Dewey Dell. Cash, sin dejar de proteger el farol, se echa hacia atrás y recoge cuatro palos; los clava en tierra; le toma a padre el impermeable de Dewey Dell y lo tiende sobre los palos, formando un cobijo para el farol.

Padre le está observando.

–No sé qué es lo que vas a hacer –dice–. Darl se llevó su abrigo.

–Pues mojarme –dice Cash.

Y vuelve a empuñar la sierra; y otra vez va y viene la sierra, adentro y afuera de esa inalterable impenetrabilidad, lo mismo que se mueve un pistón en el aceite; Cash, empapado de agua, huesudo, infatigable, tiene el cuerpo flaco y esbelto de un muchacho o de un viejo.

Padre le está observando. Pestañea. Su cara chorrea agua. Y una vez más vuelve a alzar los ojos al cielo con esa necia y cavilosa expresión de afrenta y, aún más, de vindicación, de quien no esperaba tanto; de cuando en cuando rebulle, se mueve, flaco y chorreando agua, a recoger un tablero o una herramienta, para dejarla otra vez en el suelo. Vernon Tull está ahí fuera, y Cash se ha

puesto el impermeable de mister Tull, y él y Vernon buscan la sierra. Al cabo de un rato la encuentra en las manos de padre.

–¿Por qué no se mete en casa, a protegerse de la lluvia? –le dice Cash.

Padre se le queda mirando; su cara chorrea agua lentamente, igual que si sobre una cara que esculpiera un artista salvaje e irónico fluyera la caricatura monstruosa de la aflicción.

–Métase dentro –le dice Cash–. Yo y Vernon la terminaremos.

Padre se les queda mirando. Las mangas del abrigo de Dewey le resultan demasiado cortas. La lluvia desciende por su rostro lentamente, como si fuera glicerina fría.

–No voy a escatimarla el mojarme –dice.

Otra vez se pone en movimiento y empieza a remover los tableros; recoge algunos y acaba por depositarlos luego cuidadosamente, como si fueran de cristal. Se acerca al farol y estira el impermeable que lo protege, hasta que lo derriba; y Cash va y se lo echa encima.

–Métase en casa –le dice Cash.

Lleva a padre a casa y regresa con el impermeable y lo extiende sobre el cobijo del farol.

Vernon no ha dejado de trabajar. Mientras sierra, alza la vista.

–Eso deberías haberlo hecho desde un principio –le dice–. Ya sabías que iba a llover.

–Es que tiene fiebre –dice Cash.

Y se queda mirando al tablero.

–¡Ah, sí! –dice Vernon–. De todas formas, se habría empeñado en estar aquí.

Cash enfila el tablero con la mirada. En el largo corte del tablero la lluvia repica enérgica, abundante, batalladora.

–Lo voy a cortar a bisel –dice.

–Eso te llevará más tiempo –le dice Vernon.

Cash coloca el tablero de canto; por un momento Vernon se le queda mirando; luego le entrega el cepillo.

Vernon sostiene firme el tablero, mientras que Cash bisela el borde con el cuidado aburrido y minucioso de un joyero. Mister Tull sale al porche y llama a Vernon.

–¿Lleváis ya mucho hecho? –le dice.

Vernon no alza la vista.

–No mucho; pero algo.

Ella se queda observando a Cash, que está inclinado sobre el tablero. A medida que se mueve le da en el impermeable el túrgido y salvaje resplandor del farol.

–Anda, baja y trae algunas tablas del granero y acaba ya y entra a ponerte a cubierto de la lluvia –dice ella–. Os vais a quedar los dos tiesos.

Vernon no se mueve.

–¿Oyes, Vernon? –dice ella.

–Vamos a terminar pronto. En menos que se dice.

Mister Vernon se le queda mirando un rato. Después entra de nuevo en la casa.

–Si nos vemos en un aprieto, podremos coger algunas de esas tablas –dice Vernon–. Ya te ayudaría a ponerlas otra vez.

Cash deja el cepillo y enfila con la mirada el tablero, secándolo con la palma de la mano.

–Déme otro –dice a Vernon.

Casi de madrugada para la lluvia. Pero aún no es de día cuando Cash clava el último clavo, yergue su cuerpo entumecido y contempla el ataúd, ya acabado; los demás le están observando. A la luz del farol, su rostro está quieto, caviloso; lentamente se restriega las manos en el impermeable, sobre la parte de las caderas, con un gesto deliberado, decisivo, de satisfacción. Entonces los cuatro –Cash y padre, y Vernon, y Peabody– levantan el ataúd hasta sus hombros y se dirigen a la casa. No pesa mucho, pero lo llevan lentamente; está vacío, pero lo conducen con cuidado; carece de vida, pero ellos se dicen unos a otros palabras de advertencia, hablando del ataúd como si, ya terminado, dormitara, ligeramente vivo, y pudiera despertar. Sobre el suelo oscuro, sus pies andan pesados, torpes, como si, desde hace mucho, nunca hubieran andado sobre pisos. Lo depositan junto a la cama.

Peabody dice tranquilamente:

—¿Y si tomáramos un piscolabis? Ya casi está clareando. ¿Por dónde anda Cash?

Ha vuelto a los caballetes. Otra vez inclinado, al débil resplandor del farol, recoge sus herramientas y las seca cuidadosamente con un trapo y las mete en su caja, que tiene una correa para llevarla al hombro. Después coge la caja, el farol y el impermeable y vuelve a la casa. Al remontar los escalones, su lánguida silueta se destaca sobre el pálido Oriente.

Para dormir en una habitación extraña, antes tienes que vaciarte. Pero ¿qué eres antes que te vacíes para dormir? Pero si te vacías para dormir, ya no eres nada. Y si te llenas de sueño, es que nunca has sido nada. Yo no sé qué soy. Ni sé si soy yo o no lo soy. Jewel sabe que él es porque él no sabe lo que él no sabe, si es o no es. No puede vaciarse para dormir, porque él no es lo que él es y él es lo que él no es. Desde más allá de la parte de pared que no está iluminada, puedo oír cómo la lluvia moldea el carro nuestro; la carga que se cortó y se serró y que todavía no es de quienes la compraron ni nuestra yace sobre nuestro carro, es cierto, allí está, aunque sólo el viento y la lluvia la moldean para Jewel y para mí tan sólo, pues no estamos dormidos. Y puesto que el sueño es no-ser y la lluvia y el viento son *que-fueron*, el carro no es. Sin embargo, el carro *es*, pues si el carro *es fue*, Addie Bundren no sería. Y Jewel *es, de* forma que Addie Bundren tiene que ser. Y entonces, yo tengo que ser, pues si no, yo no podría vaciarme para dormir en una habitación extraña. Así que si yo no estoy vacío todavía es que yo *soy*.

Cuantísimas veces he estado a cubierto de la lluvia bajo techo ajeno, pensando en mi casa.

CASH

La he hecho en bisel.

1. Así hay más superficie para que agarren los clavos.
2. Así hay doble superficie para cada junta.
3. El agua tendría que colarse oblicuamente. El agua se desliza con más facilidad de arriba abajo u horizontalmente.
4. Dentro de una casa la gente está en pie las dos terceras partes del tiempo. Es así porque las juntas y las uniones están hechas de arriba abajo. Porque la presión viene de arriba abajo.
5. En una cama, en que la gente esté siempre acostada horizontalmente, las juntas y las uniones se hacen oblicuas, porque la presión es oblicua.
6. Tenemos:
7. Un cuerpo no es cuadrado como una traviesa.
8. El magnetismo animal.
9. El magnetismo animal de un cuerpo muerto hace que la presión actúe oblicuamente, de forma que las juntas y las uniones de un ataúd tienen que hacerse en bisel.
10. Es fácil ver en una tumba vieja que la tierra se hunde en bisel.
11. Mientras que en un hoyo corriente se hunde por el centro, pues la presión actúa de arriba abajo.
12. Por eso la he hecho en bisel.
13. Un trabajo así tiene más clase.

VARDAMAN

Mi madre es un pez.

TULL

Eran las diez cuando regresé con la yunta de Peabody atada a la trasera del carro. Ya habían sacado la tartana de donde Quick la encontró patas arriba, volcada en el caz, a una milla del manantial. La empujaron fuera del camino, junto al manantial, y ya había allí lo menos una docena de carros. Fue Quick quien la encontró. Ha dicho que el río está de crecida y que sigue creciendo.

Ha dicho que ya la crecida ha alcanzado la señal más alta del pilar del puente; que es algo nunca visto.

–Lo que es el puente no va a resistir tal cantidad de agua –le dije–. ¿Ha hablado alguien a Anse de lo que pasa?

–Yo se lo he dicho –dijo Quick–. Él dice que espera que los chicos lo sepan y que hayan descargado y que estén ya de vuelta. Dice que ellos pueden cargar y pasar.

–Mejor sería que fuera y la enterrara en New Hope –dijo Armstid–. El puente ese es muy viejo. Lo que es yo, no gastaría bromitas con él.

–Se le ha metido en la cabeza que tiene que llevarla a Jefferson –dijo Quick.

–Entonces, lo mejor será que vaya en cuanto pueda –dijo Armstid.

Anse nos recibe en la puerta. Se ha afeitado, aunque no bien. Tiene una gran cortadura en la mandíbula. Se ha puesto sus pantalones de domingo y una camisa blanca con el cuello abotonado. Está suavemente tirante sobre su joroba, haciéndola parecer más grande que nunca, a causa del color blanco de la camisa, y su cara también parece otra. Ahora mira a la gente a los ojos, dignamente, con cara trágica y de circunstancias, y nos choca las manos a medida que vamos llegando al porche y mientras nos restregamos los zapatos, un tanto molestos con nuestros trajes domingueros, esos trajes domingueros que crujen; no le miramos a la cara cuando topamos con él.

–Ha sido la voluntad de Dios –le decimos.

–Ha sido la voluntad de Dios.

El chico ese no anda por allí. Peabody nos ha contado que entró en la cocina y que se puso a llorar, inquieto, y a arañar a Cora, que estaba preparándose para guisar el pescado ese, y que Dewey Dell le agarró y se lo llevó abajo, al granero.

–Y a mi yunta, ¿no le ha ocurrido nada? –me dice Peabody.

–Nada –le digo–. Ya les di un pienso esta mañana. Y a su tartana, tampoco parece haberle ocurrido nada. En absoluto.

–Pero la culpa de esto la tiene alguien –dice–. Daría con gusto unas perras con tal de saber dónde estaba el crío ese cuando mi yunta se soltó.

–Si es que algo se ha roto, ya lo arreglaré –le digo.

La gente de faldas entra en la casa. Se la puede oír hablar y abanicarse. Los abanicos hacen *zis-zis-zis*, y ellas charla que te charla, sonando sus palabras como el murmullo de las abejas dentro de un pozal de agua.

Los hombres, parados en el porche, hablan algo, sin mirarse los unos a los otros.

–¿Qué tal, Vernon?... ¿Qué tal, Tull? –dicen.

–Parece que va a llover.

–Lo más seguro.

–Pues sí, señor. Lloverá algo más.

–Y parece que pronto.

–Y esto va a ir despacio. No falla.

Me voy a dar una vuelta a la parte trasera de la casa. Cash está tapando los agujeros que hizo en la tapa de la caja. Está cortando taruguitos para meterlos, uno a uno, de madera mojada y difícil de trabajar. Podría cortar una hojalata para tapparlos, y nadie se daría cuenta de nada. No tendría ninguna importancia. Le he visto pasarse una hora cortando un taruguito, como si fuese cristal lo que tenía entre manos, precisamente cuando con solo darse una vuelta y recoger unos cuantos palitos y meterlos estaría todo hecho.


Cuando terminamos volví a la parte delantera de la casa. Los hombres se habían apartado un tantico de la casa, a sentarse en los extremos de los maderos y sobre los caballetes en que estuvimos haciendo la caja durante la pasada noche; unos, sentados, y otros, en cuclillas. Whitfield no ha llegado todavía.

Dirigen sus ojos a mí, como interrogándome.

–Ya casi está –les digo–. Ahora va a clavarla.

Mientras se ponen en pie, Anse se asoma a la puerta, a mirarnos, y nosotros volvemos al porche. Restregamos nuestros zapatos una vez más, con mucho cuidado, esperando que sea otro quien entre

el primero, y sacudiéndonos los pies ante la puerta. Anse permanece en el umbral, con mucha dignidad, con cara de circunstancias. Nos hace señas para que entremos y nos guía hasta la habitación.

La habían colocado en la caja al revés. Cash la ha construido en forma muy similar a la de un reloj de pared, así:  con todas sus juntas y uniones en bisel, bien cepilladas, tensas como un tambor y primorosas cual un costurero; y la han puesto dentro con la cabeza a los pies, para no arrugarla el vestido. Era su vestido de novia, de mucho vuelo en la falda, y la habían puesto así, con la cabeza a los pies de la caja, para que el vestido pudiera extenderse, y la habían hecho un velo con un trozo de mosquetero, para que no se le vieran los agujeros del taladro en su cara.

Al salir nosotros llega Whitfield. Está empapado en agua y cubierto de barro hasta la cintura.

—Que la gracia de Dios descienda sobre esta casa —dice—. Llego tarde porque el puente se ha ido con la riada. Tuve que bajar hasta el viejo vado y, con la ayuda de Dios, pude pasarlo a nado, sobre mi caballo. Que la gracia de Dios sea en esta casa.

Volvemos a los caballetes y a los troncos para sentarnos o acurrucarnos.

—Ya sabía yo que se lo llevaría el agua —dice Armstid.

—Estaba durando ya mucho ese puente —dice Quick.

—Querrá usted decir que Dios lo conservaba allí —dice el tío Billy—. En veinticinco años no sé que haya habido nadie que tuviera que arreglarlo.

—¿Y desde cuándo ha estado ahí el puente, tío Billy? —dice Quick.

—Lo levantaron, lo levantaron en...; espera..., fue en mil ochocientos ochenta y ocho —dice el tío Billy—. Me acuerdo de ello porque el primer hombre que lo pasó fue Peabody, que tuvo que venir a mi casa al nacer Jody.

—Si lo hubiera tenido que pasar cada vez que tu mujer parió desde entonces, ya se habría gastado el puente mucho antes de esto, Billy —dice Peabody.

De pronto lanzamos una carcajada; luego nos sosegamos. Nos miramos a hurtadillas, con cierto disimulo.

—Montones de gente lo han pasado que no pasarán ya más puentes —dice Houston.

—Cierto —dice Littlejohn—. Así es.

—Lo que es cierto es que hay una más que no los pasará —dice Armstid—. Habrá que echarle de dos a tres días para llevarla a la ciudad en el carro. Y para llevarla a Jefferson y volver tendrán que echar lo menos una semana.

—¿Y por qué se le ha metido en la cabeza a Anse el llevarla a Jefferson, sea como sea? —dice Houston.

—Se lo prometió a ella —le digo—. Ella lo quería así. Procedía de allí. Reinaba en ello.

—También Anse reina en ello —dice Quick.

—Vaya, hombre —dice el tío Billy—. Es como si un hombre que nunca ha dado importancia a nada se empeñara en hacer algo en perjuicio de todos sus conocidos.

—Bueno, bueno; Dios dirá si han de pasar ahora el río en cuestión. ¿No, Anse? —dice Peabody.

—Creo que Dios querrá —dice Quick—. Desde hace mucho está protegiendo a Anse, vaya.

—Cierto, cierto —dice Littlejohn.

—Ha pasado demasiado tiempo para que ahora lo deje abandonado —dice Armstid.

—A mí me parece que Dios se halla en la misma situación que todos los de por aquí —dice el tío Billy—. Hace tanto que Dios le está ayudando, que ahora no le abandonará.

Cash sale. Se ha puesto una camisa limpia; su pelo, mojado, está peinado suavemente sobre su frente, suave y negro, como si se lo hubiese pintado en la cabeza. Se acucilla torpemente entre nosotros; le observamos.

—¿Es que te hace daño este tiempo? —dice Armstid.

Cash no dice nada.

—Un hueso roto siempre se siente —dice Littlejohn—. Cualquiera que tenga un hueso roto puede decir lo que va a venir.

–Y menos mal que Cash sólo salió de aquello con una pierna rota –dice Armstid–. Con las mismas hubiera podido quedarse inútil. ¿Y te caíste de muy alto, Cash?

–Pues de veintiocho pies y cuatro pulgadas y media, o así –dice Cash.

Me voy junto a él.

–Cualquiera puede dar un traspié cuando está sobre un andamio mojado –refiere Quick.

–La cosa va mal –le digo–: Pero tú no podrás remediarlo.

–Y todo es por esas condenadas mujeres –dice–. La he hecho para que le esté ajustada. La he hecho con arreglo a lo que pesa y mide.

Sí para que la gente caiga basta con unos andamios mojados, no pocos van a caerse en un santiamén.

–Pero tú no podrás remediarlo –le digo.

No me preocupa el que la gente se caiga. Lo que me importa es el algodón y el trigo.

Tampoco a Peabody le importa que la gente se caiga. ¿Qué me dice a eso, doctor?

Así es. Lo que es el campo, ese sí que va a quedar completamente lavado. Parece que siempre va a ocurrirle algo.

Eso es lo que parece. Eso es lo que da valor a las cosas. Si nunca ocurriera nada y todo el mundo hiciera una gran cosecha siempre, ¿cree usted que valdría la pena de ser labrador?

Bueno; que me maten si es que a mí me gusta ver mi labor destruida por la riada, una labor que tantos sudores cuesta.

Así son las cosas. A nadie le importaría un comino ver diluviados sus campos, si, llegado el caso, pudiera revolverse contra la lluvia.

Pero ¿es que hay un hombre que pueda hacer eso? ¿De qué color tiene los ojos de la cara?

Pues claro. Dios es el que hace que las cosas crezcan. Y Él es quien inunda los campos cuando le parece.

–Pero tú no podrás remediarlo –le digo.

–La culpa la tienen esas condenadas mujeres –me dice.

Dentro de la casa, las mujeres empiezan a cantar. Nada más empezar, sus voces comienzan a aumentar, a medida que van entrando en faena; y nosotros, entonces, nos levantamos y dirigimos a la puerta, quitándonos los sombreros y escupiendo al suelo nuestro tabaco de mascar. Pero no entramos. Nos quedamos ante el escalón de entrada, vacilantes, con los sombreros en nuestras manos, indecisas, puestas delante o atrás. Y permanecemos quietos, con un pie avanzado y con la cabeza gacha, mirando a hurtadillas, ya a los sombreros que tenemos en las manos, o al suelo, o, de cuando en cuando, al cielo, o bien a nuestras caras, graves, serias, de circunstancias.

El cántico termina; las voces tiemblan y desaparecen con un trémolo empalagoso y moribundo. Ahora le toca a Whitfield. Su voz es más grande que él. Como si no fuera suya. Como si él y su voz fueran cosas diferentes que vadearan juntas el río, montadas en caballos también diferentes, y que hubieran entrado en la casa: la una, salpicada de barro; la otra, ni tan siquiera mojada, triunfante, aunque triste. Dentro de la casa, alguien, una mujer, comienza a sollozar. Llora como si sus ojos y su voz se le hubieran metido dentro del cuerpo, a escuchar. Cambiamos de postura, para apoyarnos sobre la otra pierna; nuestras miradas se cruzan, pero hacemos como si no.

Whitfield, al fin, deja de cantar. Otra vez, las mujeres cantan. Está tan cargada la atmósfera, que es como si sus voces salieran del aire y en él volaran juntas con tristes y consoladoras modulaciones. Y cuando cesan, parece como que no han desaparecido. Como si acabasen de desaparecer en el aire, de forma que, si nos moviéramos, pudiéramos perderlas nuevamente en el nuevo aire. Tristes y consoladoras modulaciones. Ya han terminado. Nos ponemos los sombreros. Nuestros movimientos son torpes, como si nunca antes hubiésemos usado sombrero.

Ya de camino, Cora sigue cantando: «Acato a mi Dios y acepto la recompensa que Él me dé.» Canta ella, sentada en el carro, con el mantón echado por los hombros y con el paraguas abierto, tapándose con él, aunque ya no llueve.

–Ella se ha ganado la suya –le digo–. Esté donde esté, ya se ha ganado su recompensa, con solo verse libre de Anse Bundren.

Tres días ha tenido que pasar ahí metida, en esa caja, esperando a que Darl y Jewel acabasen de volver a casa y cogieran otra rueda nueva y regresen a donde el carro se había quedado parado, en la zanja.

«Llévate mi yunta, Anse», le dije.

«Esperamos a la nuestra –me dijo–. Así lo quiere ella.»

Siempre fue una mujer muy especial.

Al tercer día regresaron y la cargaron en el carro y se pusieron de camino, pero ya era demasiado tarde.

«Tendréis que prepararos a dar un buen rodeo por el puente de Samson. Eso os va a suponer un día hasta que lleguéis allí. Y desde allí os quedan unas cuarenta millas hasta Jefferson. Llévate mi yunta, Anse.»

«Esperamos a la nuestra. Así lo quiere ella.»

A una milla, más o menos, de nuestra casa le vimos; estaba sentado a la orilla de una charca. Que yo sepa, jamás ha habido un pez en ella. Se volvió a mirarnos, con sus ojos redondos y quietos, sucia la cara. Tenía la caña de pescar entre sus rodillas. Cora seguía cantando.

–Éste no es buen día para pescar –le dije–. Anda, vente a casa con nosotros, y yo y tú bajaremos al río mañana, muy tempranito, a pescar.

–Aquí dentro hay uno –dijo–. Dewey Dell lo ha visto.

–Anda, ven con nosotros. Es mucho mejor sitio el río.

–Pero él está aquí dentro –dijo–. Dewey Dell lo ha visto.

«Acato a mi Dios y acepto la recompensa que Él me dé», cantaba Cora.

DARL

–No es tu caballo quien se ha muerto, Jewel –le digo.

Va tieso sobre el asiento, echado un tanto para delante, con la espalda envarada. El ala de su sombrero, que está empapada de agua, se le ha desprendido del casquete por dos sitios y le cuelga delante de su cara de palo, de forma que, agachada la cabeza, va mirando por la brecha como se mira bajo la visera de un yelmo; y tiende la mirada por el valle hasta el granero, que se recuesta en el costado del morro: evoca a su caballo invisible.

–¿Los ves? –le digo.

Arriba, sobre la casa, destacándose en el cielo, que rápidamente se ennegrece, se ciernen ellos trazando círculos cada vez más pequeños. Desde aquí no son más que unas motas implacables, pacientes, agoreras.

–Te digo que no es tu caballo quien se ha muerto.

–Vete al infierno –me dice–. Que te vayas al infierno, te digo.

No puedo querer a mi madre, pues no tengo madre ninguna. La madre de Jewel es un caballo.

Impasibles, los grandes zopilotes se ciernen con círculos ascendentes, y las nubes les prestan una engañosa ilusión de retroceso.

Impasible, envarado, con cara de palo, se imagina al caballo parado en seco, como un halcón, con las alas desplegadas en gancho.

Nos están esperando, preparados ya para transportar la caja; le están esperando.

Entra en la cuadra y aguarda a que el caballo le tire una coza para poder colarse por detrás y subirse a la artesa y aguarda allí, y, antes de subirse al sobrado, escudriñar por encima del remate de los tabiques hacia el sendero desierto.

–¡Vete al infierno! ¡Que te vayas al infierno, te digo!

CASH

–No podrá guardar el equilibrio. Si queréis llevarla a hombros y guardar el equilibrio, tendréis que...

–¡Arriba! ¡Vamos, condenados, arriba!

–Le estoy diciendo que no la podrán llevar a hombros y que no guardará el equilibrio a menos que...

–¡Vamos, arriba! ¡Condenados del demonio! ¡Si es que todavía os quedan reños, arriba!

No podrá guardar el equilibrio. Si es que quieren llevarla a hombros y guardar el equilibrio, tendrán que...

DARL

Por entremedias de nosotros inclina su cuerpo sobre la caja: de las ocho manos, dos son suyas. Oleadas de sangre le suben a la cara. Y, en los intervalos, su carne tiene un aspecto verdusco, bastante semejante a ese color verde uniforme, denso y mortecino, de la rumiadura de la vaca; con el rostro sofocado, rabioso, enseña los dientes.

–¡Vamos, arriba, si es que todavía os quedan reños!

La levanta por uno de los costados tan inesperadamente, que todos los demás saltamos para agarrarla y equilibrarla, antes que la vuelque por completo. Durante un instante, la caja ofrece resistencia; diríase que una resistencia voluntaria, como si en su interior el cuerpo de la difunta, delgado como una vara, conservara furiosamente, pese a estar muerta, cierto pudor y tratara de ocultar una vestidura manchada que no había podido evitar que le manchara el cuerpo. Y entonces, la caja, irguiéndose bruscamente, se libera a sí misma, como si la demacración del cuerpo de la difunta hubiese añadido levedad a las tablas, o como si ella, al ver que la vestidura estaba en peligro de serle arrancada, se precipitara de pronto en pos de ella, con un vuelco apasionado que naciese de su propio deseo y necesidad. La cara de Jewel se pone completamente verde y puedo oír el roce de su aliento en los dientes.

Sacamos la caja por el zaguán, pisando ruda y zafiamente los suelos, en dirección a la puerta, moviéndonos con torpes pasos.

–Aguantad un minuto –dice padre, antes de soltarse.

Se vuelve a empujar la puerta y echar la llave. Pero Jewel no quiere aguardar.

–Sigamos –dice con esa voz suya, sofocada–. Vamos.

La bajamos cuidadosamente por los escalones. Avanzamos con la cabeza torcida, respirando por la boca para no hacerlo por la nariz; la mantenemos en equilibrio, como si se tratara de algo infinitamente precioso. Sendero abajo nos dirigimos a la ladera.

–Es mejor que le esperemos –dice Cash–. Así no puede ir equilibrada. Vamos a necesitar otra mano al llegar al cerro ese.

–Pues suéltate –le dice Jewel.

No quiere que nos paremos. Cash empieza a quedarse atrás, esforzándose por seguirnos, respirando con dificultad. Por último, se queda distanciado. Jewel aguanta ahora él solo toda la parte delantera, así que la caja, basculando a medida que el sendero baja, empieza a escapársenos y a deslizarse por el aire, como un trineo sobre una nieve invisible, y huye suavemente de la atmósfera, en la que todavía se advierte la huella de su forma.

–Aguarda, Jewel –le digo.

Pero no quiere aguardar. Casi ha echado a correr, y Cash está muy atrás. Se me antoja que la parte que yo aguanto solo carece de peso, cual si navegara como una paja lanzada a la marea furiosa de la desesperación de Jewel. Y ni siquiera la tocó cuando, en una revuelta, la deja pasar por encima de sí, la hace oscilar, y, de un solo movimiento, la para y la deposita en el interior del carro; luego vuelve hacia mí su cara arrebatada de coraje y desesperación.

–Vete al infierno. Que te vayas al infierno, te digo.

VARDAMAN

Vamos camino de la ciudad. Dewey Dell dice que no lo quiere vender, porque pertenece a Santa Claus, y solamente se lo ha quedado hasta la próxima Navidad. Y entonces volverá al escaparate, a brillar y a esperar.

Padre y Cash bajan por la ladera del cerrete; pero Jewel camina hacia el granero.

–Jewel –le dice padre.
 Pero Jewel no se para.
 –¿Adónde vas? –le dice padre.
 Pero Jewel no se para.
 –Anda, deja ese caballo aquí –le dice padre.
 Jewel se para; mira a padre.
 Los ojos de Jewel parecen dos canicas.
 –Vamos todos en el carro, con madre, como ella quería.
 Pero mi madre es un pez. Vernon lo ha visto. Estaba él allí.
 –La madre de Jewel es un caballo –tiene dicho Darl.
 –Pues entonces la mía puede ser un pez, ¿verdad, Darl? –le dije.
 Jewel es hermano mío.
 –Pues entonces también la mía tiene que ser un caballo –le dije.
 –¿Y por qué? –dijo Darl–. Si padre es tu padre, ¿por qué tiene que ser tu madre un caballo?
 ¿Porque lo sea la de Darl?
 –¿Y por qué lo es? –le dije–. ¿Por qué es un caballo?
 Darl es hermano mío.
 –Y entonces, ¿qué es tu madre, Darl? –le dije.
 –Yo nunca tuve madre ninguna –dijo Darl–. Pues si la he tenido, *fue*. Y si fue, es que ya no puede ser *es*. ¿O es que puede?
 –No –le dije.
 –Entonces, yo no existo –dijo Darl–. ¿Existo yo?
 –No –le dije.
 Yo sí existo. Darl es hermano mío.
 –Pero tú *existes*, Darl –le dije.
 –Ya lo sé –dijo Darl–. Por eso digo que yo no *soy*. De otra manera, supondría mucho decir de una mujer que ha parido como una yegua.
 Cash viene con su caja de la herramienta. Padre se le queda mirando.
 –Cuando volvamos me quedaré en casa de Tull –dice Cash–. Tendré que ocuparme del tejado de ese dichoso granero.
 –Eso no está nada de bien –le dice padre–. Eso sería un insulto deliberado contra tu madre y contra mí mismo.
 –¿Es que prefieres hacerle venir hasta aquí y que luego lleve la herramienta hasta casa de Tull a pie? –le dice.
 Padre se le queda mirando a Darl, mascullando. Padre se afeita ahora todos los días, porque mi madre es un pez.
 –Eso no está nada bien –dice padre.
 Dewey Dell lleva un envoltorio en la mano. También trae la cesta con nuestra comida.
 –¿Qué traes ahí? –le dice padre.
 –Las tortas de mistress Tull –dice Dewey Dell, subiendo al carro–. Me ha encargado que se las lleve a la ciudad.
 –Eso no está nada de bien –dice padre–. Es un insulto a la difunta.
 Se va a quedar allí. Se va a quedar allí, lo dice ella, hasta que llegue Navidad, brillando en la vía. Ella dice que él no lo venderá a ningún chico de la ciudad.

DARL

Va al granero; entra en la corraliza, con la espalda envarada.

Dewey Dell lleva la cesta en un brazo y en una de las manos trae algo cuadrado y envuelto en un papel de periódico. Su cara está tranquila y seria, con ojos cavilosos y vigilantes; dentro de ellos llego a ver la espalda de Peabody como dos guisantes redondos en dos dedalitos; tal vez, en la espalda de Peabody hay dos de esos gusanos que se afanan en uno subrepticia y enérgicamente, y

que salen al otro lado, y entonces te despiertas de pronto del sueño o de la vigilia, saliendo a la cara con una expresión repentina, intensa, de preocupación.

Coloca la cesta en el carro y salta adentro: su pierna queda al descubierto de su vestido estrecho, palanca que mueve al mundo; calibre que mide la vida a lo largo y a lo ancho. Se sienta en el banco, al lado de Vardaman, y coloca el paquete en su regazo.

Ahora entra él en el granero. No se ha vuelto a mirarnos.

–Eso no está nada de bien –dice padre–. No le hubiera costado mucho hacerlo por ella.

–Pues, anda, largo –dice Cash–. Que se quede, si quiere. Ahí es donde debe estar. Puede que se vaya a casa de Tull y se quede allí.

–Nos alcanzará –le digo–. Irá por el atajo y tropezará con nosotros en la senda de Tull.

–Si le hubiese dejado –dice padre–, se hubiera ido, con el caballo, esa mala bestia del demonio, más salvaje que un gato montes. Un insulto deliberado contra ella y contra mí mismo.

El carro echa a andar; las orejas de las mulas empiezan a moverse.

A espaldas de nosotros, por encima de la casa, en lo alto, sin aletear, describiendo grandes círculos ascendentes, disminuyen, desaparecen.

ANSE

Le dije que no trajera el caballo ese, por respeto a su difunta madre; pues no estaría nada de bien verle ir corcoveando, montado en ese endiablado caballo de circo, en tanto que ella espera que estemos todos sentados en el carro, haciéndola compañía, pues ella los ha puesto en el mundo. Pero todavía no habíamos hecho más que pasar por la senda de Tull, cuando Darl se echó a reír. Ahí se está, sentado en el banco, al lado de Cash, y su madre muerta metida en ese ataúd que está a sus pies; y ríe. No sé cuantas veces le tengo dicho que con esas cosas que hace da que hablar a la gente. Eso es lo que le digo. Me importa mucho lo que la gente dice de los que llevan mi sangre, aunque a ti no te importe, y aunque sea yo el padre de todo ese endiablado bando: si tú te comportas de modo que la gente se fije en ti, te digo que sobre quien recae todo es sobre tu madre, no sobre mí; yo soy un hombre y puedo aguantarlo; pero debieras pensar en las mujeres de tu casa, en tu madre y en tu hermana. Luego me vuelvo a mirarle: ahí se está, riendo.

–No pretendo que me respetes a mí –le digo–. Pero que aún no esté fría tu propia madre en su ataúd, y que tú...

–Mira allá –dice Cash, señalando con su cabeza en dirección al sendero.

El caballo está todavía bastante lejos, aunque sube a buen paso; el caso es que no necesito que me digan de qué se trata. Y al instante miro atrás, a Darl, que ahí se está, riendo.

–He hecho lo que he podido –digo–. He tratado de hacer lo que ella habría deseado. Dios me perdonará y disculpará la conducta de los que Él me dio.

Pero Darl, sentado en el banquillo de madera, casi encima de donde ella reposa, ríe, ríe.

DARL

Sube a toda prisa por el sendero, pero nosotros estamos a trescientas yardas de la boca del caballo cuando llega al camino; el barro revolotea bajo el aleteo de las pezuñas. Ágil y erguido sobre la silla, afloja ahora el paso del caballo, que chapotea en el barro.

Tull se halla en la corraliza. Nos mira; alza la mano. Seguimos nuestro camino: rechina el carro, murmura el barro entre las ruedas. Vernon continúa allí, en pie. Se queda mirando a Jewel cuando pasa; el caballo, a trescientas yardas de nosotros, camina con un trote ligero. Seguimos nuestro camino con un movimiento tan soporífero, tan soñoliento, que avanza tan poco, que solo el tiempo, y no el espacio, parece ir decreciendo entre nosotros y el caballo.

La carreta da las vueltas en ángulos rectos; la señal que las ruedas dejaron el domingo pasado han desaparecido ya: no son más que una lisa escoriación roja que se interna serpenteante entre los pinos. Un poste indicador dice con letras borrosas: «A New Hope Church, tres millas.» Señala como si fuera una mano inmutable que surgiera de la profunda desolación del Océano; más allá del poste, el rojizo camino se extiende como un radio de rueda que tuviera como calce a Addie

Bundren; vacío y liso, se desenrolla bajo las ruedas del carro; el blanco poste indicador se queda atrás con su tranquila afirmación desteñida. Cash, sosegadamente, va mirando el camino; cuando pasamos el poste vuelve la cabeza, como si fuera la de una lechuza; lleva cara de circunstancias. Padre, encorvado, mira completamente al frente.

También Dewey Dell mira al camino; luego se vuelve hacia mí, a observarme con ojos insolentes durante un instante desagradable, sin que asome a ellos aquella pregunta que hubo en los de Cash. El poste indicador ya queda atrás; el camino sigue desenrollándose uniforme. Dewey Dell vuelve la cabeza. El carro sigue rechinando.

Cash escupe en la rueda.

–De hoy en dos días empezará a oler –dice.

–Debieras decírselo a Jewel –le digo. Ahora está parado en el cruce, montado en el caballo, derecho, observándonos, no menos tieso que el poste indicador, frente a él, levanta su borrosa capitulación.

–El carro no está en condiciones para un viaje largo –dice Cash.

–Dile eso también –le digo.

El carro sigue rechinando.

Una milla más arriba nos adelanta; el caballo, enarcado él cuello, frenado para que ande al paso ligero. Va sentado ágilmente sobre la silla, derecho, seguro, con cara de palo, con el sombrero roto e inclinado sobre la cara con un aire fanfarrón. Nos adelanta ligero, sin mirarnos, conduciendo el caballo, cuyas pezuñas chapotean en el barro. Una salpicadura de barro sale despedida y cae sobre la caja. Cash se inclina hacia adelante, saca una herramienta de su caja y quila cuidadosamente la salpicadura. Pasado va Whiteleaf, donde los sauces se inclinan bastante, arranca una rama y restriega la mancha con las hojas húmedas.

ANSE

Estas tierras resultan duras para cualquiera; resultan duras. Ocho millas del sudor de uno, limpiadas de la tierra de Dios, de donde el mismísimo Dios le había ordenado que sudase. En ninguna parte de este mundo pecador puede un hombre honrado y trabajador sacar nada de provecho. Los que se benefician son esos que tienen las tiendas en las ciudades, que no sudan, que viven a costa de los que sudan. No los que trabajan de firme, no el labrador. A veces me pregunto por qué seguimos en ello. Porque se nos recompensará en lo alto, donde ellos no podrán llevar sus motores y demás cosas. Allí todos los hombres seremos iguales, y Dios tomará de los que tienen para dar a los que no tienen.

Pero hasta que eso ocurra tiene que pasar mucho tiempo, al parecer. No está bien que uno tenga que ganarse la recompensa de su buena conducta haciéndose polvo uno mismo y la difunta de uno.

Hemos caminado lo que quedaba de día, y, al oscurecer, hemos llegado a lo de Samson; también allí se habían llevado las aguas el puente. Jamás han visto una riada tan grande, y eso que todavía no ha dejado de llover. Los viejos de por aquí dicen que es cosa nunca vista, y jamás han oído, en lo que recuerdan, que haya ocurrido cosa semejante. Soy un elegido de Dios, pues Él castiga a aquel a quien Él ama. Pero que me aspen si es que Él no ha escogido, por lo que se ve, una manera harto extraña de demostrar su amor.

Pero ahora ya podré ponérmelos, los dientes. Será una comodidad. Lo será.

SAMSON

Ocurrió poco antes de ponerse el sol. Estábamos sentados en el porche cuando llegó el carro hasta aquí arriba, cinco dentro de él, y el otro, detrás, a caballo. Uno de ellos saludó con la mano pero dejaron atrás la tienda, sin pararse.

–¿Quién es ése?

–No llego a recordar su nombre. Es el mellizo de Rafe. Seguro que es él –dice MacCallum.

–Es Bundren, el de allá abajo, pasada New Hope –dice Quick–. Jewel va montado en uno de los caballos que trajo Snopes.

–No sabía que todavía quedara un caballo de esos –dice MacCallum–. Pensé que vosotros, los de allá abajo, habíais renunciado ya a ellos.

–Anda, trata de hacerte con ese –dice Quick.

El carro seguía su camino.

–Apuesto a que el viejo Lon no se lo ha dado –digo.

–Claro que no –dice Quick–. Se lo compró a mi padre.

El carro seguía su camino.

–...no deben de saber nada del puente.

–Pero, aun así, ¿qué hacen por aquí? –dice MacCallum.

–Puede que se hayan tomado unos días de descanso, después de dar tierra a su mujer –dice Quick–. Me pienso que van a la ciudad; el puente de Tull también se lo llevó la riada. Me extraña que no sepan nada de lo del puente.

–Pues van a tener que echar a volar –digo–. No creo que haya ningún otro puente desde aquí a Mouth of Ishatawa.

Llevan algo en el carro. Pero como Quick ha estado en el funeral hace cosa de tres días, nosotros, naturalmente, no pensábamos más que ellos habían salido de casa muy tarde, sin saber nada de lo del puente.

–Sería lo mejor que los llamasen –dice MacCallum.

Que me aspen si no tengo su nombre en la mismísima punta de la lengua.

Quick los ha llamado. Se han parado. Quick ha ido hasta el cerro y les ha hablado.

Viene con ellos.

–Van a Jefferson –dice–. También se ha llevado la riada el puente de Tull.

Como si nosotros no lo supiéramos. En su cara, cerca de las ventanas de la nariz, se veía algo raro. Acababan de sentarse ahí: Bundren, la chica y el peque, en el banquillo y Cash y el segundo, del que tanto comenta la gente, en una tabla de la parte de atrás; y el otro, montado en su caballo manchado. El caso es que puede que ya se hayan hecho a ello, pues cuando le dice a Cash que para pasar tendrían que volverse a New Hope y que era lo que más les convenía, terminó por decir:

–Cuento con que podremos llegar.

No me gusta ser entremetido. Lo que yo digo es que cada cual se las componga como pueda. Pero después de haber hablado con Rachel de que no habían tenido quien la pudiera embalsamar, estando como estamos en el mes de julio, volví abajo, al granero, con ánimo de charlar con Bundren de este asunto.

–Se lo he prometido –dice–. Se le había metido en la cabeza.

Estoy sorprendido de cómo un perezoso como él, un hombre que odia el ponerse en movimiento, se empeña en seguir adelante, ahora que se ha puesto en camino, y precisamente la misma persona que siempre quiere estar quieta; parece como si lo que odia no es el ponerse en movimiento, sino el echar a andar o el pararse. Y es como si se enorgulleciera de que parezca difícil ponerse en movimiento o estarse quieto. Ahí se está, sentado en el carro, engibado, pestañeando, mientras nos oye referir lo aprisa que se hundió el puente y lo alta que era la crecida del río; que me aspen si no parece enorgullecerse de todo eso, como si hubiese sido precisamente él la causa de la crecida.

–Entonces, ¿tú dices que jamás has visto una crecida como esta? –me dice–. Dios lo ha querido –dice–. Me parece que tampoco mañana por la mañana disminuirá la riada –dice.

–Harían bien en quedarse aquí esta noche –le digo– y salir mañana temprano para New Hope.

Lo sentía por ellas, las pobres mulas, que estaban en los huesos. Y lo que digo es lo que dije a Rachel: «Mira, ¿te habría parecido bien que los dejara de noche y a ocho millas de casa? ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?», eso es lo que yo digo. «Total, no va a ser más que una sola noche y ellos la llevarán al granero y, además, se pondrán en camino en cuanto amanezca.» Y por eso les digo. «Quédense aquí esta noche y mañana temprano podréis volver a New Hope. Dispongo de suficientes herramientas, y los chicos pueden ponerse en faena después de la cena, para enterrarla y acabar pronto», y en ese momento veo que la chica me está observando. Si sus ojos hubiesen sido pistolas en vez de ojos, ahora no lo contaría. Que me entierren, si es que no me quemaban sus ojos.

El caso es que, cuando bajé al granero y me uní a ellos, estaba ella hablando, y ni cuenta se dio de que estaba yo allí.

–Usted se lo prometió –le dice ella–. No se habría ido de este mundo hasta contar con esa promesa. Pensaba que podría confiar en usted. Si no lo hace, la maldición caerá sobre usted.

–No existe quien pueda decir que no quiero cumplir la palabra dada –dice Bundren–. Cualquiera puede leer dentro de mi corazón.

–No me importa nada tu corazón –le dice ella.

Lo decía con un murmullo, como quien dice; hablaba de prisa.

–Se lo prometió. Se lo tiene prometido. Usted...

Entonces vio que yo estaba allí, parado, en pie. Si sus ojos hubiesen sido pistolas, ahora no lo contaría.

Así que, cuando le hablé de ello, va y dice:

–Se lo tengo prometido. Se le había metido en la cabeza.

–Pero, es un parecer, yo creo que ella preferiría tener a su madre enterrada cerca, pues así podrá...

–Es Addie, a quien se lo tengo prometido. Se le ha metido en la cabeza.

Así que tuve que decirles que la llevaran al granero, pues estaba amenazando lluvia otra vez, y que la cena ya casi estaba lista. El caso es que ellos no quisieron entrar.

–Se lo agradezco –dice Bundren–. No quisiéramos molestarle. Llevamos alguna cosilla en la cesta. Nos arreglaremos con eso.

–Pues bien –le digo–: si ustedes son tan especiales con las mujeres de su casa, también lo soy yo con la de la mía. Y si alguien llega a mi casa a la hora de sentarse a la mesa y no lo hace, mi mujer lo tomará como un insulto.

Así que la chica fue a la cocina a ayudar a Rachel. Y entonces, Jewel va y se me acerca.

–Natural –le digo–. Ve y sácalo tú mismo del henil. Una vez que hayas echado su pienso a las mulas, puedes atiborrarlo.

–Prefiero pagarle lo del caballo –me dice.

–¿Pagar? ¿El qué? –le digo–. A nadie le escatimo el pienso de un caballo.

–El caso es que prefiero pagarle –me dice.

Pensé que se refería a algo especial.

–¿Por algo especial? –le digo–. ¿Es que no come heno y cebada?

–Sí, en cantidad mayor que los demás –me dice–. Siempre le echo algo más de lo que es costumbre, y no quisiera tener que agradecerlo a nadie.

–Pues no seré yo quien te venda nada –le digo–. Y si es que puede comerse todo lo que hay en el henil, descuida, ya te ayudaré mañana por la mañana a cargar el granero entero en el carro.

–Nunca he tenido que agradecer nada a nadie –me dice–. Prefiero pagar lo que sea.

Tuve en la punta de la lengua el decirle que si hiciera uso de mis *preferencias*, no habría estado él aquí ni tanto así. Pero el caso es que voy y le digo:

–Ya es tiempo de sobra para que empiece. Además, ni pensar que yo te venda nada.

Cuando Rachel tuvo hecha la cena, ella y la chica fueron a preparar donde dormir. Pero ninguno de ellos había llegado aún.

–Ya lleva muerta tiempo suficiente para dejarse de tonterías –es lo que yo digo.

Pues yo siento tanto respeto como el que más delante de un muerto, pero también hay que respetar a los muertos; y si una mujer ha estado durante cuatro días metida en una caja, la mejor manera de respetarla es darle tierra lo más aprisa que se pueda. Pero no, no harán caso.

–Eso no estaría nada de bien –dice Bundren–. Claro que si los chicos se quieren ir a dormir, no importa; puedo quedarme solo con ella. No la voy a escatimar esto.

Así que cuando volví abajo, allí se estaban en cuclillas sobre el suelo, alrededor del carro, todos.

–Por lo menos, dejad que el peque venga a casa a echarse un sueño –les digo–. También tú harías bien en venir –le digo a la chica.

No era mi intención meterme en sus cosas. Que yo supiese, jamás le había hecho nada malo a ella.

Le han hecho una cama en la artesa de uno de los departamentos vacíos de la cuadra.

–Bueno, entonces ven tú –le digo a ella.

Pero ella, ni replicar. Allí se están, sentados en cuclillas. Apenas si se los distingue.

–Y a todo esto, ¿qué me decís, muchachos?

–les digo–. Mañana vais a tener un día de abrigo.

Al cabo de un rato, dice Cash:

–Gracias. Ya nos las arreglaremos.

–No quisiéramos tener que agradecer nada –dice Bundren–. Muchas gracias, de todas maneras.

Así que los dejé allí, sentados en cuclillas. Me hago cargo de que después de cuatro días ya estaban acostumbrados a ello. Pero Rachel no se lo hacía.

–Esto es un insulto –dice–. Un insulto.

–¿Y qué va a hacer él? –le digo–. Se lo tiene prometido a ella.

–¿Y quién está hablando de él? –me dice–. ¿Quién le ha mentado siquiera? –dice, llorando–. Lo único que deseo es que tú y todos los hombres del mundo que os dedicáis a atormentarnos la vida, y a insultarnos muertas, arrastrándonos de acá para allá...

–Basta, basta –le digo– Ya estás excitada.

–¡No me toques! ¡Que no me toques, te digo!

Con las mujeres, nunca se sabe por dónde van a salir. Estoy viviendo con la mía, va para quince años, y que me aspen si lo sé. Y, aunque he imaginado un sinfín de cosas que pudieran separarnos, que me aspen si jamás pensé que pudiera hacerlo un cadáver de cuatro días, y el de esa mujer precisamente. Y es que se hacen la vida difícil por no aceptar las cosas como vienen, como hacen los hombres.

Así que me tumbé ahí, a escuchar cómo empezaba a llover, a pensar en los que estaban sentados allí abajo, sentados en cuclillas alrededor del carro, y a escuchar el ruido de la lluvia en el tejado; y a pensar en Rachel, que ahí se estaba llorando, hasta que al cabo de un rato me pareció oírla llorar aun después de haberse quedado dormida; y me parecía sentir el olor ese, aunque sabía que no podía llegar hasta mí. No hubiera podido decidir entonces si es que podía o no llegar hasta mí, o si es que lo sentía precisamente por saber que se trataba de eso.

El caso es que, al llegar la mañana, tuve buen cuidado de no bajar ahí. Estuve escuchando cómo enganchaban, y luego, cuando supe que ya estaban preparados para emprender la marcha, salí de casa a derechas y bajé al camino, hasta el puente, y entonces oí que el carro salía de la corraliza, de vuelta para New Hope. Y entonces, al volver a casa, Rachel me ha puesto de alivio por no haber estado en casa y no haberlos hecho entrar a que se desayunasen. Con las mujeres, nunca se sabe por dónde van a salir. Precisamente cuando estás en la creencia de que ellas piensan una cosa, que me aspen si entonces no tienes que cambiar de idea y llevarte además un buen rapapolvo por pensar que ellas se referían a lo que tú pensabas.

Pero es que todavía tenía la impresión de que estaba oliendo aquello. Y por eso me incliné a pensar entonces que no era que lo oliera, sino que parecía olerlo, porque sabía que estaba allí, pues de cuando en cuando uno puede engañarse. Pero cuando entré en el granero pensé otra cosa. Andando por el corredor vi algo. Algo que estaba como en cuclillas cuando llegué.

De primeras pensé que se trataba de alguno de ellos que se había quedado; luego vi lo que era. Era un zopilote. Miró alrededor y me vio y echó a correr hacia la salida, con las patas separadas, con sus alas arrastrando; y me observaba primero por encima de un hombro, luego por encima del otro, como si fuera un vejete calvoroso. Cuando estuvo fuera, echó a volar. Tuvo que aletear un buen rato para poder remontarse en el aire, por lo denso y pesado y lleno de lluvia que el aire estaba.

Si es que ellos piensan ir a Jefferson, creo que lo mejor que podrían haber hecho sería dar la vuelta al Mount Vernon, como hizo MacCallum. Puede estar en casa pasado mañana, si va a caballo. Tal vez estén a unas dieciocho millas de aquí. Puede que al ver que también ese puente se lo ha llevado la riada, se den cuenta de que es un aviso que el Señor les envía.

El tal MacCallum. Ha estado negociando conmigo de cuando en cuando por espacio de doce años. Le conozco desde que era chico. Le conozco como si fuera yo mismo. Pero que me aspen si lo entiendo.

DEWEY DELL

Ya está a la vista el poste indicador. Está asomado ahora al camino, pues puede esperar. New Hope, tres millas, dirá. New Hope, tres millas. New Hope, tres millas. Y luego, el camino, serpenteando entre los árboles, comenzará a estar vacío, a la expectativa, diciendo: «New Hope, tres millas.»

He oído que mi madre se ha muerto. Deseo tener yo tiempo para dejarla morir. Deseo tener yo tiempo para desear tenerlo. Porque en este mundo salvaje y violado es demasiado pronto, demasiado pronto, demasiado pronto. No es que yo no lo quiera ni que no lo querré; es que es demasiado pronto, demasiado pronto, demasiado pronto.

Ahora, el poste empieza a decirlo. New Hope, tres millas, New Hope, tres millas. *Esto es lo que quieren significar con el seno del tiempo: la agonía y la desesperanza de los huesos que se extienden, la dura faja en que dan a luz las violadas entrañas de los conocimientos.*

La cabeza de Cash se vuelve lentamente, a medida que vamos llegando: su cara pálida, vacía, triste, de circunstancias, interrogante, que va siguiendo la curva roja vacía; junto a una de las ruedas traseras, Jewel va montado en el caballo, mirando al frente.

Las tierras van pasando por los ojos de Darl, que se mecen hasta prender en algún sitio. Comienzan por mis pies, me suben por todo el cuerpo hasta la cara, y entonces mi vestido se va: estoy sentada desnuda, en el banquillo, encima de las mulas cansinas, encima de los dolores y las bascas. *Supongamos que yo le digo que se vuelva a mirar a otra parte. Hará lo que yo le diga. ¿Es que no sabéis que él hará lo que yo le diga?* Una vez me desperté con un vacío negro y amenazador a mis pies. No podía ver nada. Vi que Vardaman se levantaba e iba a la ventana y que hundía el cuchillo en el pez; y que la sangre brotaba, y que silbaba como si fuera vapor, pero yo no podía ver. *Hará lo que yo le diga. Siempre lo hace. Puedo convencerle de cualquier cosa. Vosotros lo sabéis que sí. Supongamos que yo le digo: «Vuélvete aquí.»* Ocurrió esto aquella vez que morí. Supongamos que lo hago. Iremos a New Hope. No tendríamos que ir a la ciudad. Me incorporé y saqué el cuchillo del pez, que, chorreando sangre, todavía silbaba, y maté a Darl.

En el tiempo en que dormía acompañada de Vardaman tuve una vez una pesadilla, y creía que estaba despierta, pero que no podía ver ni podía sentir la cama debajo de mi cuerpo, y no podía pensar qué clase de cosa era yo, ni podía pensar cuál fuese mi nombre y ni siquiera podía pensar si yo era una chica, y ni pensar tan siquiera podía; y ni siquiera pensaba si tenía yo ganas de despertarme, ni podía tampoco recordar lo contrario de despertar, y lo único que llegaba a saber era que yo sabía que algo estaba pasando, pero ni siquiera podía pensar ni discurrir, y entonces tuve un repente y supe que había algo que era un viento que soplabo sobre mí como si fuera un viento que viniera detrás de mí a soplar me por detrás desde donde él estaba, y yo no soplabo en la habitación, y Vardaman duerme que duerme, y todos los demás atrás, debajo de mí, yéndose como una pieza de seda fría que se arrastrara por entre mis piernas desnudas.

De entre los pinos envía un soplo frío, un sonido triste y constante: New Hope. Estaba a tres millas. Estaba a tres millas. Creo en Dios Padre. Creo en Dios Padre.

—¿Y cómo es que no vamos a New Hope, padre? —dice Vardaman—. Mister Samson dijo que íbamos a ir, pero ya hemos pasado el camino.

Darl dice:

—Mira, Jewel.

Pero ya no me mira a mí. Está mirando al —cielo. El zopilote está tan quieto como si lo hubiesen clavado en lo alto.

Otra vez estamos en el sendero de Tull. Dejamos atrás el granero y seguimos, seguimos con las ruedas chapoteando en el barro, dejando atrás los verdes liños de algodoneiros que se extienden por la tierra salvaje; y a Vernon, que se empequeñece, siguiendo el arado. A tiempo que pasamos levanta una mano y se queda allí, en pie, siguiéndonos con la mirada un buen rato.

–Mira, Jewel –dice Darl.

Jewel va montado en su caballo, como si ambos estuvieran hechos de una misma madera, y mirando al frente.

Creo en Dios Padre, en Dios Padre. Dios Padre, creo en Dios Padre.

TULL

Después que pasaron saqué la mula y desenganché las cadenas de tiro; los seguí. Estaban sentados en el carro, al borde del cauce. Allí estaba Anse, con la vista puesta en el puente, en la parte en que el río se lo había tragado, donde sólo se veían dos pilares. Miraba allí como si siempre hubiera creído que la gente le había estado mintiendo cuando le decían que se lo había llevado la riada, como si siempre hubiese esperado que estuviese allí. Sentado como estaba en el carro, con sus pantalones de domingo y mascullando, tenía un aspecto de agradable sorpresa. Parecía un caballo mal cepillado que se hubiera puesto de tiros largos, o algo así.

El chico contemplaba la parte del puente que estaba medio hundida y los maderos y demás cosas amontonadas sobre él, que se agitaban y temblaban, como si todo fuese a desaparecer en un minuto; lo contemplaba con los ojos muy abiertos, como si estuviera en el circo. Y la chavala, lo mismo, Al llegar yo se puso a mirarme fijamente, con una especie de alarma en sus ojos, malencarándose conmigo, como si hubiese tratado de tocarla. Después miró a Anse una vez más, y luego se volvió a mirar de nuevo el agua.

El agua casi llegaba a lo alto del cauce por ambas orillas; la tierra estaba cubierta por la riada, excepto en la lengua de tierra por la que íbamos y que llegaba al puente y luego desaparecía bajo el agua; y si no fuera porque estábamos acostumbrados a ver el camino y el puente, no habríamos sabido decir dónde se hallaba el río y dónde el campo. Todo estaba hecho un revoltijo amarillo y el cauce era ya menos ancho casi que el canto de un cuchillo; y todos nosotros sentados o en el carro, o en el caballo, o en la mula.

Darl me miraba. Y luego, Cash se volvió a mirarme; tenía en sus ojos aquella misma expresión de cuando calculaba, la noche aquella, si los tableros le quedarían ajustados a ella, como si los midiera en sus adentros, y sin pedirte que le digas lo que tú piensas; y ni siquiera se dignaba escucharte si tú le dabas tu opinión, aunque en el fondo era todo oídos.

Jewel, ni moverse. Montado en el caballo, un tanto echado para adelante, y con el mismo aspecto de cara que cuando ayer él y Darl pasaban por delante de casa, viene ahora en busca de su hermana.

–Si todavía estuviese en pie, podríamos pasar –dice Anse–. Podríamos tratar de pasar por encima.

A veces, un gran tronco iba a embestir contra el remolino y quedaba flotando allí, rodando, girando, y podíamos ver cómo acababa por dirigirse a la parte donde solía estar el vado.

–Pero eso no quiere decir nada –digo yo–. Puede que sea un banco de arenas movedizas que se haya formado ahí.

Nos quedamos observando al tronco. Ahora la chavala me está mirando de nuevo.

–Mister Whitfield lo ha pasado –dice ella.

–Iba a caballo –le digo–. Y ya hace de eso tres días. Desde entonces, la crecida ha aumentado cinco veces.

–Tal vez el puente no esté hundido –dice Anse.

El tronco surge otra vez y sigue su camino. Hay una gran cantidad de material de aluvión y de espuma; se puede sentir el ruido del agua.

–El caso es que se ha hundido –dice Anse.

Cash dice:

–No faltaría quien acertase a pasar al otro lado por encima de los maderos y de los troncos.

–Pero no podrías llevar ninguna carga –le digo–. Lo más probable es que si pones el pie en semejante revoltijo, que todo también se vaya. ¿Qué crees tú, Darl?

Es que me está mirando. No abre el pico. No hace más que mirarme con esos ojos suyos tan raros y que tanto dan que comentar a la gente. Siempre digo que eso, los comentarios, no se debe a lo que hace o dice ni a nada más que a la manera que tiene de mirarle a uno. Lo hace como si

penetrara en los adentros de uno, en cierto modo. Algo así como si te estuvieras mirando a ti mismo y como si tus acciones salieran de sus propios ojos. Y ahora estoy sintiendo que la chavala me observa como si yo hubiese tratado de tocarla. Y va y dice algo a Anse:

–... Mister Whitfield... –le dice.

–Le di a ella mi palabra ante Dios –dice Anse– y creo que no hay por qué preocuparse.

Pero todavía no hace andar a las mulas. Estamos sentados ahí, al borde del agua. Otro tronco surge en el remolino y se aleja; le vemos pararse y mecerse despaciosamente durante un minuto en la parte donde solía estar el vado. Y luego desaparece.

–Puede que la riada disminuya cuando anochezca –digo–. Deberían quedarse aquí un día más.

Jewel, sobre el caballo, se vuelve un poco. Hasta este momento ha estado inmóvil; se vuelve a mirarme. Tiene la cara como verdosa, y luego se pone roja, y luego torna a ponerse verde.

–Vete al infierno tú y tu condenado caballo –me dice–. ¿Quién demonios te ha pedido que nos sigas hasta aquí?

–Nunca creí que os molestara –le digo.

–Jewel, cállate –dice Cash.

Jewel se pone a mirar atrás, al agua, con el rostro endurecido; y se le pone rojo y verde, y luego rojo.

–Bueno –dice Cash–, ¿qué quiere que se haga?

Pero Anse no abre la boca. Está sentado, cargado de hombros, mascullando.

–Si el puente no se hubiese hundido, podríamos pasar –dice.

–Venga, vamos –dice Jewel, haciendo andar al caballo.

–Espera –le dice Cash.

Cash se pone a mirar el puente. Todos nos quedamos mirando a Cash, todos menos Anse y la chavala, que miran al agua.

–Dewey Dell y Vardaman y padre, será mejor que pasen por donde el puente –dice Cash.

–Que les ayude Vernon –dice Jewel–. Y nosotros podremos enganchar su mula delante de las nuestras.

–No creas que vais a meter mi mula en el agua –le digo.

Jewel mira hacia mí. Con unos ojos que parecen trozos de un plato roto.

–Ya te pagaré tu condenada mula. Ahora mismo te la compro.

–Digo que mi mula no se mete ahí.

–Jewel va a meterse en el agua con su caballo –me dice Darl–. ¿Cómo es que no quieres arriesgar tu mula, Vernon?

–Darl, cállate –dice Cash–. Y tú, Jewel, también.

–Digo que mi mula no se mete ahí.

DARL

Va montado en el caballo, observando a Vernon, con su enjuta cara bañada por la pálida rigidez de sus ojos. El verano en que cumplió los quince años le cogió un ataque de sueño. Una mañana, cuando iba a echar el pienso a las mulas, estando las vacas todavía en el establo, vi que padre volvía a casa a llamarle. Cuando volvimos a casa para desayunarnos, pasó por delante de nosotros, cargado con los pozales de la leche, tambaleándose como un borracho; y allí estaba ordeñando cuando llevamos las mulas a encerrar y ordeñando se quedó cuando nos fuimos a las tierras sin él. Estuvimos allí cosa de una hora y todavía no había aparecido. Cuando Dewey Dell llegó con el almuerzo, padre le mandó que volviera a buscar a Jewel. Le encontraron dentro del establo, sentado en un banquillo, dormido.

Desde entonces, todas las mañanas tenía que ir padre a despertarle. Se caía de sueño en la mesa a la hora de la cena, y en cuanto que se acababa la cena se iba a la cama, y cuando yo me metía en la cama le veía allí como muerto, y todavía padre tenía que despertarle por la mañana. Se levantaba, pero ni miedo sentía; y recibía los vituperios y quejas de padre sin decir palabra, y cogía los pozales de la leche y se iba al establo, y una vez le encontré dormido al pie de la vaca, con el pozal colgado

y a medio llenar, y con las manos hundidas en la leche hasta más arriba de las muñecas, y con la cabeza apoyada contra el costado de la vaca.

Desde entonces, Dewey Dell tuvo que ir a ordeñar las vacas. Por entonces todavía se levantaba él cuando padre le despertaba, y se iba a hacer lo que le decíamos como privado. Y lo hacía como si le costara muchísimo; de esto estaba tan confuso como cualquiera.

–¿Es que estás malo? –le decía madre–. ¿Es que no te sientes bien del todo?

–Sí, me siento bien –decía Jewel–. Bien del todo.

–Lo que le pasa es que es un perezoso; quiere fastidiarme –decía padre.

Y Jewel permanecía allí, en pie, casi dormido.

–¿Es que no es cierto? –le decía, sacudiéndole para que despertase Jewel y le respondiera.

–No lo es –decía Jewel.

–Anda, ven y quédate hoy en casa –le decía madre.

–¿Con todo el montonazo de cosas que hay que sacar adelante? –decía padre–. Si no estás malo, ¿qué es lo que te ocurre?

–Nada –decía Jewel–. Yo estoy bien del todo.

–Pues yo quiero que se quede hoy en casa –decía madre.

–Es que vamos a necesitarle –decía padre–. Estamos en un buen atasco, con todo lo que hay que hacer.

–Arréglatelas como puedas con Cash y Darl –decía madre–. Yo quiero que se quede hoy en casa. Pero él no quería quedarse.

–Estoy bien del todo –decía, al salir.

Pero no estaba del todo bien. Cualquiera podía verlo. Estaba perdiendo carnes, y yo le había visto dormirse mientras cavaba; y veía yo que el azadón subía y bajaba cada vez más lento y que cada vez era más corto el arco que describía, hasta que no volvió a levantarse más, quedándose Jewel inmóvil, a la ardiente luz del sol, apoyado en el mango del azadón.

Madre quería llamar al médico, pero padre no quería gastar dinero en balde, pues Jewel, exceptuando su delgadez y ese caerse dormido en cualquier momento, parecía estar bien del todo. Y no es que no comiera lo suyo, pese a que solía quedarse dormido sobre el plato, cuando aún no había dejado de masticar, y con un pedazo de pan a medio camino de la boca.

Ocurrió que madre tuvo que mandar a Dewey Dell que ordeñara, en vez de Jewel, aunque tuviera que recompensarla, y buscó la manera de que Dewey Dell y Vardaman hicieran las demás faenas de la casa que hasta entonces había estado haciendo Jewel antes de la hora de la cena. O se las arreglaba para hacerlas ella misma, cuando padre no estaba presente. Le preparaba, a escondidas, guisos especiales. Y fue entonces cuando yo me olí que Addie Bundren nos ocultaba algo; ella, que siempre nos estaba predicando que no había en este bajo mundo nada peor ni más grave que el engaño; ni siquiera la pobreza. Y a veces, cuando me iba a la cama, se quedaba sentada en lo oscuro, al lado de Jewel, donde éste se había quedado dormido. Y me di cuenta de que se odiaba a sí misma por tal engaño y que odiaba a Jewel, porque, de tanto como le quería, se veía obligada a engañarnos.

Una noche que cayó ella mala y tuve que ir al granero a aparejar las mulas para encaminarme a lo de Tull, no pude encontrar el farol. Recordaba haberlo visto colgado del clavo, la noche antes, pero ya, a eso de la medianoche, el farol no estaba en su sitio. Así que no tuve más remedio que enganchar las mulas en la oscuridad. Fui a lo mío, y, al romper el día, ya estaba de vuelta con mister Tull. Y allí estaba el farol, en su sitio, colgado del clavo, donde recordaba yo haberlo visto, donde no pude encontrarlo poco antes. Al cabo de algún tiempo, una mañana, un poquito antes de levantarse el sol, cuando Dewey Dell estaba ordeñando, entra Jewel al granero, por la parte trasera, por el agujero de la pared trasera, y con el farol en la mano.

Se lo conté a Cash, y Cash y yo nos mirábamos sorprendidos.

–Está salido como un perro –dijo Cash.

–Bueno –le dije–. Pero ¿a qué viene eso del farol? Y todas las noches, además. No es extraño que se esté quedando en los huesos. ¿Piensas decirle algo?

–De no hacerlo no resultará nada bueno –dijo Cash.

–De lo que él hace tampoco resultará nada bueno.

–De acuerdo. Pero tiene que aprender por su cuenta. Dale tiempo para que comprenda que eso le consumirá, que cada vez lo consumirá más, y entonces se pondrá bien. Por mi parte, no pienso decir nada a nadie de este asunto.

–Lo mismo yo –le dije–. Ni pienso decir nada a Dewey Dell. Y a madre, en absoluto.

–Claro; a madre, nada.

Después de esto resultaba muy cómico verle tan aturdido, tan ansioso y muerto de sueño, flaco como una vara de un campo de alubias, y creído de que nos la estaba dando con queso. Y yo, venga dar vueltas pensando quién pudiera ser la chica. Me paré a pensar en las que conocía, pero no podía señalar a ninguna de ellas.

–No se trata de una chica –me dijo Cash–. Tiene que ser una mujer de por aquí cerca. Una chica joven no es tan atrevida ni resiste tanto. Por eso no me gusta nada este asunto.

–¿Y por qué? –le dije–. Una casada, para él, es mejor, más segura que una soltera. Tendrá más prudencia.

Se me quedó mirando con ojos vacilantes, y las palabras le resultaban torpes para lo que quería expresar.

–En este mundo no siempre es lo mejor, lo más seguro, que un...

–Explícate. ¿Es que, según tú, lo seguro no es siempre lo mejor?

–¡Bah!, lo mejor –me dijo, vacilando de nuevo–. No es precisamente lo mejor, lo que sea bueno para él... Un muchacho, al fin y al cabo..., que hasta ayer mismo pedía teta..., que se revuelve en el lodazal de cualquiera...

Esto, esto es lo que trataba de decir: que cuando algo es nuevo, difícil y brillante, es mucho mejor que si solo es seguro, pues lo seguro, las cosas seguras son precisamente las que la gente ha estado haciendo tanto tiempo, que sus bordes están ya gastados y no hay nada ya en ellas que permita decir a un hombre: «Esto no se había hecho antes y no puede ser hecho otra vez.»

Ya no hablamos más del asunto, ni siquiera cuando, al cabo de un rato, se presentó él de repente en las tierras donde estábamos, dispuesto a trabajar, sin haber tenido tiempo de entrar en casa y de fingir que había estado en su cama toda la noche. Seguramente diría a su madre que no había tenido ganas de desayunarse o que se había comido un cantero de pan mientras uncía las mulas. Pero Cash y yo sabíamos bien que él no había pasado en casa ninguna de esas noches y que venía directamente del soto cuando nosotros nos encaminábamos a las tierras. Pero nosotros nos lo tuvimos callado. Por entonces, casi estaba acabado el verano; sabíamos que cuando empezasen las noches a ser frías, ella pondría fin al asunto, aunque él no quisiera.

Vino el otoño; las noches empezaron a ser más largas; pero la única diferencia que hubo fue que él siempre estaba en la cama cuando padre lo iba a despertar, y, al fin, le hacía levantarse, en ese mismo estado de semiidiotéz con que se ponía en pie antes, y peor aún que cuando había pasado toda la noche fuera de casa.

–Está claro que ella le es constante –le dije a Cash–. Hasta ahora la admiraba, pero confieso que desde hoy me produce respeto.

–No se trata de una mujer –me dijo.

–¿Y cómo lo sabes? –le dije; pero él se me quedó mirando–. ¿De qué se trata, pues?

–Eso es lo que quisiera averiguar –me dijo.

–Pues dedícate a espiarle una noche entera en el soto, si quieres –le dije–. Conmigo no cuentes.

–No pretendo espiarle –dijo.

–Llámalo como quieras.

–No pretendo espiarle –dijo–. No quería decir eso.

El caso es que, unas noches después, sentí que Jewel se levantaba y salía por la ventana; y luego Cash se levantó y fue tras él. A la mañana siguiente, cuando entré en el granero, Cash ya estaba allí; las mulas habían comido su pienso, y Cash ayudaba a Dewey Dell a ordeñar las vacas. Y nada más verle me di cuenta de que lo había averiguado todo. De cuando en cuando le sorprendía observando a Jewel con una mirada misteriosa, como si el haber descubierto adonde iba Jewel y lo que hacía le hubiese dado al fin algo en que pensar. Mas no se trataba de una mirada de inquietud; era la misma

mirada que tenía cuando se le sorprendía haciendo algunas de las faenas que correspondían a Jewel en la casa; faenas que padre creía que Jewel las hacía y que madre pensaba que las estaba haciendo Dewey Dell. El caso es que no le dije nada, en la creencia de que cuando lo hubiese digerido bien en sus adentros, ya me lo contaría todo. Pero nunca me lo contaba.

Una mañana –estábamos en noviembre, a los cinco meses de que este asunto comenzara–, Jewel no se hallaba en la cama ni vino a juntársenos en las tierras. Ésta fue la primera vez que madre llegó a saber algo de lo que había estado ocurriendo. Dijo a Vardaman que bajara a ver dónde estaba Jewel, y al poco rato bajó ella también. Pudiérase pensar que, mientras el engaño se deslizó tranquila y monótonamente, nos habíamos ido dejando dar el pego, favoreciéndolo con nuestra inconsciencia o tal vez con nuestra cobardía, pues toda la gente es cobarde y tiende por naturaleza a cometer cualquier traición, ya que la traición tiene un aspecto cómodo. Pero ahora diríase que todos nosotros –y por una especie de acuerdo telepático de temor auténtico– habíamos descornado el velo que ocultaba lo que estaba sucediendo, lo mismo que cuando se quita uno las mantas de encima y se sienta uno en la cama, completamente desnudo. Y nos mirábamos los unos a los otros fijamente y diciendo: «Ahora se va a descubrir todo. No ha vuelto a casa. Algo le ha ocurrido. Hemos consentido que le ocurriera.»

Entonces le vimos. Venía remontando el caz y luego torció a la derecha, hacia las tierras, montado en el caballo. Las crines y la cola del caballo se agitaban como si con el movimiento desplegara el corte de su piel manchada; parecía que Jewel, sin sombrero que le cubriera la cabeza, sujetando al caballo con un cordel, cabalgando a pelo, volara en un gran molinete. El caballo descendía de uno de aquellos pencos que Flem Snopes se trajera de Texas, hará de esto unos veinticinco años, y de los que se deshizo, a dos dólares por cabeza, y que nadie pudo retener, salvo el tío Lon Quick, que todavía tenía uno de esa casta, del que nunca lograba desprenderse.

Subía al galope. Se detuvo allí arriba. Aprisionaba con las piernas las costillas del caballo. Éste bailaba y brincaba, como si sus crines y la cola y las manchas de su piel no tuvieran nada que ver con el caballo de carne y hueso que dentro había.

Desde allí, montado en el caballo, Jewel nos miraba.

–¿De dónde has sacado ese caballo? –le dijo padre.

–Lo he comprado –dijo Jewel–. A Quick.

–¿Que lo has comprado? –dijo padre–. ¿Y con qué dinero? ¿No lo habrás comprado a cuenta mía?

–No, con dinero de mi bolsillo –dijo Jewel–. Con el que me he ganado. Descuide.

–Jewel, Jewel –decía madre.

–No pasa nada –dijo Cash–. Ha estado ganando dinero. Le ha trabajado a Quick esas cuarenta fanegas de tierra que adquirió la primavera pasada. Lo ha hecho él solo, trabajando por la noche, a la luz del farol. Le he visto hacerlo. El caso es que ese caballo a nadie le ha costado nada, salvo a Jewel. Así que no hay que preocuparse.

–Jewel, Jewel –decía madre.

Y luego dijo:

–...Que vengas derecho a casa, a meterte en la cama.

–Todavía no –dijo Jewel–. No tengo tiempo. Tengo que sacar para la silla y el cabezal. Mister Quick dice que él...

–Jewel –le dijo madre, mirándole–. Yo..., yo te daré..., yo...

Y se puso a llorar. Lloraba fuerte, sin taparse la cara, en pie, envuelta en su gabán desteñido, con los ojos puestos en Jewel. Y Jewel, desde el caballo, la miraba a ella; su cara se le iba poniendo fría y un tanto enfermiza; Jewel desvió rápidamente la mirada; y Cash fue a dar ánimos a madre.

–Ande, vuelva a casa –le dijo Cash–. Esta tierra de aquí es demasiado húmeda para usted. Ande, váyase.

Ella se llevó las manos a la cara entonces, y luego se fue, dando algún traspie en los caballones de los surcos. Pero en seguida se erguía otra vez y seguía andando. No miró atrás. Al llegar al caz se detuvo y llamó a Vardaman, que estaba mirando al caballo, dando saltos, bailando casi, a su alrededor.

—Déjame montar, Jewel —decía—. Anda, déjame montar, Jewel.

Jewel le miró; después desvió la mirada, manteniendo sofrenado al caballo. Padre le observaba, farfullando.

—Así que te has comprado un caballo —le dijo—. Así que, a espaldas mías, te has comprado un caballo. Sin tenerme en cuenta para nada. Bien sabes cuánto nos cuesta salir adelante, y ahora tú te compras un caballo para que yo le dé de comer. A costa de tu carne y de tu sangre te lo has comprado.

Jewel se queda mirando a padre; sus ojos están más pálidos que nunca.

—No tendrá que comer ni un bocado de lo que es suyo —le dijo—. Ni un bocado. Antes lo mataría. Así que no piense nunca eso. Nunca.

—Déjame montar, Jewel —decía Vardaman—. Anda, déjame montar.

Su voz sonaba como el cri-cri de un grillo escondido en la hierba, como la de un grillo pequeño.

—Anda, déjame montar.

Esa noche vi a madre sentada en la cama en que Jewel dormía, en la oscuridad. Lloraba fuerte, tal vez porque tenía que llorar tan bajo; tal vez porque sentía acerca de las lágrimas lo mismo que sintió sobre el engaño; y se odiaba porque lloraba, se odiaba porque tenía que llorar. Y entonces supe lo que supe. Llegué a saberlo ese día tan claro, tan claro, como llegué a saber lo de Dewey Dell aquel día.

TULL

Así que por fin han hecho que Anse diga lo que quiere hacer, y él y la chavala y el chico han bajado del carro. Pero hasta cuando estábamos sobre el puente, Anse seguía mirando atrás, como si pensara que tal vez, ahora que ya no estaba dentro del carro, todo había desaparecido de un soplo y que él se hallaba allá lejos, en las tierras otra vez, y ella allí, en su casa, esperando la muerte; como si todo tuviera que volver a empezar.

—Usted les debería haber dejado su mula —me dice.

Y el puente se estremecía y tambaleaba debajo de nosotros, hundiéndose en las turbias aguas, como si quisiera llegar limpio a la otra orilla; y el otro extremo del puente se nos acercaba por encima de las aguas como si no fuera el mismo, en absoluto, y quienes quisieran pasarlo parecerían venir desde el hondón de la tierra. Sin embargo, todavía estaba entero; y, entre paréntesis, diríase que cuando el extremo de acá temblaba, el otro, el de allá, no parecía temblar nada, sino que más bien los árboles y la orilla de allá se balanceaban de un lado a otro, lentamente, como el péndulo de un enorme reloj. Y los troncos se arremolinaban y topetaban con la parte hundida, y se ponían en punta y salían disparados, fuera del agua, desplomándose hacia el vado, que allí aguardaba, lleno de remolinos y de espuma, resbaladizo.

—¿Y qué se conseguiría con ello? —le digo—. Si su yunta no puede llegar al vado y pasarlo, ¿lo van a conseguir tres mulas, qué digo, ni diez mulas?

—No le pido su mula —me dice—. Ya nos las arreglaremos yo y los míos. No le estoy pidiendo que arriesgue su mula. No le vaya a dar un soponcio. No se lo echo en cara.

—Deberían volverse y dejarlo para mañana —le digo.

El agua estaba fría. Estaba espesa, como nieve derretida. Tenía algo de cosa viva. En parte, uno sabía que aquello no era más que agua, esa cosa que durante mucho tiempo ha estado pasando debajo de este puente; pero cuando los troncos salían vomitados de ella, afuera, uno no se sorprendía de que así ocurriera, como si ellos fueran parte del agua, de lo que allí había escondido y de la amenaza que alentaba.

Esa misma sorpresa tuve cuando, pasado el puente, ya fuera de la corriente, sentí tierra firme bajo mis pies. Igual que si nunca hubiese esperado que el puente acabara en la otra orilla, en algo manso y tranquilo, en esta tierra firme que ya habíamos pisado antes de ahora y que tanto conocíamos. Igual que si no hubiera esperado poder llegar aquí, pues debería yo haber tenido mejor sentido y no haber hecho esto que acabo de hacer. Y cuando miré atrás, y vi la otra orilla, y vi que mi mula estaba allí donde yo solía estar, y me di cuenta de que tenía que buscar alguna manera de

volver allí, me di cuenta de que eso no podía ser, pues yo no acertaba a pensar en nada que me hiciese pasar ese puente otra vez. Y aunque me hallaba en la orilla de acá, no sería yo el tipo que lo pasara dos veces, ni aunque me lo dijera Cora.

Todo ocurrió por el chico. Le dije: «Ven aquí, harás bien en agarrarme de la mano.» Y él me esperó y se agarró a mí. Que me aspen si aquello no era lo mismo que si él volviera atrás y me llevara; lo mismo que si me dijera: «No le va a pasar nada.» Lo mismo que si estuviera hablando de un sitio muy bonito que él conocía donde se celebraba dos veces la Navidad y también la fiesta de Acción de Gracias; un sitio en el que las fiestas duraban todo el invierno y la primavera y el verano, y donde, si yo me quedaba con él, nada podría pasarme en absoluto.

Cuando me volví a mirar a la mula, me pareció que la miraba con uno de esos catalejos que hay por aquí; y la veía quieta allí, y también todas las anchas tierras y mi casa, que tanto sudor me habían costado; como si, a más sudor, más anchas se hicieran las tierras; y como si, a más sudor, más cómoda se tornara la casa; pues había que tener una casa cómoda para Cora, para que Cora estuviese en ella como una cántara de leche en primavera: uno tiene que tener una cántara bien cerrada, o, si no, tendrás necesidad de un buen manantial; y si tienes un gran manantial, para qué tener cántaras perfectamente cerradas, si ella es tu leche, cuaje o no, pues uno siempre preferirá tener leche que cuaje a leche que no cuaje, pues uno, al fin y al cabo, es hombre.

Y se agarraba a mi mano con la suya, caliente y confiada, de manera que estuve a punto de decirle: «Mira, mira. ¿Es que no ves la mula que está allá? No viene aquí, aunque es una mula, porque aquí no se le ha perdido nada.»

Pues, de cuando en cuando, cualquiera se da cuenta de que los niños tienen más sentido que uno. Pero no nos gusta reconocerlo hasta que les salen pelos en la barba. Y cuando ya tienen barba, se afanan demasiado, porque no saben retroceder a cuando, antes que les saliera la barba, tenían sentido común. Y entonces a uno le importa reconocer que la gente que se está preocupando del mismo asunto que tú no es digna de tener la misma preocupación que tú.

Así que estábamos en la otra orilla y allí permanecimos mirando a Cash, que hacía dar la vuelta al carro. Nos quedamos observando cómo retrocedían, por el camino abajo, hasta donde la vereda se desviaba hacia el cauce. Al cabo de un rato, el carro se había perdido de vista.

–Sería mejor que fuésemos al vado y estar preparados para ayudarles –dije.

–Le he dado mi palabra –dice Anse–. Y eso para mí es sagrado. Ya sé que usted no me lo aprecia, pero ella me bendecirá desde el cielo.

–Pues bien: tendrán que dar la vuelta a esta tierra, para que puedan meterse en el agua –dije–. Vamos, pues.

–Esto se debe a que hemos retrocedido –dijo–. Nunca da buena suerte el retroceder.

Permanecía en pie, allí, encorvado, lúgubre, mirando al desierto camino, más allá del puente, que se balanceaba y estremecía. Y la chavala esa, lo mismo, con la cesta de la comida en un brazo y el paquete aquel en el otro. Como si fuera a la ciudad. Dispuesta a ello. Arrostrarían el fuego y la tierra y el agua, todo, con tal de comer un racimo de plátanos.

–Deberían dejar pasar un día –les dije–. La riada disminuiría algo al amanecer. Puede que no llueva esta noche. No crecerá más.

–Se lo tengo prometido –me dice–. Ella confía en mi palabra.

DARL

Ante nosotros corre la espesa y negra corriente; hasta nosotros sube su murmullo incesante y múltiple; su amarilla superficie se hincha monstruosamente con fugaces remolinos que corretean por ella, por un instante, silentes, efímeros y profundamente significativos, como si, bajo la superficie, se despertara algo enorme y viviente, durante un momento de vigilia perezosa, para caer de nuevo en un ligero adormecimiento.

La corriente cloquea y murmura entre los radios de las ruedas y en las patas de las mulas: amarilla, sembrada de pecios, y con múltiples y sucias gotas de espuma, como si dudase, como se cubre de espuma un caballo que suda. Y corre entre la maraña con un sonido quejumbroso y cogitabundo; las sueltas cañas y los renuevos se inclinan sobre ella como humillados por un

ventarrón y se ladean, sin volverse hacia atrás, igual que si estuvieran suspendidos de unos cables invisibles que bajasen del alto ramaje. Y sobre su incesante superficie se ven –los árboles, las cañas, los renuevos– desarraigados, arrancados de la tierra, espectrales, sobre un cuadro de desolación inmensa, aunque limitada, resonante de la henchida voz del agua, devastadora y lúgubre.

Cash y yo vamos sentados en el carro; Jewel, a caballo, junto a la rueda trasera de la derecha. El caballo está inquieto, y su ojo, de color azul celeste, gira fieramente en su larga cabeza rosada; su aliento es estertórico, como un ronquido. Jewel cabalga erguido, con tranquilo continente, mirando con sosiego y energía, y con viveza, el camino y lo demás; con la cara tranquila, un tanto pálida y alerta. La cara de Cash también está llena de gravedad; él y yo nos miramos el uno al otro con miradas inquisitivas, miradas que se hunden sin empacho en los ojos del otro, y que penetran en el interior del último lugar secreto, en el que, por un instante, Cash y Darl se agazapan, se encogen, se acuchillan, dentro del espanto ancestral, dentro de los ancestrales agujeros, completamente consternados, en alerta actitud, escondidos, sin pudor. Cuando hablamos, nuestras voces son tranquilas desarraigadas.

–Creo que todavía vamos por el camino.

–Tull fue y cortó esos dos grandes robles. Tengo oído que antiguamente estos robles servían para señalar el sitio del vado, cuando había crecida.

–Creo que los cortó hace cosa de dos años, cuando cortaba madera por aquí. Me pienso que nunca creyó que alguien fuera a utilizar este vado.

–No sé. Claro que habrá ocurrido por entonces. Cortó un buen golpe de leña, entonces, que se llevó de aquí. Con ello se deshizo de la hipoteca, según tengo oído.

–Sí, eso es. Creo que sí. Y creo que Vernon es capaz de eso.

–Así es. La mayoría de la gente que corta leña en estas tierras de aquí tienen necesidad de una buena hacienda para mantener su aserradero, o un almacén. Pero Vernon es capaz de salir adelante él solo.

–Eso es lo que yo creo. Es mucho Vernon él.

–Cierto; lo es. Sí, por aquí debe de estar el vado. Nunca habría podido sacar esa carga de leña sin nivelar ese camino viejo. Creo que todavía vamos por él.

Mira en torno, pausadamente, para averiguar la situación de los árboles, inclinándose a un lado y a otro, o volviéndose a mirar hacia el camino, del que ya no se ven las rodadas, vagamente señalado por los árboles arrancados y derribados, como si también el camino hubiese sido arrancado de la tierra y flotase para dejar con su huella, con su huella espectral, un monumento a la desolación, a una desolación mayor aún que esta por la que ahora vamos, hablando tan tranquilos de una seguridad antigua y de otras cosas triviales. Jewel le mira, luego se vuelve a mí, y ahora su rostro se embebe en esa callada y constante pregunta sobre el cuadro que se ve. Su caballo tiembla sosegada y enérgicamente bajo sus piernas.

–Podría adelantárenos algo para tantear el camino –le digo.

–Bueno –me dice Cash, sin mirarme.

Su rostro se perfila mientras mira adelante, hacia donde Jewel camina.

–Reconocerá el río. A cincuenta yardas, no podrá engañarse.

Cash no me mira. Su rostro sigue de perfil.

–De haberlo sabido, habría venido hasta aquí la semana pasada a echar una ojeada.

–Entonces todavía estaba en pie el puente –le digo, aunque no me mira–. Whitfield lo pasó a caballo.

Jewel se pone a mirarnos, una vez más, con una expresión fría, vigilante, de rendimiento. Su voz suena sosegada:

–¿Qué quieres que haga?

–Si hubiera bajado yo hasta aquí la semana pasada a echar un vistazo... –dice Cash.

–Pero quién iba a saber esto... –le digo–. Ya no hay nada que hacer.

–Me adelantaré con el caballo –dice Jewel–. Podéis seguirme por donde yo vaya.

Hostiga al caballo; recula este, perniabierto. Jewel se inclina sobre él, le habla, le empuja con casi todo el cuerpo; el caballo hunde sus cascos con cautelosos chapoteos, tembloroso, resoplando

broncamente. Le habla, le murmura al oído: «Anda, vamos –le dice–. No dejaré que te pase nada. Anda, vamos; ahora.»

–Escucha, Jewel –le dice Cash.

Jewel ni se vuelve a mirarle. Sigue hostigando al caballo.

–Sabe nadar –le digo–. Si diese alguna ocasión al caballo...

Acabado de nacer, tuvo una mala temporada. Madre tenía que sentarse, a la luz de la lámpara, y le guardaba en su regazo, sobre una almohada. Al despertarnos, aún seguía ella lo mismo. No hacían entre los dos ni el más pequeño ruido.

–La almohada aquella era más larga que él –dice Cash, y se inclina un tanto hacia adelante–. Debería haber bajado hasta aquí la semana pasada, a ver todo esto. Debiera haberlo hecho.

–Cierto –le digo–. Ni con los pies ni con la cabeza llegaba a los extremos de la almohada... Aunque hubieras bajado, no habrías sabido lo que iba a suceder.

–Pero debiera haber bajado –me dice.

Agita las riendas. Las mulas echan a andar por entre las señales; las ruedas se quejan vivamente en el agua. Se vuelve y baja la mirada hasta Addie.

–Esto no guarda el equilibrio –dice.

Al fin aparecen los árboles; Jewel se interna en la corriente, montado en el caballo, que, de lado, hunde ahora su vientre en el agua. Desde la corriente alcanzamos a ver a Vernon y a padre y a Vardaman y a Dewey Dell. Vernon nos está haciendo señas, nos hace señas para que vayamos algo más abajo.

–Vamos demasiado arriba –dice Cash.

Vernon grita ahora, pero no logramos saber lo que dice, a causa del ruido del agua, que corre ahora poderosa y profunda, incesante, sin parecer que se mueve, hasta que un tronco llega y gira pausadamente.

–Observa ese tronco –dice Cash.

Lo observamos y vemos que titubea y fluctúa por un momento. La corriente se alza por detrás de él, con una ola gruesa, y lo sumerge un instante, antes de ser arrastrado y de seguir su camino.

–Allí, allí está –digo.

–Sí –dice Cash–. Por allí va.

Miramos otra vez a Vernon. Ahora está alzando y bajando los brazos. Seguimos en dirección de la corriente, con lentitud, con cuidado, observando a Vernon. Baja las manos.

–Éste es el sitio –dice Cash.

–Diablos, ya era hora de que nos dejara pasar –dice Jewel.

Y hace avanzar al caballo.

–Tú, espera –le dice Cash.

Jewel se para de nuevo.

–Y qué, por Jesucristo... –le dice.

Cash se pone a mirar el agua; luego se vuelve a mirara Addie.

–No se mantendrán en equilibrio –dice.

–Pues volved atrás, a ese puente del demonio, y pasadlo a pie –ordenó Jewel–. Vosotros dos, tú y Darl. Dejadme a mí con el carro este.

Cash no le hace el menor caso.

–No se va a tener en equilibrio –dice–. Nosotros tendremos que estar al tanto.

–Al tanto, al tanto..., ¡demonios! –dice Jewel–. Salid del carro ese, que yo lo conduciré, ¡sandiez!, si es que tenéis miedo de ir en él.

Sus ojos están pálidos en su cara, como dos desconchaduras blancas. Cash se le queda mirando.

–Ya lo llevaremos nosotros –le dice–. Ahora te diré lo que tienes que hacer. Tienes que volver atrás con el caballo y pasar el puente a pie y bajar por la otra orilla y reunirte con nosotros trayendo la soga. Vernon se llevará tu caballo a casa y te lo guardará hasta que volvamos por aquí.

–Vete al infierno –le dice Jewel.

–Cuando tengas la cuerda, bajarás por la orilla y estarás preparado con ella –le dice Cash–. Tres pueden más que dos, uno conduciendo y otro sentado.

–Que te lleve el diablo –le dice Jewel.

–Jewel puede coger la sogá por un extremo y cruzar aguas arriba de nosotros y amarrarla –digo–. ¿Quieres hacerlo, Jewel?

Jewel se me queda mirando, con dureza. Echa una rápida mirada a Cash; luego se vuelve a mí, con dureza y vivezas en los ojos.

–Me importa un pitoche. El caso es que hagamos algo. Con tal que no sigamos aquí, sin mover ni un maldito dedo...

–¿Por qué no hacemos eso, Cash? –le digo.

–Sí, vamos a tener que hacerlo –dice Cash.

El río en sí apenas si tiene una anchura de cien yardas, y padre y Vernon y Vardaman y Dewey Dell son las únicas cosas a la vista que no muestran esa singular monotonía de la desolación que se tiende, de tan espantosa manera, a un lado y a otro, como si hubiéramos llegado al lugar en que el movimiento de un mundo de desolación se acelerase porque va a volcarse por el precipicio final. Con todo, se les ve como empequeñecidos. Igual que si el espacio que nos separa se hubiera convertido en tiempo: en algo irrevocable. Igual que si el tiempo ya no transcurriera en dirección frontal aminorándose, sino que, por el contrario, nos envolviese como un lazo, duplicando la distancia que nos separa, de manera que la distancia fuera la que supone el retorcimiento de la hebra y no el intervalo real. Las mulas permanecen quietas, con los cuartos delanteros hundidos, y las grupas en alto. Además jadean y resoplan, lanzando un ronco y profundo sonido; por una vez miran atrás, y su mirada nos roza: hay en sus ojos algo salvaje, triste, profundo, desesperanzador, como si ya hubiesen visto en el agua espesa la imagen de un desastre del que no saben hablar y que nosotros no acertamos a ver. Cash vuelve al interior del carro. Deposita la palma de sus manos en Addie y la mece un poquito. Tiene el rostro, aunque quieto, cabizbajo, agorero, preocupado. Alza su caja de la herramienta y la mete debajo del pescante; los dos a una, empujamos a Addie y la colocamos entre las herramientas y la cama del carro. Luego Cash se me queda mirando.

–No –le digo–. Me quedo. Puede que hagamos falta los dos.

De la caja de herramientas saca un rollo de cuerda y me pasa uno de los cabos, después de haber dado con ella dos vueltas al pescante, y sin atarlo. El otro se lo tiende a Jewel, que le da una vuelta en el pomo de la silla.

Tiene que obligar al caballo a que se meta en la corriente. El caballo echa a andar, braceando, enarcado el pescuezo, de mala gana, irritado. Jewel va montado en él, un tanto inclinado hacia adelante, con las rodillas algo alzadas; de nuevo su mirada –rápida, en guardia, serena– se nos cae encima y nos sigue. Hunde el caballo en la corriente; le habla con un murmullo apaciguador. El caballo se escurre, se hunde hasta la silla, hasta que pisa en firme de nuevo, la corriente sube hasta los muslos de Jewel.

–Ten cuidado –le dice Cash.

–Ya estoy –dice Jewel–. Ya podéis avanzar. Cash empuña las riendas y hace que la yunta descienda, cuidadosa y hábilmente, a la corriente.

Sentí que la corriente se hacía con nosotros, y por ello comprendí que íbamos por el vado, ya que solo por medio de este contacto escurridizo podíamos decir que nos estábamos moviendo de verdad. Lo que antes había sido una superficie lisa, era ahora una sucesión de altos y bajos que se alzaban y se hundían a nuestro alrededor; que nos empujaban, que nos molestaban con su contacto blando y fofo en los escasos momentos en que pisábamos el suelo. Cash se volvió a mirarme, y entonces comprendí que estábamos perdidos. Pero no me di cuenta del porqué de la cuerda hasta que vi el tronco. Salió a la superficie del agua y se mantuvo derecho por un instante, como un Cristo, encima de tanta desolación embravecida, jadeante. «Échate afuera y deja que la corriente te lleve hasta el recodo –me dijo Cash–. Te será fácil. No –le dije–. Saldré tan malparado lo mismo de una manera que de otra.»

El tronco aparece, de pronto, entre dos ribazos, como si de pronto saltara del fondo del río. De su extremidad le cuelga un espumarajo, como una barba de viejo o de macho cabrío. Al hablarme Cash, me doy cuenta de que lo ha estado observando todo el tiempo; observándolo y mirando también a Jewel, que va a diez pasos delante de nosotros.

–Suelta la cuerda –le dice a Jewel.

Con su otra mano la alcanza y le da dos vueltas al pescante.

–Sigue andando, Jewel –le dice–. A ver si logras llevamos lejos del tronco.

Jewel hostiga al caballo; nuevamente parece que lo lleva alzado con sus rodillas. Casi ha llegado al mismísimo vado y el caballo ha debido de sentir algo, pues se encabrita: medio fuera del agua reluce mojado, rompiendo en continuas acometidas. Se mueve con increíble rapidez; esto sirve para que Jewel se dé cuenta de que al fin la cuerda está suelta, pues le veo tirar de las riendas, con la cabeza vuelta, a medida que el tronco se va colocando entre nosotros en sordas arremetidas, hasta caer sobre la yunta. Las mulas también lo han visto; por un momento también ellas relucen negras, fuera del agua. «Ahora desaparece la que está en la parte de abajo de la corriente, arrastrando consigo a la otra; el carro se pone de través, recuéstase sobre el vado, mientras que el tronco le golpea. haciéndole tambalearse. Cash se ha medio vuelto, escapándosele las riendas de la mano y las riendas desaparecen en el agua; con la otra mano llega hasta Addie y la mantiene apretada contra la caja del carro.

–Salta –me dice–. Sepárate de la yunta y no trates de sujetarla. La corriente te llevará hasta el recodo.

–Ven tú también –le digo.

Vernon y Vardaman corren por la orilla; padre y Dewey Dell nos están observando; Dewey Dell, con la cesta y el paquete en los brazos. Jewel se esfuerza por hacer retroceder al caballo. Asoma la cabeza de una de las mulas, dilatados los ojos; se vuelve un instante a mirarnos y suelta un sonido casi humano. La cabeza desaparece de nuevo.

–Atrás, Jewel –grita Cash–. Atrás, Jewel.

Por un instante más le veo pegado al carro volcado; su brazo, apuntando a Addie y las herramientas. Veo brotar de nuevo la cabeza barbuda del tronco encabritado, y más allá a Jewel, sujetando a su caballo, encabritado también, que tuerce la cabeza; y le veo martillar a puñadas la cabeza del caballo. Salto del carro, en la dirección de la corriente. Veo las mulas, una vez más, entre los dos ribazos. Van dando vueltas, una detrás de la otra, con las patas tías como varas, igual que si hubieran perdido todo contacto con la tierra.

VARDAMAN

Cash se esforzaba, pero ella cayó afuera y Darl saltó y fue y se hundió, y Cash venga a gritar que la cogiéramos, y yo iba gritando y corriendo, gritando, gritando, y Dewey Dell me gritaba: «Vardaman, ven; Vardaman, ven; ven, Vardaman», y Vernon me dejó atrás, porque él lo había visto salir a la superficie; pero ella se hundió otra vez, sin que Darl la hubiese podido agarrar.

Darl sacó la cabeza fuera del agua, a ver, y yo venga a gritarle: «Cógela, Darl»; pero ni por esas, porque como ella pesaba mucho, tenía que hundirse para agarrarla, y yo venga a gritar: «Cógela, Darl; cógela, Darl», pues ella iba por el agua más de prisa que cualquiera, y Darl tenía que ir a tientas buscándola; pero yo sabía que la agarraría, pues él es quien mejor sabe caminar a tientas, incluso estando como estaban las mulas allí, que iban dando vueltas y más vueltas, y ahora con los lomos en alto, y Darl tenía que echarse a buscarla de nuevo, pues ella podía ir más de prisa que nadie, más que un hombre o una mujer, y Vernon me dejó atrás, y él no se quería meter en el agua ni ayudar a Darl: no quería buscarla con Darl; sabía, pero no quería ayudarle.

Las mulas asoman otra vez, asomando sus patas tías, sus patas tías, rodando despacito, y entonces va Darl y aparece también, y yo venga a gritarle: «Cógela, Darl; cógela, Darl; tráela a la orilla, Darl.»

Vernon no le ayudaba, y entonces Darl va y hace un regate a las mulas, y va y entonces ya la tiene bajo el agua y se acerca a la orilla, acercándose despacito, pues ella, en el agua, trataba de quedarse debajo del agua; pero Darl es muy fuerte y la traía despacito, y por eso yo supe que la traía, pues venía despacito, y yo eché a correr al agua, a ayudarle, y yo no podía dejar de gritar, pues Darl la tenía fuerte y muy debajo del agua, y si ella trata de escapar, él no lo permitiría, no la dejaría marcharse, y él me estaba viendo a mí, y ya la tenía cogida, y todo se había acabado ya, ya todo se había acabado ya, ya se había acabado todo.

Ahora él asoma fuera del agua. Asoma despacito gran parte de su cuerpo, antes que sus manos lo hagan, pero él tenía que tenerla, tenía que tenerla, para que yo pudiera soportarlo. Salen sus manos del agua y todo él sale por encima del agua. No puedo pararme. Lo intentaré, si puedo. Pero sus manos salen vacías del agua, desaguándose, desaguándose.

—¿Dónde está madre, Darl? —le digo—. No la cogerás. Tú sabías que ella es un pez y la has dejado escapar. Nunca la cogerás. Darl. Darl. Darl.

Echo a correr por la orilla y veo a las mulas asomarse despacito, hundirse despacito.

TULL

Cuando le conté a Cora cómo Darl saltó del carro y dejó a Cash dentro e intentando salvarla, y que el carro se había volcado, y que Jewel, que estaba ya casi a la orilla, trataba de traerse al dichoso caballo a donde éste, con muy buen juicio, no quería ir, entonces va ella y me dice:

—¿Conque tú eres de los que dicen que Darl es un raro, que no tiene luces? Pues él ha sido el único de todos que ha tenido el suficiente juicio de saltar del carro. Bien veo que Anse se portó como un ladino al no meterse en el carro.

—No habría servido de nada que él se hubiese estado allí dentro —dije—. Todo iba saliendo bien y habría salido bien del todo si no hubiese sido por aquel tronco.

—El tronco, el tronco; ¡bah!, disparates —dijo Cora—. La mano de Dios, eso.

—Entonces, ¿cómo dices que aquello era una locura? —dije—. Nadie puede librarse de la mano de Dios. Sería un sacrilegio intentarlo siquiera.

Y va y me dice Cora:

—Entonces, ¿por qué la desafían? Anda, responde.

—Anse no lo hizo —dije—. Y precisamente eso es lo que tú le achacas.

—Su sitio estaba allí —dijo Cora—. Si fuera un hombre de verdad, allí se habría estado, en vez de hacer que sus hijos hicieran lo que él no se atrevía.

—Pues mira, no sé qué es lo que quieres —dije—. Tan pronto dices que eso era desafiar a Dios como saltas sobre Anse porque él no estaba con ellos.

Entonces se puso ella otra vez a cantar, a lavar en la artesa, con una expresión cantarina en la cara, como si ella hubiese renunciado a las gentes y a todas sus vanidades, y se hubiese puesto delante de todos y se encaminara cantando a los cielos.

El carro vaciló durante largo tiempo, pues la corriente le empujaba por debajo, arrastrándole fuera del vado; y Cash, inclinándose más y más, tratando de mantener apuntalado el ataúd, para que no pudiera deslizarse y no terminara por volcar el carro. En cuanto el carro se venció del todo hacia donde la corriente no podía menos de rematarlo, el tronco siguió su camino. Cabeceó alrededor del carro y siguió su camino como lo pudiera hacer el mejor nadador. Igual que si hubiese sido enviado allí para hacer una determinada tarea y, ya hecha, siguiera luego su camino.

Cuando, por último, las mulas se soltaron a fuerza de coces, pareció posible, por un instante, que Cash se haría con el carro. Parecía que ni él ni el carro se movían nada y con todo y eso que Jewel se esforzaba por llevar al caballo hasta el carro. Entonces el chiquitajo pasó delante de mí, corriendo y gritando a Darl, y la chavala iba detrás de él, queriéndole echar la mano; y entonces voy y me veo a las mulas que iban rodando despacito por el agua, con las patas tiesas como varas, igual que si, de suyo, fueran patas arriba y tropezaran en algo para caer de nuevo en el agua.

Entonces el carro se volcó, y entonces el carro y Jewel y el caballo, todos, se enredaron. Cash desapareció de la vista, teniendo todavía apuntalado el ataúd, y entonces ya no pude ver nada más, sino que el caballo estaba dando embestidas y chapoteando. Pensé que Cash ya se había rendido y que ya se habría echado al agua. Y me puse a gritar a Jewel que volviera. Y entonces, en un instante, él y el caballo se hundieron también, y pensé que los dos se ahogarían. Y me di cuenta de que el caballo también había sido arrastrado fuera del vado. Y con ese indómito caballo ahogándose, y ese carro, y ese ataúd desprendido, la cosa se iba poniendo pero que muy fea. Y con el agua hasta las rodillas, me puse a gritar a Anse, que estaba detrás de mí:

—Mire, mire ahora lo que ha hecho. ¿Ve ahora lo que ha hecho?

El caballo salió otra vez a la superficie. Estaba buscando la orilla, manteniendo la cabeza en alto. Y entonces vi a uno de ellos asido a la silla, por el lado de abajo de la corriente. De forma y manera que eché a correr por la orilla, a ver si descubría a Cash, que no sabía nadar, y gritando a Jewel que dónde estaba Cash, gritando como un loco tan loco como el chiquitajo, que seguía yendo por la orilla llamando a gritos a Darl.

Conque me metí en el agua, cuidando de hacer pie en el lodo. Y vi a Jewel solo, medio hundido; así supe que estaba en el vado, cara a la corriente. Y entonces veo la cuerda, y entonces veo que el agua se levantaba precisamente donde él estaba sujetando el carro, volcado justo al borde del vado.

Así que era Cash el que se agarraba al caballo, cuando este llegó chapoteando y gateando hasta la orilla y gimiendo como si fuera un hombre de verdad. Cuando llegué junto al caballo, éste estaba coceando, para librarse de Cash y hacer que se soltara de la silla. Se le vio la cara durante un segundo, en el momento en que iba a hundirse otra vez en el agua: estaba grisácea, con los ojos cerrados, y un largo pegote de lodo la cruzaba. Luego se dejó llevar y volvió a hundirse en el agua. Parecía lo mismo que un viejo atadizo de ropa, de esos que se llevan a lavar, sacudido una y otra vez contra la orilla. Parecía como si estuviera acostado allí, en el agua, de cara, meciéndose en la corriente; como si estuviera mirando atento algo del fondo.

Podíamos ver la cuerda sumergida en el agua, y sentir cómo tiraba y forcejeaba con todo su peso, pero dijérase que desganadamente, el carro, en tanto la cuerda parecía una barra de hierro, de puro tiesa. Una barra de hierro en la que el agua, al tropezar, silbaba como si el metal hubiera estado al rojo vivo; una barra de hierro como clavada al fondo por una punta, mientras nosotros sujetábamos la otra. Y, entretanto, el carro venga de subir y bajar desganadamente, y de tirar unas veces de nosotros y de empujarnos otras, como si hubiera dado la vuelta situándose a nuestras espaldas, y siempre con su desgana, como si no acabara de decidir qué hacer. Un lechón pasó por nuestro lado, hinchado como un globo: era uno de los lechones con pintas que tenía Lon Quick. Al tropezar en la cuerda, tan tiesa como una barra de hierro, salió rebotado y siguió adelante, arrastrado por el agua. Nosotros no dejábamos de mirar aquella cuerda que se hundía oblicuamente en el agua. No, no dejábamos de mirarla.

DARL

Cash está tumbado de espaldas en el suelo, con la cabeza apoyada en un lío de ropas. Tiene los ojos cerrados, la cara gris, con el pelo tan pegado a la frente, que parece como un tiznajo pintado de través sobre ella con una brocha. Su rostro da la sensación de haberse hundido alrededor de las órbitas, de la nariz, de las encías, como si con el remojón se hubiera reblandecido la carne que mantenía tirante la piel. Los dientes, incrustados en las empalidecidas encías, se hallan un poco entreabiertos, como si se hubiera estado riendo por lo bajo. Flaco como una estaca, yace entre las ropas que chorrean. Al lado de la cabeza hay un charquito que ha formado al arrojar, y todavía le corre un hilillo de líquido por la barbilla, desde la comisura de la boca hasta el charco, como si no le hubiera dado tiempo de volver la cabeza para vomitar o no hubiera podido hacerlo con bastante fuerza. Por fin se inclina sobre él Dewey Dell y se lo limpia con el borde de la falda.

En estas, se acerca Jewel, que trae ya la garlopa.

—Vernon acaba de encontrar la escuadra —dice, mirando desde arriba a Cash y chorreando también—. ¿No le ha dicho nada todavía?

—Lo que yo sé es que traía la sierra, el martillo, la cuerda de marcar y la regla —digo yo—. De eso estoy seguro.

Jewel deja la escuadra en el suelo. Padre le mira.

—No deben de andar muy lejos —dice padre—. Todo ha caído en el mismo sitio. ¿Habrás visto nadie con más mala suerte?

A lo que Jewel ni le mira. Pero dice:

—Será mejor que diga usted a Vardaman que vuelva aquí.

Echa otra mirada a Cash; luego da media vuelta y se larga. Según se va, nos dice:

—Procurad hablar con él en cuanto pueda, para que diga qué otras cosas traía.

Volvemos al río. Por fin sacamos el carro a la orilla (con mucho tiempo, halando todos de él; parece como si dentro del armatoste, que tan bien nos conocemos, todavía perdurara, oculto pero amenazador, algo de esa violencia a la que, no hace ni una hora, sucumbieron las bestias que lo arrastraban) y calzamos las ruedas en lugar seguro, donde no las alcance el agua. Al fondo de la caja del carro sigue el ataúd, con sus pálidas tablas como acalladas por la humedad, pero tan amarillas como siempre. Ahora tienen el color del oro cuando se le contempla a través del agua, excepto en dos sitios en que hay sendos manchones de cieno. Entre todos, lo sacamos hasta la orilla.

Hemos afianzado a un árbol una de las puntas de la cuerda. Vardaman está metido en el río, con el agua hasta las rodillas, un poco inclinado hacia adelante y contemplando con verdadero embeleso a Vernon. Ha dejado ya de dar gritos; está empapado hasta los sobacos. Al otro cabo de la cuerda, Vernon, sumergido hasta los hombros en el agua, está de cara a Vardaman.

–Vete un poco más atrás –le dice–. Sigue hasta el árbol y sostenme la cuerda, para que no se escurra.

Vardaman va retrocediendo a lo largo de la cuerda hasta el árbol, como si, fascinado en la contemplación de Vernon, no tuviera ojos más que para él. Al subir allí nosotros, nos echa una mirada, con los ojos redondos y como ofuscados.

Pero en seguida vuelve la vista hacia Vernon, en la misma actitud de arrobada atención.

–Ya he encontrado también el martillo –dice Vernon–. Lo que ya debiéramos también de haber encontrado es la cuerda de marcar. Tenía que andar flotando por aquí.

–¡Y tanto que habrá flotado! ¡Cualquiera sabe adonde habrá ido a parar a estas horas! –dice Jewel–. Esa no la pescamos ya. Lo que sí habría que encontrar es la sierra.

–En eso estoy yo –contesta Vernon, examinando el agua–. Pero la cuerda de marcar también. ¿Y qué más tenía?

–No sé, porque aún no ha roto a hablar –dice Jewel, al tiempo que se mete en el agua. Y volviendo la cabeza hacia mí, añade–: Tú vete allá, a ver si consigues sacarle algo del cuerpo.

–Ya está padre con él –le digo.

Así que me meto en el agua detrás de Jewel, agarrándome a la cuerda, que me deja en la mano una sensación como si estuviera viva, ligeramente combada, formando un arco alargado y vibrante. Vernon, que no deja de mirarme, me dice:

–Harías mejor en irte. Sería mejor que te estuvieras allí.

–Vamos a ver si podemos sacar algo del agua, antes que lo arrastre la corriente –le contesto.

Agarrados a la cuerda, el agua forma ondas y hoyuelos alrededor de nuestros hombros. Pero bajo esta engañosa blandura, la corriente sigue tirando tercamente de nosotros. Nunca hubiera pensado que en pleno julio pudiera estar tan fría el agua. Se diría que unas manos heladas nos apretasen, nos taladrasen los huesos. Vernon sigue de cara a la orilla.

–¿Nos aguantará la cuerda a todos? –pregunta.

Todos volvemos la vista hacia esa especie de barra rígida que forma la cuerda desde que sale del agua hasta alcanzar el árbol. A su extremo, muy acurrucado, y sin dejar un momento de observarnos, sigue Vardaman.

–Con tal que a mi mula no le dé por salir de estampía hacia casa... –dice Vernon.

–Vamos –dice Jewel–. Acabemos de una vez.

Uno detrás de otro vamos sumergiéndonos agarrados a los demás, quienes, a su vez, se sujetan a la cuerda. La fría muralla de agua parece sorber hacia atrás el cieno de debajo de los pies, a contracorriente, de modo que nos quedamos como colgados mientras sondeamos el helado fondo del río. Ni siquiera el fango de ahí bajo está quieto. Tiene un no sé qué de escalofriante y huidizo, como si el suelo se nos estuviera marchando. Con los brazos extendidos procuramos no perder contacto unos con otros, mientras vamos deslizándonos, con muchas precauciones, a lo largo de la cuerda; o bien, cuando le toca a uno ponerse en pie, se dedica a observar atentamente el pequeño remolino y el burbujeo del agua en el sitio donde cualquiera de los otros dos se encuentra buceando en ese momento.

Padre ha bajado hasta la orilla, para ver desde allí cómo escudriñamos el río.

En eso que Vernon se endereza, chorreando con toda la cara hundida hacia los fruncidos labios, por los que no para de resoplar. Su boca azulea, como un aro de goma deteriorada por la intemperie. Por fin ha encontrado la regla.

–¡Qué contento se va a poner! –digo–. Porque está recién comprada. Como que no hace ni un mes que la eligió en el catálogo.

–Si supiéramos que más traía... –dice Vernon, mirando por encima del hombro.

Luego vuelve la vista hacia donde Jewel se metió en el agua.

–Oye, ¿no se había sumergido antes que yo? –pregunta Vernon.

–No sé –le contesto–. Es decir, creo que sí. Sí, sí; se sumergió antes.

Observamos la superficie menudamente rizada, que forma lentas volutas al chocar con nosotros.

–Dale un tirón de la cuerda –dice Vernon.

–Está en la punta de tu lado –digo.

–Pues por esta punta no hay nadie –dice.

–Tú da un tirón– le digo.

Pero ya lo ha dado y sostiene la punta fuera del agua, para que vea que allí no está Jewel.

Y en este preciso momento, diez yardas más allá, lo vemos enderezarse resoplando, y vuelto hacia nosotros, mientras, con un violento movimiento de cabeza, se echa el pelo hacia atrás. Luego dirige la vista hacia la orilla y hace una profunda inspiración.

–¡Jewel! –dice Vernon, no muy fuerte, aunque su voz resbala pastosa y clara sobre el agua, con un tono perentorio y comedido a la vez–. ¡Ya aparecerá por aquí! Anda, será mejor que vuelvas.

Pero Jewel ya está zambullendo de nuevo. Haciendo fuerza con la espalda contra la corriente, nos quedamos observando el lugar donde ha desaparecido, sosteniendo la lacia cuerda, como un par de hombres que tuvieran en las manos el boquerel de una manguera de incendios, en espera de que llegara el agua. De repente, Dewey Dell aparece a nuestras espaldas, metida ya en el río.

–¡Hacedle que vuelva! –grita–. ¡Jewel!

Jewel vuelve a sacar la cabeza del agua, sacudiéndose el pelo de los ojos. Ahora va nadando hacia la orilla; la corriente lo arrastra diagonalmente.

–¡Jewel! ¡Oye, Jewel! –le grita Dewey.

Nosotros seguimos sosteniendo la cuerda. Al poco, gana la orilla, por la que le vemos trepar. Al salir del agua se ha parado para recoger una cosa. Y al volver, ya por tierra, hacia nosotros, vemos que es que ha encontrado la cuerda de marcar. Pero, según viene se queda de pronto parado y mirando alrededor, como si buscara algo. Entretanto, padre descende por la orilla. Quiere echar otro vistazo a las mulas, cuyos redondos cuerpos entrechocan blandamente, al flotar en el agua perezosa del remanso.

–¿Qué has hecho del martillo, Vernon? –pregunta Jewel.

–Se lo di a ese –contesta Vernon, señalando con un movimiento de cabeza a Vardaman.

Vardaman, que estaba mirando a padre, vuelve la vista hacia Jewel.

–...al mismo tiempo que la escuadra –termina Vernon, con los ojos puestos en los de Jewel, al tiempo que empieza a salir del agua, pasando al lado de Dewey Dell y de mí.

–Anda, salta ya –le digo a la chica.

Pero no me contesta. No deja de mirar a Vernon y a Jewel.

–¿Dónde está el martillo? –pregunta Jewel.

Vardaman aprieta a correr, orilla arriba, a buscarlo.

–Pesa más que la sierra –dice Vernon.

Jewel está atando la punta de la cuerda de marcar al mango del martillo.

–Pero el martillo tiene más madera –dice Jewel.

Los dos están frente a frente, atentos a lo que las manos de Jewel hacen.

–Y, además, es plano –añade Vernon–, de modo que tiene que flotar lo menos tres veces mejor. ¿Por qué no pruebas con la garlopa?

Jewel mira a Vernon. Vernon también es un buen mozo. Altos y delgados los dos, quedan frente a frente, mientras la ropa se les pega al cuerpo, de calada que está. Observando las nubes, Lon Quick era capaz de decir la hora sin marrar ni en diez minutos. Me refiero a Lon el alto, no al bajo.

–Pero ¿por qué no os salís del agua? –les digo.

–...No flotaría tan bien como la sierra –está diciendo Jewel ahora.

–Pero sí mejor que el martillo –contesta Vernon.

–¿Qué te juegas? –dice Jewel.

–Nada; no acostumbro apostar –dice Vernon.

Y allí siguen los dos, fijos en las manos quietas de Jewel.

–¡Pues al cuerno! –dice Jewel–. ¡Venga la garlopa!

Así que, cogiendo la garlopa, a la que atan la cuerda de marcar, se adentran otra vez en el río.

Padre vuelve ahora por la orilla. Se detiene un instante a contemplarnos, encogido y mohíno, como un buey apaleado o como un viejo pajarraco.

Vernon y Jewel vuelven, luchando contra la corriente.

–¡Quítate de en medio! –le dice Jewel a Dewey Dell–. ¡Vamos, salte de una vez del agua!

La chica se aprieta un poco contra mí para dejarles paso. Jewel lleva en alto la garlopa, como si fuera un objeto fragilísimo; la cuerda azul le va marcando una raya negra sobre el hombro. Pasan a nuestro lado y se paran a discutir, con toda calma, cuál es el lugar preciso en que volcó el carro.

–Darl debe de saberlo –dijo Vernon.

A lo que los dos se quedan mirándome.

–Yo no lo sé –digo–. No estuve allí casi nada de tiempo.

–¡Cuerno! –dice Jewel.

Avanzan con mucho tiento, recostados en la corriente, tanteando el fondo con los pies, para encontrar el vado.

–¿Has asegurado bien la cuerda? –pregunta Vernon.

Pero Jewel no contesta. Echa un vistazo calculador a la orilla; luego vuelve la mirada otra vez adelante, y lanza la garlopa hacia el centro del río, dejando que la cuerda se le deslice por entre los dedos, que se le amoratan al roce.

Cuando queda quieta, se la pasa a Vernon.

–Déjame esta vez a mí –le dice Vernon.

Pero Jewel, que sigue sin contestar, se está ya otra vez zambullendo.

–¡Jewel! –gime Dewey Dell.

–Por esa parte no está tan hondo –la tranquiliza Vernon; pero sin volver la vista, fija toda su atención en el lugar donde se ve que se ha sumergido.

Al salir, lleva ya la sierra en la mano.

Cuando pasamos junto al carro, padre está al lado de la caja, tratando de quitarle con un puñado de hojas las dos manchas de barro. Contra la maleza, el caballo de Jewel parece un edredón a cuadritos colgado de una cuerda.

Cash sigue sin rebullir. Nos ponemos alrededor enseñándole la garlopa, la sierra, el martillo, la escuadra, la regla y la cuerda de marear, mientras Dewey Dell se arrodilla para alzarle la cabeza.

–¡Cash! –le dice–. ¡Escucha, Cash!

Abre los ojos, mirando con fijeza hacia arriba nuestras caras, que se le aparecen del revés.

–¡Habrás visto hombre con más mala suerte! –dice padre.

–¡Mira, Cash! –decimos todos, sosteniendo en alto las herramientas, de modo que pueda verlas–. ¿Trajiste alguna más?

Trata de decir algo, volviendo la cabeza, y entorna de nuevo los ojos.

–¡Cash! –le decimos–. ¡Fíjate, Cash!

Pero para lo que volvía la cabeza era para arrojar. Dewey Dell le limpia la boca con la parte del dobladillo de la falda que no se le ha mojado. Ahora ya puede hablar.

–¡Ah, ya entiendo! –dice Jewel–. Se refiere al triscador, aquel nuevo que compró también cuando la regla.

Da media vuelta y se aleja. Vernon, que está en cuclillas, levanta la vista hacia él. Después se pone en pie y se mete también en el agua.

–¡Habrás visto hombre con más mala suerte! –dice padre.

Así, en pie, se eleva su figura muy por encima de nosotros, que estamos arrodillados. Parece una estatua grotesca, tallada en mala madera por un caricaturista borracho.

—¡Cuántas calamidades! —dice—. Pero conste que nada le reprocho a la pobre. Nadie puede decir que a la pobre le echo nada en cara.

Dewey Dell ha dejado caer la cabeza de Cash sobre el lío de ropa en el que la descansa, corriéndola un poco para alejarla de la vomitona. Junto a él están las herramientas.

—Ya puede llamarse buena suerte que se haya roto la misma pierna que se rompió cuando cayó de lo alto de aquella iglesia —dice padre—. Pero conste que no le echo nada en cara a la pobre.

Ya están otra vez metidos en el río Jewel y Vernon. Desde aquí se dijera que no interrumpen en absoluto la superficie; parece como si esta los hubiera cortado a los dos limpiamente de un solo tajo, no dejando sino los bustos, que se desplazan con una cautela infinitesimal, de lo más cómico, sobre el haz de las aguas. La riada produce ahora esa misma sensación apacible que se experimenta cuando se contempla y escucha durante un buen rato la marcha de una maquinaria. Igual que si, disuelto ese coágulo, que en definitiva somos, en la pluralidad del movimiento original, nos volviéramos ciegos y sordos para vernos y oírnos, y toda nuestra furia se aplacase en el reposo. El empapado vestido de Dewey Dell, que sigue en cuclillas, modela a los ojos turbios de tres hombres cegados esas grotescas redondeces mamarias que constituyen los horizontes y los valles de esta tierra.

CASH

No estaba bien repartido el peso. Ya les avisé que, si querían llevar todo aquello e ir ellos en el carro sin desequilibrarlo, tendrían que...

CORA

Cierto día nos pusimos a hablar. Sus sentimientos religiosos nunca habían sido puros del todo, ni siquiera después de aquella reunión celebrada al aire libre durante el verano, en que el reverendo Whitfield luchó con su espíritu a brazo partido, llevándosela aparte para combatir la vanidad que albergaba su corazón mortal. Más de una vez le tengo dicho yo: «Dios te ha dado hijos para que te sirvan de consuelo a tanta miseria, y como prenda de sus propios padecimientos y de su propio amor, que en amor los concebiste y los diste a luz.» Se lo decía porque tomaba el amor de Dios y sus obligaciones para con Él un poco a beneficio de inventario, conducta que no es grata a los ojos del Señor. Y le tengo dicho: «Él nos ha proporcionado el don de elevar nuestras voces para cantar su gloria inmarcesible», porque, como le decía, hay más júbilo en los cielos por un pecador arrepentido que por cien justos. Y ella dijo: «Mi vida diaria es la confesión y la expiación de mi pecado», y yo le dije: «¿Quién eres tú, para juzgar lo quedes y no es pecado? Es el Señor quien ha de hacerlo; nosotros bastante tenemos con alabar su misericordia divina y proclamar su santo nombre a la faz de los demás mortales», porque solo Él puede ver dentro de los corazones, y aunque la vida de una mujer parezca recta a los ojos de un hombre, no podrá ella saber si su corazón está limpio de pecado hasta que lo abra ante el Señor y reciba su gracia. Y le dije: «El que hayas guardado fidelidad a tu marido no quiere decir que tu corazón esté libre de culpa; como las penalidades de tu vida tampoco significan que la divina misericordia te esté absolviendo de tus pecados.» Y ella dijo: «Yo bien me sé cuál es mi pecado; bien me sé el castigo que merezco. Y no trato de disminuirlo.» Y yo le dije: «Es tu orgullo el que te lleva a juzgar el pecado y la salvación, usurpando un derecho que sólo compete al Señor. Nuestro destino de criaturas mortales es padecer en este valle de lágrimas y ensalzar a Aquel que juzga el pecado y que nos ofrece la salvación, mediante nuestras aflicciones y tribulaciones, desde tiempo inmemorial, amén. No, no es esto cosa tuya, ni siquiera después que el reverendo Whitfield, hombre piadoso e imbuido del espíritu santo si los hay, rezó como rezó por ti, forcejeando como ningún otro hubiera sido capaz de hacerlo.» Eso le dije. Pues no somos nosotros los llamados a enjuiciar nuestras culpas, ni a saber qué es lo que a los ojos de Dios constituye pecado. Realmente, su vida ha sido muy dura; pero eso le pasa a cualquier mujer. Y si hubieseis oído las cosas que decía, habríais creído que sabía más acerca del pecado y de

la salvación que el propio Dios Nuestro Señor y que todos los que han dedicado su vida a combatir el pecado en este bajo mundo. Bien es verdad que el único pecado que jamás cometiera –y en él llevó la penitencia–, fue el querer más a Jewel, para quien fue siempre del todo indiferente, que a Darl, que era un bendito de Dios, aunque nosotros le tuviéramos por un tipo raro, y que la amaba de veras. Yo le dije: «Ése es tu pecado. Como también es tu penitencia. Jewel es tu penitencia. Pero ¿dónde encontrarás tu salvación? Que la vida es muy corta –le dije yo– para ganarse en ella la gracia eterna. Y que Dios es muy riguroso: es ÉL, y no nosotros, quien dispensa los premios y los castigos.»

–Ya lo sé –dijo–. Yo...

Pero no pasó de ahí. Entonces le pregunté yo:

–¿Qué es lo que sabes?

–Nada –me respondió–. Él es mi cruz, como será mi salvación. Él me salvará de las aguas y del fuego. Incluso aunque haya rendido el último suspiro, no dejará de salvarme.

–¿Qué sabes tú, si no le has abierto tu corazón ni has ensalzado su santo nombre? –le dije.

Entonces es cuando me di cuenta de que no se refería al Señor. Me di cuenta de que el orgullo que anidaba en su corazón le había hecho proferir aquellas sacrílegas palabras. Y caí de rodillas allí mismo, en el lugar donde estábamos. Y le supliqué que se arrodillara ella también, y que abriese su corazón y que arrojara de él al demonio del orgullo y que se entregara a la misericordia de Dios. Pero no quiso.

Quedóse allí sentada, perdida en su orgullo y en esa vanidad que le hiciera cerrar el corazón a Dios, para dar cobijo en su lugar a aquel mozo tan lleno de egoísmo. Y allí mismo, de rodillas, recé por ella. Recé por aquella pobre ciega, como jamás he rezado por mí ni por todos mis deudos.

ADDIE

Por la tarde, después de la salida de la escuela, cuando, sorbiéndose los mocos por su naricilla sucia, se había marchado el último arrapiezo, gustaba yo, en vez de volver a casa, bajar por el ribazo hasta la fuente, donde podía estar a mis anchas y odiarlos a todos juntos. Todo era allí a esas horas tranquilo: el agua que manaba y se iba siempre borboteando; el sol que entraba sesgado por la frondas de los árboles; el mismo olor de las hojas húmedas medio podridas y de la tierra nueva, sobre todo al empezar la primavera, que es cuando es peor.

Era entonces la ocasión de pararme a recordar que, como mi padre solía decir, la finalidad de la vida no es otra sino la de aprestarse a estar mucho tiempo muerto. Y al recapacitar que tenía que ver día tras día a cada uno de ellos y de ellas, y todos con sus respectivas vergüenzas y egoísmos personales, y que tal era, a lo que parecía, la única manera de disponerme a bien morir, no podía menos de maldecir a mi padre por habersele ocurrido engendrarme. Siempre estaba acechando la ocasión de cogerlos en falta, para darles de latigazos. Y cuando el látigo caía sobre sus carnes, sentía yo su escozor sobre las mías; y cuando les levantaba verdugones y ronchas en la piel, era mi sangre la que corría, y a cada nuevo golpe que les asestaba, me decía a mí misma: «Ahora soy algo en vuestras vidas vergonzosas y egoístas, yo, que he marcado mi sangre en la vuestra para toda la eternidad.»

De modo que tomé a Anse. Le había visto pasar unas cuantas veces por delante de la escuela, hasta que me enteré de que daba un rodeo de cuatro millas para ir por allí. Entonces me percaté de que estaba empezando a encorvarse –a pesar de lo mozo y lo alto que era–, lo que le daba el aire de un pajarraco aterido de frío en lo alto del pescante. Pasaba por delante de la escuela y, desde el carro que chirriaba lentamente, volvía despacio la cabeza hacia la puerta, que no perdía de vista hasta que doblaba el recodo del camino y desaparecía. Un día me salí a la puerta y me estuve allí mientras pasaba. Al reparar en mí, desvió en seguida los ojos, y ya no volvió la mirada.

Lo peor era el entrar la primavera. A veces me parecía que no iba a poder soportar el estar toda la noche en la cama, cuando los patos salvajes pasaban volando hacia el Norte y sus graznidos altísimos y salvajes bajaban apagados, como nacidos de la salvaje oscuridad. Y por el día me daba la impresión de que no iba a poder esperar a que se marchara de la escuela el último chiquillo para poder irme a la fuente. Así que cuando levanté la vista aquella vez y me tropecé con Anse, que

estaba allí con su traje de los domingos y sin parar de darle vueltas al sombrero entre sus manos, le dije:

–¿Es que no hay mujeres en su casa? ¿Cómo es que no le mandan a que se corte el pelo?

–No hay ninguna –contestó.

Y añadí, de repente, fijando en mí sus ojos, intranquilos como dos perros en corral ajeno:

–Por eso es por lo que he venido a verla.

–...Y que le digan que enderece esa espalda –dije–. ¿De modo que no tiene ninguna mujer? Pues casa, sí que tiene. Al menos, eso es lo que a mí me han contado: que tiene usted una casa y una granja que no están nada mal. Y vive allí usted solo, haciéndoselo todo, ¿no es así? –él me miraba, sin parar de darle vueltas al sombrero–. Y que la casa es nueva. ¿No irá usted a casarse?

Y él volvió a decir, sin quitar sus ojos de los míos:

–Por eso es por lo que he venido a verla –y añadió–: Yo no tengo a nadie. Así que nadie la molestará. En cambio, usted...

–Sí, yo tengo algunos parientes. En Jefferson.

Y al decir esto su rostro se ensombreció un poco.

–Bueno, yo tengo alguna heredad. Y soy hombre de posibles. Mi nombre es tan honrado como el que más. Sé cómo es la gente de la ciudad; pero, a lo mejor, cuando se pongan a hablar conmigo...

–... Puede que lo que hagan sea escucharle a usted –le atajé–. Pero será difícil que tenga que hablar con ellos –él no dejaba de examinar mi rostro–, porque los tengo enterrados.

–Pero con los que vivan –dijo– será diferente.

–¿Usted cree? –dije–. No sé qué decirle: yo jamás he tenido otra clase de parientes.

De forma y manera que tomé a Anse. Y cuando supe que llevaba en mis entrañas a Cash, me di cuenta de que la vida es terrible y de que esas son las cosas que nos trae. Fue entonces cuando aprendí que las palabras no tienen nada de bueno, pues que nunca se ajustan ni siquiera a aquello que tratan de dar a entender. Cuando el niño nació, comprendí que la palabra «maternidad» ha tenido que ser inventada por alguien que, por lo que fuera, la precisaba para el caso; y que a los que de verdad han tenido hijos, nunca se les ha podido ocurrir preocuparse de si esa palabra existía o dejaba de existir. Comprendí que la palabra «miedo» ha tenido que ser inventada por alguien que jamás lo ha pasado, y la palabra «orgullo», por alguien que nunca lo ha sentido. Comprendí que lo malo era, no ya que fueran a meter sus puercas narices en todo, sino que tendríamos que cruzar unas palabras que son como esas arañas que se descuelgan, por el hilo que sueltan por la boca, desde el techo, y que se balancean sin llegar jamás a tocarse. Comprendí que, solo cuando la hiciera saltar a latigazos, podría su sangre confundirse con la mía en un torrente único. Comprendí que lo que había ocurrido era, no ya que no volvería a tener punto de reposo, sino que mi tranquilidad no había sido nunca realmente violada hasta que tuve a Cash. Ni siquiera por parte de Anse, en todas las noches que había pasado con él.

También él tenía una palabra. Amor, como solía decir. ¡Pero estaba yo tan harta de palabras! Yo bien sabía que era como todas las otras: ni más ni menos que un roto para un descosido; que, llegada la hora de la verdad, de tan poco os sirve esa palabra como las demás, ya sean «orgullo» o «miedo». Jamás necesitó Cash decírmela a mí, como yo tampoco tuve nunca que decírsela a él. Como yo decía: «Que la utilice Anse, si quiere.» De forma y manera que venía a ser lo mismo Anse o amor que amor o Anse. ¿Qué más daba?

Eso es lo que pensaba hasta cuando estaba acostada junto a él, en medio de la oscuridad, mientras que Cash dormía en su cuna, al alcance de mi mano. Pensaba también que, como se despertase llorando, tendría que darle de mamar. Anse o amor: ¿qué más daba? Mi soledad había sido violada y la propia violación había venido después a restablecerla: tiempo, Anse, amor... Lo que queráis, fuera de este círculo.

Después me di cuenta de que estaba preñada otra vez. Al principio, me pareció imposible. Después creí que iba a matar a Anse. Fue como si me hubiera jugado una mala pasada, ocultándose tras una palabra como lo hubiera podido hacer detrás de un biombo, para darme desde su escondite un golpe a traición. Pero luego comprendí que había sido engañada por palabras más viejas que Anse o amor, palabras a cuyo engaño también había sucumbido Anse, y que mi venganza sería tal,

que nunca supiera que me estaba vengando de él. Cuando parí a Darl, le exigí a Anse la promesa de que, cuando yo muriera, me llevaría otra vez a Jefferson, porque yo sabía que padre había tenido razón, aunque él mismo malamente pudo saber que la tenía, igual que no podía saber yo que estaba equivocada.

—¡Qué tontería! —dijo Anse—. ¡Todavía no estamos ni tú ni yo para echar la galga con solo este par de críos que tenemos!

Lo que no sabía es que por entonces estaba para mí como muerto. A veces estaba acostada a su lado en medio de la oscuridad, oyendo a la tierra que ahora formaba parte de mi sangre y de mi carne, y me decía: «Anse.» ¿Por qué Anse? ¿Por qué eres tú Anse? Y pensaba en su nombre de tal modo, que al poco rato se me antojaba como si la palabra adquiriese forma, como si fuera una vasija, en la que él se iba vertiendo poco a poco, cual una melaza fría que fluyese de lo oscuro hasta que, colmado el recipiente, todo quedaba otra vez quieto: una forma llena de expresión, pero tan horra de vida como el vano de una puerta sin hojas. Después me daba cuenta de que el hombre de la vasija se me había ido de la memoria, y pensaba: la forma de mi cuerpo, cuando aún conservaba mi doncellez, era la de un...¹, y era incapaz de pensar en Anse ni de recordar a Anse. Pero no es que fuese capaz de figurarme a mí misma como si hubiera recobrado la virginidad perdida, pues ahora yo era tres. Y cuando pensaba *Cash* y *Darl* de esta misma manera, hasta que los dos nombres se desvanecían para materializarse en una forma y borrarse después, me decía: «Muy bien. Eso es lo de menos. ¿Qué importan los nombres que se les den?»

Así que cuando Cora Tull vino a decirme que yo no era una madre como es debido, pensé que las palabras ascienden derechas como una tenue línea, ligera e inofensiva, mientras que los hechos se arrastran horriblemente pegados al suelo, de forma y manera que, al poco rato, no hay modo de pisar a un tiempo esas dos líneas, por mucho que uno se espatarre. Y también que pecado, amor y miedo no son sino palabras que quienes ni pecaron, ni amaron, ni temieron jamás utilizan para eso que no tienen ni tendrán, hasta que se olviden de las dichas palabras. Como Cora, que ni freír un huevo sabía.

Me reconvenía Cora por lo que les debía yo a mis hijos, a Anse y a Dios. He sido yo quien le ha dado a Anse los hijos. Yo no los he pedido. Por no pedir, ni siquiera le he pedido lo único que de verdad podía darme: lo que no fuese él. Pero mi obligación era no pedirle tal cosa, y bien que la cumplí. Yo era yo misma; a él, le dejaba que fuese la forma y el eco de su palabra. Lo que era incluso más de lo que él mismo pedía, pues no podía pedirlo y ser Anse, sirviéndose de sí mismo por medio de una palabra.

Y después murió. No sabía que estaba muerto. Yo me acostaba a su lado en medio de la oscuridad, oyendo a la tierra oscura que ensalzaba el amor de Dios y su belleza y su pecado; oyendo la oscura mudez en que las palabras son los hechos, y oyendo también esas otras palabras que no son hechos, que son sólo los huecos de lo que le falta a la gente, y que nos caen desde lo alto como los graznidos de los patos, como esos gritos que descendían desde la salvaje oscuridad en las noches terribles de antaño, balbuciendo torpemente en busca de los hechos, como huérfanos a los que se les indicasen dos rostros en medio de una multitud y se les dijera: «Aquel es tu padre; aquella, tu madre.»

Y creí haber dado con ello. Creí que todo estaba en nuestras obligaciones para con esa sangre tan llena de vida, esa sangre terrible, esa corriente roja y amarga que corre por los campos. Me figuraba el pecado como las ropas con que los dos nos presentábamos a la vista de todo el mundo, guardando la debida compostura en razón de que él era él y yo era yo; un pecado que todavía era más grave, más horrible, pues que Dios, que creó el pecado, le eligió precisamente a él para santificar ese mismo pecado. Y mientras le esperaba en el bosque, mientras le estaba esperando hasta que me veía, me lo figuraba vestido de pecado. Me lo figuraba imaginándome él también a mí vestida de pecado, salvo que él estaba mucho más penoso, porque la vestidura que se había quitado para ponerse la del pecado estaba santificada. Me figuraba el pecado como un ropaje del que nos desnudábamos para represar la sangre terrible, para acompasar su latido al eco remoto de esa

¹ Falta la palabra en el original. (*N. de los t.*)

palabra sin vida que se cierne en el aire. Después me volvía a acostar al lado de Anse –sin mentirle, limitándome a negarme a él, lo mismo que les había negado el pecho a Cash y a Darl en cuanto pasaron la edad de mamar–, y desde la cama oía a la tierra oscura pronunciar su muda oración.

Yo no me andaba con tapujos; no trataba de engañar a nadie. Yo, por mí, no me hubiera preocupado en absoluto. Así que, si tomaba algunas precauciones, eran nada más las que él juzgaba indispensables, no para mi seguridad, sino para la suya; pero, en todo momento, igualitas que los vestidos que me ponía a la faz del mundo. Y cuando volvió a hablarme Cora, pensé en cómo llega un punto en que incluso las más sublimes palabras sin vida parecen perder hasta la misma significación de su sonido muerto.

Luego, todo acabó. Acabó, en el sentido de que se fue y de que me di cuenta de que, aunque volviera a verle, jamás volvería a verle acercándose, furtivo y ligero, por entre los árboles, vestido de pecado, como si llevase un garboso ropaje que la misma ligereza de su furtivo advenimiento empezase ya a entreabrir.

Pero para mí no había acabado. Quiero decir, acabar en el sentido de lo que empieza y lo que termina, porque por entonces nada tenía para mí principio ni fin. Hasta seguí rechazando a Anse, no como si le hubiera dado de lado por primera vez ahora, sino como si toda la vida no hubiese sido otra mi actitud. Mis hijos eran sólo míos, sólo de esa sangre bravía que hierve por toda la tierra, sólo míos y de todo lo que alienta: de nadie en particular y de todo en general. Después supe que iba a tener a Jewel. Cuando recobré la lucidez suficiente para reparar en lo que pasaba, hacía ya dos meses que él se había marchado.

Mi padre dijo que la finalidad de la vida es prepararse a bien morir. Ahora terminé por comprender qué es lo que quería decir con esto, y que era imposible que él mismo supiera lo que pretendía dar a entender, por la sencilla razón de que un hombre es incapaz de saber lo que supone no limpiar una casa a su debido tiempo. Así es que yo la limpié y la puse en orden. Al llegar Jewel – estaba acostada cerca de la lámpara, de modo que, forzando un poco la cabeza, pude ver todo yo misma hasta que la criatura rompió a llorar –se amansó por fin la sangre bravía, acallándose del todo su sordo latido. A partir de entonces, ya no hubo más que la leche tibia y tranquila, y yo, tranquila también en mi lecho de parturienta, disponiéndome a limpiar mi casa.

Para compensar lo de Jewel, le he dado a Anse Dewey Dell. Después le he dado a Vardaman, en sustitución del hijo que le había robado antes. De modo que ahora se encuentra con tres hijos que son suyos y no míos. Así que ya puedo disponerme a bien morir.

Un día me puse a hablar con Cora. Rezó mucho por mí, porque creía que yo era ciega para el pecado, y pretendió que me arrodillase y me pusiera también a rezar, pues es de esa gente que, como cree que el pecado no es más que una palabra, piensa también que la salvación no es tampoco sino cuestión de palabras.

WHITFIELD

Cuando me dijeron que ella se estaba muriendo, me pasé toda la noche luchando con Satanás, hasta que conseguí vencerle. Terminé por ver claro la enormidad de mi pecado; la luz de la verdad se hizo al fin ante mis ojos, y caí de rodillas, y me confesé a Dios, y le pedí su intercesión y me la dio. «Levántate –me dijo–; acude a esa casa, donde has introducido una mentira viva; vete con esa gente, de la que te has servido para ultrajar mi Verbo; publica tu pecado. Es a ellos, a ese marido engañado, a quienes compete perdonarte; no a mí.»

Así que fui a ellos. Al enterarme de que el puente de Tull se lo habían llevado las aguas, exclamé: «¡Gracias, Dios mío; gracias Supremo Hacedor de todo!» Pues en estas pruebas y dificultades que tenía que vencer vi que no me había abandonado, y que mi readmisión en su santa paz y en su santo amor todavía resultaría más dulce por todas esas penalidades. «Solo te pido – supliqué– que no me dejes morir hasta que haya implorado perdón al hombre a quien traicioné, solo te pido no llegar demasiado tarde. Y que no sea de los labios de ella, sino de los míos, de los que oiga el relato de la falta que entre los dos cometimos. Ella tiene jurado que nunca lo contará; pero la eternidad es una cosa terrible cuando hay que mirarla cara a cara. ¿No he luchado yo mismo a brazo partido con el maligno? No permitas tampoco que caiga sobre mi conciencia el pecado de su

perjurio; no permitas que las ondas de tu divina cólera me circunden, hasta que haya lavado mi alma delante de los que injurié.»

Fue su mano la que me sacó sano y salvo de la riada; fue su mano la que fue apartando los peligros que las aguas ponían en mi camino. Mi caballo estaba espantado, y yo mismo desfallecía al ver los troncos y los árboles descuajados que se echaban encima de mi insignificante persona.

Pero no por ello mi alma se abatió: una y otra vez los veía desviarse en su caída, cuando ya estaban casi a punto de aniquilarme. Y mi voz se elevaba por encima del estrépito de la inundación: «¡Gloria a Ti, Dios Todopoderoso! Esta prueba me permitirá lavar mis culpas y restituirme al seno de tu amor eterno.»

Comprendí entonces que el perdón me había sido acordado. Cuando quedaron ya atrás la riada y el peligro, al pisar de nuevo tierra firme, me puse a hilvanar las palabras que iba a decir cuando llegara a mi Getsemaní, que cada vez estaba más cerca. Entraría en la casa; atajaría las palabras de ella antes que rompiese a hablar, y le diría al marido: «Anse, he pecado. Haz conmigo lo que quieras.»

Era ya como si lo hubiera hecho. Mi alma se sentía más libre, más sosegada que desde hacía mucho tiempo. Y me parecía estar ya gozando de una paz perdurable, según avanzaba en mi caballo. Por todas partes veía su mano. Y en mi corazón decía su voz: «Valor. Estoy a tu lado.»

Por fin llegué a la casa de Tull, cuya hija menor salió al camino y me llamó, al verme pasar. Fue la que me dio la noticia de que ella había muerto ya.

He pecado, Señor. Bien sabes Tú lo profundo de mi remordimiento y las intenciones de mi alma. Pero Él es misericordioso; Él aceptará mi buena intención, en lugar de la buena acción que me proponía; Él, que no ignora que cuando hilvané las palabras que iban a constituir mi confesión, era a Anse a quien se las estaba diciendo, a pesar de que no se encontraba presente allí. Fue Él quien, en su infinita sabiduría, selló los labios moribundos, para que no saliera de ellos palabra alguna sobre la historia, mientras yacía agonizante en medio de los que tanto confiaban en ella, de los que tanto la amaban. Mientras, a mí me tocó pasar todas aquellas tribulaciones en medio de las aguas, de las que, si conseguí salir airoso, fue por la ayuda de su mano omnipotente. ¡Gloria a Ti en tu magnánima y todopoderosa misericordia! ¡Gloria a Ti!

Entré en la casa afligida por la desgracia, en la humilde morada donde aquella pobre descarriada estaba de cuerpo presente, mientras su alma se disponía a afrontar el terrible juicio irrevocable. Que en paz descanse.

—La gracia de Dios sea con vosotros —dije.

DARL

Se fue a caballo a casa de Armstid y a caballo volvió, trayéndose el tiro de mulas de Armstid. Enganchamos las bestias, y pusimos a Cash sobre el ataúd de Addie; pero, al echarlo, volvió a arrojar otra vez, aunque le dio tiempo a sacar la cabeza por encima del adral del carro.

—¡Menudo golpe se ha debido de llevar en el estómago! —dijo Vernon.

—A lo mejor es que el caballo le ha pegado una coza en el estómago —dije yo—. ¿Te ha dado en el estómago, Cash?

Trató de decir algo. Dewey Dell le limpió otra vez la boca.

—¿Qué dice? —preguntó Vernon.

—¿Qué dices, Cash? —preguntó Dewey Dell, inclinándose para oírle mejor—. ¡Ah!, que le deis sus herramientas.

Vernon las cogió y las echó en el carro. Dewey Dell levantó a Cash la cabeza para que pudiera verlas. Después echamos a andar, sentándonos Dewey Dell y yo uno a cada lado de Cash, para sostenerle, *mientras él marchaba delante, montado en su caballo*. Vernon se quedó un rato mirándonos. Después dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia el puente. Andaba con mucha parsimonia, braceando como si acabaran de lavarle la camisa limpia y quisiera secar las mangas, aún húmedas.

Él estaba a caballo ante la cerca, a cuya puerta nos esperaba Armstid. Nos detuvimos, y él echó pie a tierra, y bajamos a Cash del carro y le metimos en la casa, donde la señora de Armstid le tenía ya preparada una cama. Y dejamos al cuidado de ésta y de Dewey Dell el que le desnudaran.

Salimos y fuimos hasta el carro, detrás de padre, que subió al pescante para meter el vehículo dentro de la corraliza, mientras nosotros le seguíamos a pie. Nos vino de perlas que hubiera llovido, porque Armstid dijo: «Bien venidos seáis a esta casa. El carro podéis ponerlo ahí.» *Él siguió detrás, llevando el caballo de la brida, y luego se quedó parado junto al carro, sin soltarlo de la mano.*

–Muchas gracias –dijo padre–. Nos apañaremos en el cobertizo de allá abajo, aunque estamos abusando de vosotros.

–Estáis en vuestra casa –dijo Armstid.

En su casa había vuelto a aparecer aquella mirada de madera, aquella mirada retadora, arrogante, inflexible y llena de intensidad, que daba una sensación como si su cara y sus ojos fueran dos maderas de distintos colores, pero con lo claro y lo oscuro al revés que en los demás hombres. Su camisa estaba empezando a secarse, pero todavía se le pegaba al cuerpo cuando hacía algún movimiento.

–¡Cuánto lo hubiera agradecido la pobre! –dijo padre.

Desenganchamos las mulas y metimos el carro bajo el cobertizo. Uno de sus lados estaba descubierta.

–Ahí dentro no se mojará –dijo Armstid–. Pero si prefieren...

Detrás del granero había unas chapas de cinc enmohecidas. Así que cogimos dos de ellas para tapar el lado que quedaba abierto.

–Estáis en vuestra casa –dijo Armstid.

–Muchas gracias –dijo padre–. No sabes lo que te agradecería si hicieras el favor de darles un tentempié.

–¡Pues no faltaba más! –dijo Armstid–. Lula preparará la cena, en cuanto apañe a Cash.

Entretanto, él se había, vuelto hacia el caballo y le estaba quitando la montura. Y su camisa mojada se le pegaba blandamente al cuerpo a cada movimiento que hacía.

Padre no quería entrar en la casa.

–Pasa a echar un bocado –dijo Armstid–; la cena está ya lista.

–No tengo nada de ganas –dijo padre–; te lo agradezco mucho.

–Anda, entra, y así te secas y echas un bocado –dijo Armstid–. Verás qué bien se está aquí.

–Lo haré por ella –dijo padre–. Echaré un bocado en su recuerdo. Yo no tengo caballerías ni nada. Pero ella os lo agradecerá a todos vosotros.

–Pues claro –dijo Armstid–. Venga, muchachos: pasad y secaos.

Pero padre se sintió en seguida mucho mejor, en cuanto Armstid le dio un trago. Y cuando pasamos a ver qué tal seguía Cash, *él no entró con nosotros. Al volver la cabeza vi que estaba llevando el caballo al establo. Ya se había puesto a hablar de hacerse con otro par de mulas; al sentarnos en la mesa le oí decir que la cosa se podía dar por hecha. Le estoy viendo allí abajo, en el establo, escurriéndose como una anguila para pasar al otro lado de aquel torbellino de relumbres y relinchos y meterlo en la cuadra. Le estoy viendo encaramarse al pesebre, y echar en él unas brazadas de heno, y salir de la cuadra para ponerse a buscar una rasqueta, hasta que termina por dar con ella. Le estoy viendo volver después, hurtarse con un rápido esguince a la única, pero demoledora, coz que le suelta la caballería, y ponerse a su costado, donde no le puede alcanzar. Le estoy viendo empuñar la rasqueta, esquivando con la agilidad de un acróbata las patadas de la bestia, y ponerse a cepillarla, mientras le endilga una sarta de improperios dichos entre dientes y acompañados de caricias obscenas. El animal vuelve la cabeza centelleante, enseñando los dientes; sus ojos giran en la oscuridad como unas bolitas que rodaran sobre un trozo de pana de la fina, cuando él le golpea la cara con el revés de la rasqueta.*

ARMSTID

Pero cuando le di otro trago de whisky, mientras terminaba de preparar la cena, daba ya por hecha la compra a crédito del par de mulas a quien fuese. Andaba ya escogiendo y diciendo por qué

tal o cual tronco no le gustaba o las tachas que le encontraba a esta o a la otra caballería, y que no se gastaría ni un chavo en nada que fuese así o asá, aunque fuese una verdadera ganga.

–Podrías tantear a Snopes –dije–. Tiene tres tiros de cuatro bestias. A lo mejor, alguno te conviene.

A lo que se puso a rezongar no sé qué entre dientes, mirándome como si fuera yo el dueño del único tiro de mulas que hubiera en el país y no quisiera vendérselo. Me di cuenta entonces de que si algunas caballerías sacaban de aquí, habrían de ser las mías. Lo que no sabía es qué iban a hacer con ellas, cuando las tuvieran. Littlejohn me había contado que la riada se había llevado dos millas del terraplén que encauza las aguas del Haley, y que para llegar a Jefferson no había más remedio que dar un rodeo por Mottson. Pero eso era cosa de Anse.

–Es un tío demasiado tacaño para meterse en tratos con él –dice Anse, mascullando las palabras.

Pero cuando le di otro trago, después de cenar, se reanimó un tanto. Su intención era volver al granero, para velar a la difunta. Tal vez pensaba que, yéndose allí hasta que llegara el momento de ponerse en marcha, a lo mejor le proporcionaba Papá Noel un par de mulas.

–Pero supongo que terminaré por convencerle –dice–. Nadie deja de ayudar al prójimo al verle en un apuro, a poca sangre de cristiano que lleve en sus venas.

–Ni que decir tiene que podéis disponer de las mías –le dije, no ignorando que sabía perfectamente a qué atenerse sobre el motivo de mis palabras.

–Te lo agradezco, pero a ella le gustará que las que llevemos sean nuestras –dijo, no ignorando que yo sabía perfectamente a qué atenerme sobre el motivo de sus palabras.

Después de cenar, Jewel se fue a Bend a buscar a Peabody. Yo tenía oído que aquel día iba a estar allí, en casa de Varner. Hacia medianoche regresó. Resultó que Peabody se había marchado a no sé qué lugar más allá de Inverness; pero se trajo en cambio al tío Billy, con su cartera de instrumental veterinario. Como él dice, en fin de cuentas, un hombre no difiere mucho de una mula o un caballo, salvo que el caballo o la mula tienen algo más de sentido común.

–Vamos a ver, muchacho. ¿En qué jaleo te has metido esta vez? –dice, mirando a Cash–. Tráigame un colchón, una silla y un vaso de whisky.

Le mandó a Cash que bebiera el whisky, y luego mandó a Anse que se saliera de la habitación.

–Menos mal que es la misma pierna que se partió el verano pasado –rezonga Anse, cariacontecido y parpadeando–. Al fin y al cabo, no deja de ser una suerte.

Doblamos el colchón sobre las piernas de Cash, pusimos encima la silla y nos sentamos en ella Jewel y yo. La chica sostenía la lámpara. El tío Billy, después de echarse a la boca una toma de tabaco, se puso a trabajar. Cash se debatió bastante durante un rato, hasta que, por fin, perdió el sentido. Después se quedó quieto, con la cara perlada de gruesas gotas de sudor, que parecían haberse parado en su carrera, como si esperaran para seguirla hasta que volviera en sí.

Cuando se rehizo, el tío Billy ya había liado sus bártulos, marchándose. El enfermo seguía tratando de decir algo, hasta que la chica se inclinó sobre él y le secó la boca.

–Pregunta por sus herramientas –dijo la hermana.

–Ahí las hemos traído –dijo Darl–. Ya me encargué yo de ellas.

Otra vez trató de hablar; la chica volvió a inclinarse sobre él.

–Que quiere verlas –dijo.

Así que Darl fue a buscarlas, para ponérselas donde pudiera verlas. Se las dejaron al lado de la cama, para que pudiera tocarlas, sacando el brazo cuando se sintiera mejor. A la mañana siguiente cogió Anse el caballo y se fue a Bend, a ver a Snopes. Jewel y él estuvieron un rato hablando en el corral; luego, Anse montó y salió al trote. Yo estoy en que era esta la primera vez que Jewel dejaba a alguien montar aquel caballo, y, hasta que Anse volvió, no paró de dar vueltas por todas partes, con aquel aire huraño y ausente que siempre tenía, mirando el camino como si se sintiera tentado de echar a correr tras de Anse, para quitarle el caballo y traérselo.

A cosa de las nueve empezó a hacer calor. Fue entonces cuando divisé el primer zopilote. Yo estoy en que vinieron por la humedad. Pero, fuese por lo que fuese, el caso es que no se dejaron ver hasta bien entrado el día. Menos mal que la brisa soplaba del lado de la casa, de modo que, hasta bien entrada la mañana, como digo, no aparecieron. Pero en cuanto los vi me dio la sensación de

que ya los había oído lo menos una milla antes de dejarse ver, y de ponerse a dar vueltas y vueltas allá arriba para que todo el mundo supiera qué es lo que tenía en mi granero.

Estaba lo menos a media milla de la casa cuando oí gritar al chico. Pensé que pudiera haber caído al pozo, o algo por el estilo, de modo que arreé el caballo y entré en el patio al galope.

Debía de haber lo menos una docena de zopilotes parados en el caballete del tejado del granero. El chico andaba persiguiendo a uno de ellos por toda la corraliza, como si fuese un pavo; el pajarraco se elevaba solo lo necesario para evitar ser cogido, terminando por subirse otra vez a lo alto del cobertizo, que es precisamente donde, posado sobre el ataúd, lo había encontrado el chico. Para entonces ya hacía calor, porque el viento se había parado, o cambiado, o por lo que fuera. Así que fui a buscar a Jewel, cuando Lula salió.

–Tienes que hacer algo –dijo–. Esto es una vergüenza.

–Es lo que yo me decía –le dije.

–Es una vergüenza –dijo–. Como que debían empapelarle por tratar a su mujer así.

–Él procura enterrarla lo mejor que puede –dije.

Así que, cuando encontré a Jewel, le pregunté si quería coger una de las mulas e irse a Bend a ver si daba con Anse. Pero no contestó ni una palabra. Se limitó a mirarme, con aquellas mandíbulas suyas en que clareaban las líneas donde se marcaban los huesos, y con aquellos ojos tan claros como las mismas mandíbulas. Después salió andando y se puso a llamar a Darl.

–¿Qué es lo que te propones? –le dije.

No contestó. Salió Darl.

–Ven –le dijo Jewel.

–¿Qué vas a hacer? –le dijo Darl.

–Voy a sacar el carro –dice Jewel por encima del hombro.

–No hagas tonterías –dijo–. No ha sido esa mi intención. Tú no podías hacer nada.

Darl estaba indeciso; pero Jewel no daba su brazo a torcer.

–Cierra esa condenada boca –dice.

–Pues en algún sitio tiene que estar –dijo Darl–. Saldremos andando en cuando vuelva padre.

–Entonces, ¿no me vas a ayudar? –dijo Jewel, con aquellos claros ojos suyos que parecían echar chispas, y todo su rostro estremecido como si tuviera fiebre.

–No –dijo Darl–. No me da la gana. Espérate a que vuelva padre.

Así que me quedé en la puerta, viendo cómo empujaba y tiraba del carro. Como el terreno hacía pendiente, hubo un momento en que pensé que su intención era derribar la parte de atrás del cobertizo. Cuando sonó la campana para comer le di una voz; pero ni volvió la cabeza.

–Ven a comer –le dije–. Y avisa al chico.

Pero no contestó, de modo que me fui a comer. Dewey Dell salió a llamar al muchacho, pero volvió sin él. Cuando estábamos a medio comer oímos otra vez los gritos que daba para espantar al zopilote aquel.

–Es una vergüenza –dijo Lula–; una verdadera vergüenza.

–Está haciendo lo que puede –dije–. No ha nacido todavía nadie capaz de cerrar un trato con Snopes en media hora. Se pasarán toda la tarde metidos allí, chalaneando.

–¿Que hace lo que puede? –dice ella–. ¿De verdad? ¡Ya lo creo que ha hecho! ¡Y bastante más de lo que convenía!

Yo también pienso así. La lástima es que cuando empezara a no hacer nada sería precisamente cuando comenzaríamos nosotros a tener que hacerlo. Dejando a Snopes aparte, nadie le cedería el tronco de mulas, a no ser sobre alguna hipoteca, y él no tiene la menor idea de qué es lo que iba a hipotecar. De modo que, cuando volví al campo, eché una mirada a mis mulas, como despidiéndome de ellas por una temporada. Y cuando regresé aquella tarde, después de un día en que el sol no había dejado de pegarle al cobertizo, no las tenía todas conmigo.

Llegó en el caballo justamente en el momento en que salía yo del soportal, donde estaban reunidos todos. Traía un aire verdaderamente chusco: por una parte, más aspecto que nunca de perro azotado; pero, al tiempo, se le veía que se sentía orgulloso. Como si hubiera hecho algo que pensaba que era de mucha sagacidad, pero no estando muy seguro de que los demás opinaran igual.

–Me he hecho con un tronco de mulas –dice.

–¿Se lo compraste a Snopes? –dije.

–Me está pareciendo que no es Snopes el único individuo en este país que sabe hacer negocios –dijo.

–Pues claro –dije yo.

Estaba mirando a Jewel con aquella sonrisa socarrona que se traía; pero Jewel había bajado los escalones del portalón y se dirigía hacia el caballo. Para ver qué tal lo había tratado Anse, a mi entender.

–Jewel –dijo Anse, a lo que Jewel volvió la cabeza–. Ven aquí.

Jewel empezó a andar hacia su padre, pero en seguida se volvió a parar.

–¿Qué quiere usted? –dijo.

–¿De modo que le sacaste las mulas a Snopes? –dije yo–. Entonces, las mandará esta noche, ¿no? Mañana tendréis que madrugar, con eso del rodeo que tenéis que dar por Mottson.

A lo que cambió el aspecto que había tenido durante un rato, volviendo a aquel otro de perro apaleado, que solía de común presentar, mascullando sin cesar.

–Hice todo lo que pude –dijo–. Pongo a Dios por testigo de que ningún hijo de madre ha sufrido en este mundo las pruebas y tribulaciones que yo he tenido que aguantar.

–Pues un tipo capaz de dársela a Snopes en un trato tiene buenas razones para sentirse satisfecho –dije–. ¿En cuánto se las sacaste?

Sin mirarme a la cara, dijo:

–He dado en prenda la desgranadora y la sembradora.

–Pero ¡si no valen ni cuarenta dólares! ¿Adónde piensas que vas a llegar con un tronco que sólo vale cuarenta dólares?

Ahora le contemplaban todos quietos y callados. Jewel, que volvía hacia el caballo, se quedó parado a la mitad de su camino.

–Le di algo más –dijo Anse. Y empezó otra vez a mover las mandíbulas como acostumbraba, en pie, allí en medio, como si esperase que alguien le fuese a golpear y se hubiera hecho ya a la idea de aguantarse.

–¿Qué cosas más? –preguntó Darl.

–Vaya –dije–: llevaos mis mulas y ya me las devolveréis. Ya me las apañaré yo como sea.

–¡Ah! Entonces, ¿era por eso por lo que estaba usted la otra noche hurgando en los bolsillos de Cash? –dijo Darl, con el mismo tono de indiferencia que si lo estuviese leyendo en un periódico, como si se le diese un bledo la cuestión.

Jewel se había acercado al oír aquello y estaba plantado junto al padre, mirándole con aquellos ojos suyos que parecían de mármol.

–Pues el propósito de Cash era comprarse con ese dinero aquel gramófono que hay donde Suratt. Anse estaba allí, rezongando. Jewel le miraba sin pestañear.

–Pero, con todo y con eso, así no ha conseguido usted más que ocho dólares más –dijo Darl, con una voz como si aquello no le fuera ni le viniera, como si todo se le diese un bledo–. Y con eso, tampoco llega para comprar un tronco.

Anse echó a Jewel una mirada a hurtadillas, como si sus ojos resbalasen, y después bajó otra vez la vista al suelo.

–Bien sabe Dios que si hay alguien que... –dijo.

Pero todavía nadie dijo nada. Ninguno le perdía ojo, y él dejaba resbalar la mirada por el suelo hasta los pies de sus hijos, y luego empezaba a trepar a lo largo de las piernas; pero, al llegar a la altura de las rodillas, ya no se atrevía a pasar de ahí.

–... Y el caballo –dice.

–¿Qué caballo? –dijo Jewel.

Anse, parado allí delante, no se atrevía a rebullir.

Si un hombre es incapaz de meter en cintura a sus hijos, que me aspen si es que no debe echarlos de casa, por muy mayores que sean. Y si es incapaz de hacerlo, que me aspen si su obligación no es entonces la de tomar él mismo las de Villadiego. Que me aspen si yo no lo haría así.

–¿Así es que ha tratado usted de hacer un cambalache con mi caballo? –dijo Jewel.

Anse estaba allí como un pasmarote, con los brazos caídos.

–Bien sabe Dios que quince años ha no tengo ni un diente en mi boca –dice–. Bien sabe Dios que durante quince años no he probado los alimentos que proveyó que el hombre comiera para conservar sus fuerzas, y yo me los he pasado ahorrando ochavo a ochavo para que los míos no sufriesen de verme así, para comprarme una dentadura con que masticar la comida que el Señor ha dispuesto para sus criaturas. Pues bueno: este dinero lo he dado. Y he pensado que si yo podía pasarme sin comer, bien podían pasarse mis hijos sin montar a caballo. Bien sabe Dios que así fue.

Jewel estaba plantado con los brazos en jarras, sin dejar de mirar a Anse. Luego vuelve la vista. Volvió la vista hacia los campos, su rostro como una roca, igual que si su padre fuera un extraño que hablara del caballo de otro y él ni siquiera se hubiera dignado escucharle. Después escupió, con mucha parsimonia, soltó un taco, diose media vuelta, se fue hacia el cercado, desató al caballo y saltó a la grupa. Ya estaba piafando la cabalgadura cuando montó y, apenas se vio encima, partieron carretera adelante como una exhalación, como si hubieran llevado la Justicia pegada a los talones. Y se perdieron los dos de vista, cada uno de ellos semejante a un furioso ciclón de mezclados colores.

–Bueno –dijo–. Os lleváis mis mulas –dije.

Pero él no quería llevárselas. Y los demás tampoco querían quedarse. Y por si fuera poco, aquel crío corriendo todo el día a los zopilotes, con el sol que hacía, hasta volverse tan loco como todos los otros.

–Por lo menos, dejad aquí a Cash –dije.

Pero tampoco querían. Hicieron una especie de camilla con unos cuantos cobertores, encima del ataúd, y le echaron en ella, con las herramientas al lado. Enganchamos mis mulas y recorrimos como cosa de media milla por el camino.

–Si hemos molestado –dice Anse–, dilo.

–¿Qué vais a molestar? –dije yo–. Aquí se estará de perlas. Y es un sitio resguardado, además. Ahora volvamos a casa a cenar.

–Te lo agradezco –dijo Anse–. Hemos traído ahí una miseria de nada en ese cesto. Pero ya nos apañaremos.

–¿Dónde lo habéis comprado? –dije.

–Lo hemos traído de casa.

–Pero tiene que estar ya un poco pasado –dije–. Venid y tomad algo caliente.

Pero no quisieron.

–Creo que nos las arreglaremos así –dijo Anse.

De modo que me fui a casa a cenar y luego volví a llevarles un cesto con algo de comida, y traté de nuevo de que volvieran a casa.

–Gracias –dijo–. Creo que nos apañaremos.

Así que los dejé allí, acurrucados, alrededor de una hoguera, esperando Dios sabe qué.

Volví a casa. No paraba de pensar en los que se habían quedado allí y en aquel otro que salió como una centella en el caballo de marras. Yo estaba en que nunca más le volverían a ver. Y que me aspen si encuentro mal, no que se negara a ceder su caballo, sino que dejara plantado a aquel majadero de Anse.

Al menos, eso es lo que pensé en aquel momento. Porque, que me aspen si no hay algo en estos tipos tan memos como Anse que parece obligar a todo el mundo a echarles una mano, aunque un momento después se esté tirando uno de los pelos por haberlo hecho. Pues a la mañana siguiente, como cosa de media hora después del desayuno, llegó Eustace Grimm, el que trabaja donde Snopes, con un tronco de mulas, en busca de Anse.

–Nunca creí que Anse y él se hubieran podido arreglar –dije.

–Ya lo creo –dijo Eustace–. Lo único que les importaba de verdad a los dos era el caballo. Como le dije a mister Snopes, estaba dando su tronco por cincuenta dólares, porque si su tío Flem no hubiera soltado sus caballos téjanos cuando los tenía, jamás hubiera...

–¿El caballo? –dije yo–. Pero si lo cogió anoche el chico de Anse y salió con él de estampía, y hoy tiene que estar lo menos a la mitad del camino de Tejas, y Anse...

—Pues yo no sé quién lo habrá llevado —dijo Eustace—. Yo no he visto a nadie. Pero el caso es que, cuando bajé esta mañana a echar el pienso a las bestias, me lo encontré en la cuadra, y se lo dije al señor Snopes, y el señor Snopes me mandó que viniera a traer las mulas.

Bueno, a ese no le vuelven a echar la vista encima, con toda seguridad. A lo mejor, cuando lleguen las Navidades, reciben una postal suya desde Tejas. Y si no es de él, será mía, en su nombre. ¿Qué menos puedo hacer, con lo obligado que le estoy? Que me aspen si Anse no tiene algo que hechiza a la gente. Que me aspen si no echa mal de ojo.

VARDAMAN

Ahora son siete los que hay, formando un redondelito negro, allá arriba.

—Fíjate, Darl —le digo—; ¿no los ves? Levanta la vista.

Contemplamos los circulitos negros e inmóviles que forman en lo alto.

—Ayer no eran más que cuatro —digo.

En el granero había más.

—¿Sabes lo que haré cuando trate de posarse otra vez en el carro? —digo.

—¿Qué vas a hacer? —dice Darl.

—Pues no dejarlo que se pose donde madre —digo—. Y no dejarlo tampoco que se acerque a Cash. Cash está enfermo. Enfermo, encima de la caja. Pero mi madre es un pez.

—Tenemos que comprar alguna medicina en Mottson —dice padre—. No tenemos más remedio.

—¿Cómo te encuentras, Cash? —dice Darl.

—Ahora no me duele nada —dice Cash.

—¿Quieres que te alce un poco? —dice Darl.

Cash tiene una pierna rota. Ya son dos las veces que se ha roto una pierna. Está echado sobre la caja, con la cabeza apoyada en un cobertor enrollado y la rodilla sujeta con una tabla.

—Creo que debíamos haberle dejado en casa de Armstid —dice padre.

Yo no tengo rota una pierna, ni padre tampoco, ni Darl tampoco. «Es el traqueteo —dice Cash—. A cada sacudida parece que molesta algo; pero la cosa no va mal.» *Jewel se ha largado. Se fue con su caballo, a la hora de cenar.*

—Lo hice porque ella nunca quiso que tuviéramos que agradecerle nada a nadie —dice padre—. Bien sabe Dios que hice lo que pueda hacer el que más.

—Oye, Darl, ¿es que la madre de Jewel es un caballo? —he preguntado.

—A lo mejor convendría que te apretara un poco más las cuerdas —dice Darl—. *Y por eso es por lo que Jewel y yo estuvimos en el granero y ella en el carro, porque el caballo vive en la cuadra y yo tenía que estar siempre espantando al zopilote, para que no...*

—Si a ti te parece... —dice Cash—. Y Dewey Dell tampoco tiene una pierna rota, ni yo tampoco. Cash es hermano mío.

Nos paramos. Al aflojar las cuerdas Darl, Cash empieza otra vez a sudar. Y le rechinan los dientes.

—¿Te hago daño? —dice Darl.

—Me parece que será mejor que vuelvas a poner la tablilla —dice Cash.

Darl ata de nuevo la cuerda, apretando de firme. Cash rechina los dientes.

—¿Te hago daño? —dice Darl.

—No es nada —dice Cash.

—¿Quieres que padre lleve el carro más despacio? —dice Darl.

—No —dice Cash—. No podemos andar perdiendo el tiempo. No es nada.

—Tenemos que comprar alguna medicina en Mottson —dice padre—. Creo que no hay más remedio.

—Dile que siga —dice Cash.

Echamos a andar otra vez. Dewey Dell se vuelve y le enjuga la cara a Cash. Cash es hermano mío. *Pero la madre de Jewel es un caballo. Mi madre es un pez. Darl dice que, cuando volvamos al río, a lo mejor la veo dentro del agua, y Dewey Dell dice que está metida en la caja. ¿Cómo habrá podido, entonces, salir? Habrá salido por los agujeros que yo hice en la madera y se habrá metido*

en el agua; así que, cuando volvamos al río, voy a verla otra vez. Mi madre no está dentro de la caja. Mi madre no huele así. Mi madre es un pez.

–¡Buenas van a estar las tortas cuando llegemos a Jefferson! –dice Darl.

Dewey Dell se hace la desentendida.

–Será mejor que procures venderlas en Mottson –dice Darl.

–¿Y cuándo llegaremos a Mottson, Darl? –digo yo.

–Mañana –dice Darl–. Bueno, si no revientan las bestias, con este trote cochinerero que llevan. Yo creo que Snopes no las ha dado de comer más que serrín.

–¿Y por qué les ha dado de comer serrín, Darl? –le digo.

–Fíjate –dice Darl–: ¿no ves allá arriba?

–Ahora son diez los que hay. ¡Y qué altos! Parecen un redondelito negro.

Al llegar donde empieza el repecho, padre detiene el carro, y Darl, Dewey Dell y yo nos apeamos. Cash no puede ir a pie, porque tiene una pierna rota. «¡Arre, mula!», dice padre. Las mulas tiran con todas sus fuerzas; el carro cruje. Darl y Dewey Dell y yo vamos andando detrás del carro, cuesta arriba. Cuando llegamos al lomo de la cuesta, padre para el carro y montamos otra vez en él.

Ahora son diez los que hay. ¡Y qué altos! Parecen un redondelito negro en el cielo.

MOSELEY

Al levantar casualmente la vista acerté a verla por el escaparate, mirando hacia adentro. No se encontraba cerca de la luna, ni se fijaba tampoco en nada concreto, sino que estaba plantada allí fuera, con la cabeza vuelta hacia aquí, comiéndoseme con los ojos y un poco turbada, como si esperara que le hiciera alguna señal. Cuando levanté otra vez la vista, se encaminaba ya hacia la puerta, mosconeando delante de la mampara, sin decidirse a entrar, como les ocurre a todos. Llevaba puesto, casi en la coronilla, un sombrero de paja, con el ala muy tiesa; bajo el brazo, un paquete envuelto en papel de periódicos. Calculé que sólo tendría veinticinco centavos, o, a todo tirar, un dólar, y que, después de pensarlo mucho, terminaría por comprar un peine de los baratos, o un frasco de agua de colonia de esa que sólo gastan los negros. De modo que, durante un minuto o así, no me ocupé de ella, salvo para advertir que era muy bonita, con una belleza como entre adusta y desgarbada, y que estaba mucho más guapa con aquel vestido de percal que traía y con su cutis natural, que podría estarlo en cuanto tratase de arreglarse con cualquier cosa que por fin se decidiera a comprar. O a decir qué es lo que quería, porque yo sabía perfectamente que lo traía ya pensado desde antes de entrar. Pero hay que dejarlas que tomen el tiempo necesario. Así que seguí con lo que estaba haciendo, con la idea de mandar a Alberto que la atendiera cuando se pusiera al mostrador. Pero Alberto vino, y me dijo:

–Oiga: ¿no será mejor que vea usted mismo qué es lo que quiere esta mujer?

–Pues ¿qué quiere? –le dije.

–¡Yo qué sé! No puedo sacarle ni una palabra del cuerpo. Será mejor que la despache usted.

Así que salí al mostrador. Vi entonces que iba descalza y que se sentía tan a gusto sobre sus pies desnudos como si estuviera muy acostumbrada a andar así. No paraba de mirarme con fijeza, y apretaba contra su cuerpo el paquete que traía. Advertí que tenía el par de ojos más negros que jamás me hubiera echado a la cara, y que era forastera. No recordaba haberla visto nunca por Mottson.

–¿En qué puedo servirla? –le dije.

Pero siguió sin abrir la boca, mirándome sin pestañear. Después volvió la vista hacia la gente que estaba bebiendo junto al mostrador. Y luego, hacia el fondo de la tienda, que quedaba a mi espalda.

–¿Desea algún artículo de tocador? –dije–. ¿O quiere usted algún medicamento?

–Eso es –dijo.

Y de nuevo volvió rápidamente la cabeza para ver a los que bebían junto al mostrador. Así es que pensé que acaso la hubiera mandado entrar su madre o cualquier otra persona, para que le comprase unos de esos estupefacientes que usan las mujeres, y que le daba vergüenza pedirlo. A mi no me cabía la menor duda de que, con un aspecto tan lozano como el suyo, era imposible que

estuviese habituada a tales drogas, aparte de que, con lo joven que era, difícilmente podía tener idea de la finalidad con que se usan. Es una verdadera vergüenza cómo se envenenan las mujeres con esas porquerías. Pero uno no tiene más remedio que tenerlas a la venta, o renunciar a ser comerciante en este país.

—¡Ah, vamos! ¿Cuál acostumbra usted usar? Puedo servirle...

Volvió a mirarme con un gesto casi como de que me callara, y luego fijó una vez más su vista en la parte del fondo del establecimiento.

—Preferiría que habláramos allí —dijo.

—No hay inconveniente —dije yo.

A estas hay que seguirles la corriente; se pierde menos tiempo. De modo que la acompañé hasta la trastienda. Llegados allí, puso la mano en el picaporte de la puerta trasera.

—Ahí detrás ya no hay nada más que el anaquel de las recetas —le dije—. ¿Qué es lo que quiere?

Se quedó parada, mirándome. Era como si se hubiese quitado una especie de velo de la cara, de los ojos. Sí, de los ojos; unos ojos como espantados, esperanzados y deseosos en el fondo de que se frustraran sus esperanzas, todo al mismo tiempo. De lo que no había duda es de que se encontraba en un apuro, fuera el que fuera: eso saltaba a la vista.

—¿Qué es lo que ocurre? —dije—. Suelte ya de una vez qué es lo que quiere. Yo tengo mucho que hacer.

No es que quisiera meterle prisa; pero un hombre no puede permitirse el lujo de desperdiciar el tiempo como ellas.

—Es que estoy con el período —dijo.

—¡Ah, vamos! —dije—. ¿Sólo era eso?

Pensé que, a lo mejor, tenía menos edad de lo que parecía, y que al llegar la primera regla se había asustado, o que, acaso, se le hubiese presentado con alguna pequeña anormalidad, como con frecuencia les ocurre a las jóvenes.

—¿Dónde está su madre? —dije—. ¿O es que no tiene usted madre?

—Está allí, en aquel carro —respondió.

—¿Por qué no habla usted con ella antes de tomar ninguna medicina? —le dije—. O con cualquier otra mujer —me miró, y yo la miré a mi vez—. Vamos a ver: ¿qué edad tiene usted?

—Diecisiete —contestó.

—¡Ah! —le dije—. Yo pensé que tendría unos...

Ella no cesaba de observarme. Pero es que todas ellas tienen el mismo aspecto de carecer de edad, y, a pesar de ello, saberse todo lo que se puede saber en el mundo.

—Vamos a ver: a usted, ¿el período se le adelanta o se le retrasa?

Dejó de mirarme a la cara, pero no se movió.

—Pues sí. Me parece que sí. Eso es —titubeó.

—Pero, bueno, ¿cuál de las dos cosas? —le dije—. ¿O es que no sabe usted?

Es un verdadero crimen y una vergüenza; pero después de todo alguien tiene que venderles esas cosas. Estaba allí plantada, delante de mí, mas sin mirarme.

—Entonces, ¿lo que quiere usted es algo para detenerlo? —le pregunté—. ¿Es eso lo que desea?

—No —contestó—. Lo que pasa es que se me ha retirado.

—Bueno, entonces... —había bajado un poco la cabeza y no rechistaba, como suelen hacer siempre que hablan con un hombre, de forma que nunca sepa este dónde van a descargar el próximo rayo—. Entonces es que no está usted casada, ¿no es así?

—No lo estoy.

—¡Ah! ¿Y cuánto hace que se le retiró? ¿Unos cinco meses, a lo mejor?

—Nada más que dos —dijo la muchacha.

—Pues en mi tienda no tengo nada de lo que quiere comprar —le dije—, salvo que sea un chupete. Y lo que le aconsejo es que compre uno, que vuelva a casa y que le diga & su papá, si lo tiene, que mande a alguien sacar una partida de matrimonio. ¿Algo más?

Pero ella seguía plantada allí, sin alzar la vista.

—Tengo para pagarle —me dijo.

—¿Es de usted el dinero, o es que el interfecto ha sido lo bastante hombre para dárselo?

—Fue él quien me lo dio. Diez dólares. Dijo que con eso habría bastante.

—Oiga usted: en esta casa no bastaría con mil dólares ni más ni menos que con diez centavos —le dije—. Siga mi consejo: váyase a casa y cuéntelo a su padre, a sus hermanos o al primero que se tropiece por el camino.

Pero ni se movió.

—Lafe me ha dicho que en la farmacia me lo darían, y que ni él ni yo contaremos a nadie que ha sido usted el que nos lo ha vendido.

—Pues no sabe usted lo que me habría gustado que hubiera sido su adorado Lafe quien hubiese venido a buscarlo. ¡Menuda satisfacción! Y eso que no sé: tal vez entonces hubiese sentido algo más de respeto por él. Conque puede usted volver a decírselo, a no ser que esté ya a medio camino de Tejas, lo que no me extrañaría nada. ¡Venirme a mí con esas! ¡A mí, a un respetable boticario establecido, que ha creado una familia y que no ha dejado de cumplir puntualmente sus deberes religiosos como feligrés de esta parroquia durante cincuenta y seis años! Me están dando ganas de ir y contárselo todo a sus padres, si soy capaz de dar con su paradero.

Ahora sí que volvió a quedarse mirándome, otra vez con aquellos ojos y con aquel rostro lleno de turbación con que la vi la primera vez al otro lado del escaparate.

—Yo no sabía —dijo—. Él me dijo que en la botica me darían algo. Me dijo que a lo mejor no querrían vendérmelo, pero que con los diez dólares, y asegurando que no se lo contaría a nadie...

—No ha podido referirse nunca a esta botica en concreto —le atajé—. Si lo hizo o si mencionó mi nombre, le desafío a probarlo. Le desafío a hacerlo bueno, o a atenerse a todas las responsabilidades legales que sus palabras le puedan deparar; puede usted decírselo.

—¿Y no habrá otra botica en que quieran dármele? —preguntó.

—Eso me tiene sin cuidado. Por otra parte, solo puedo decirle que...

Me quedé mirándola. Pero ¡qué dura es la vida que estas gentes llevan! A lo mejor, llega un hombre y... Admitiendo que pudiera haber —que no la hay en absoluto— excusa para el pecado. Aparte de que la vida no está hecha para que les resulte un camino de rosas precisamente.

¿A santo de qué el ser buenos hasta que les llegue la hora de morir?

—Mire —le dije—: quítese esa idea de la cabeza. Es el Señor quien le ha dado todo lo que tiene, incluso aunque se haya servido del demonio para hacerlo. Deje usted que marche todo de acuerdo con su divina voluntad. Así que vuelve junto a Lafe, cogen los diez dólares y se casan con ellos.

—Lafe me dijo que en la botica me darían algo —dijo.

—Pues vaya y que se lo den —contesté—. Porque lo que es aquí, ni por pienso.

Salió con su paquete de la tienda, arrastrando ligeramente los pies. Volvió a mosconear un poco ante la puerta, como cuando entró, y por fin salió. A través de la mampara la vi alejarse calle abajo.

Fue Alberto quien me contó el resto de la historieta. Me dijo que el carro había parado delante de la quincallería de Grummet, y que las señoras salieron huyendo en todas direcciones, llevándose el pañuelo a las narices, mientras un nutrido grupo de hombres y de muchachos, de olfato menos sensible, se iba agolpando en torno al carro, para escuchar la discusión que su conductor tenía con el alguacil. Se trataba de un hombre alto y desgarbado, que aseguraba que, como aquello era la vía pública, tenía tanto derecho como el que más a estarse allí, a lo que el alguacil le requería a que se fuese; y la gente no podía resistir el olor del cadáver. «Debía de llevar lo menos ocho días muerta», me dijo Alberto. Aquellas gentes procedían de no sé qué lugarejo en el distrito de Yoknapatawpha. Y pretendían llegar con su fúnebre carga hasta Jefferson. Venía a ser como un pedazo de queso podrido que hubiera ido a caer en un hormiguero, y Alberto me dijo que el carro estaba tan desvencijado, que toda la gente temía que se hiciera trizas antes de salir de la ciudad, con aquel ataúd de fabricación casera, con aquel tipo que llevaba una pierna rota, tumbado en una yacija sobre el féretro, con el padre y aquel crío sentados al pescante; y, a todo esto, el alguacil tratando de que se marcharan pronto de allí.

—Estamos en la vía pública —dice el hombre—. No sé por qué no vamos a poder pararnos a comprar lo que necesitamos como cualquier otra persona de bien. Tenemos dinero para pagar, y no hay ninguna ley, que yo sepa, que le impida a nadie gastarse su dinero donde le plazca.

Habían parado para comprar un poco de cemento. El otro hijo había entrado en la tienda de Grummet, al que estaba tratando de convencer de que abriera un saco para despacharle diez centavos de cemento, hasta que Grummet accedió, para quitárselo de encima. El cemento lo querían para sujetar no sé cómo la pierna de aquel tipo que se la había roto.

–Pero, hombre, ¡le van ustedes a matar! –decía el alguacil–. Van a dar lugar a que pierda la pierna. Lo mejor es que le cojan y le lleven a un médico, y que entierren eso otro lo antes posible. ¿Ignoran ustedes que se exponen a que los meta en la cárcel, por atentar contra la salud pública?

–Nosotros hacemos todo lo que podemos –dijo el padre.

Después contó una larga historia de que habían tenido que aguardar a que regresara el carro, y que el puente se lo había llevado la riada, y que habían tenido que remontar ocho millas para pasar por otro, y que éste también se lo habían llevado las aguas, y que, por fin, decidieron meterse en el vado, y que las mulas se les ahogaron, y que hubieron de buscar otro tiro, y que se encontraron con que el camino estaba inundado, y que se vieron precisados a dar un gran rodeo, nada menos que por Mottson...

En esto llegó el que había ido por el cemento, y le dijo que cerrara el pico.

–Salimos andando dentro de un momento –dijo al alguacil.

–No hemos querido molestar a nadie –dijo el padre.

–Lleven a ese individuo a un médico –dijo el alguacil al del cemento.

–Está perfectamente –contestó éste.

–No es que tengamos mal corazón –dijo el alguacil–; pero ya se dará usted cuenta de la situación.

–Claro que me la doy –dijo el otro–. Saldremos en cuanto regrese Dewey Dell. Se ha ido a entregar un paquete.

Así que se estuvieron allí, rodeados a prudente distancia de la gente, que se tapaba las narices con los pañuelos, hasta que, al poco tiempo, volvió la muchacha, con su paquete envuelto en un papel de periódico.

–Monta –dijo el del cemento–. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Así que subieron todos al carro y se pusieron en marcha. Y cuando me senté a la mesa para cenar parecía que aún se percibía aquel olor. De modo que, cuando al día siguiente me encontré al alguacil, le dije, después de sonarme:

–¿No crees que todavía dura el olor?

–A estas horas deben de estar ya en Jefferson –me contestó.

–O en la cárcel. Menos mal que, gracias a Dios, no es en la de aquí.

–Eso no tiene vuelta de hoja –dijo.

DARL

–Este sitio viene que ni a pedir de boca –dice padre.

Arrea las mulas y, remontando el repecho, las detiene para mirar a su gusto la casa.

–Por esta parte tiene que haber agua.

–Pues muy bien –digo–. Pero tendrás que ir allí a que te presten un cubo, Dewey Dell.

–Bien sabe Dios que no quisiera molestar a nadie –dice padre–. Bien lo sabe Dios.

–Si ves por ahí una lata de buen tamaño, también puede valer –digo.

¡Hay que ver cómo se desflecan nuestras vidas en la quietud, en el silencio; cómo se deshilachan esos gestos de hastío que, una y otra vez, vuelven a nosotros, con su tedio de siempre! Ecos de viejos acordes, que se dijera arrancados por unos brazos sin manos a unos instrumentos sin cuerdas. Al ponerse el sol adoptamos aptitudes furiosas, gestos muertos de marionetas. Cash se ha roto una pierna y el aserrín va cayendo. Es Cash quien se está desangrando hasta morir.

–No quisiera molestar a nadie –dice padre–. Bien lo sabe Dios.

–Entonces vaya usted mismo a buscar agua –digo–. En el sombrero de Cash la podemos traer.

Cuando vuelve Dewey Dell, viene acompañada por un hombre. Luego se para, mientras ella se adelanta hacia nosotros; se queda un rato quieto y se vuelve después a la casa, para contemplarnos desde el cobertizo.

–Será mejor que no le andemos bajando –dice padre–. Aquí mismo le apañaremos.

–¿Quieres que te bajemos, Cash? –le preguntó.

–¿No llegaremos mañana a Jefferson? –dice, mirándonos con sus ojos interrogantes y vivos, pero llenos de tristeza–. Yo puedo aguantar perfectamente hasta entonces.

–Verás cómo te alivia –dice padre–. Evitará que te rocen los huesos en la carne.

–Puedo aguantar perfectamente –dice Cash–. No perdamos tiempo con otra parada.

–Pero si ya hemos comprado el cemento... –dice padre.

–Puedo aguantar muy bien –dice Cash–. Ya sólo es cuestión de un día más. De modo que ni hablar del asunto.

Nos está mirando, con esos grandes ojos interrogantes que le llenan su enjuta cara gris. «Esto se arregla solo», dice.

–¿Ahora que lo hemos comprado? –dice padre.

Me pongo a mezclar cemento en la lata, removiendo la pasta que forma al añadirle el agua, de modo que dibuja unas espesas espirales de color verde pálido. Llevo la lata junto al carro, donde Cash me pueda ver cómo hago la mezcla. Está echado de espaldas, de modo que su delgado perfil se recorta, como una silueta ascética y profunda, contra el cielo.

–¿Te parece que está bien así?

–No le echés demasiado agua, porque fraguará mal –me contesta.

–Entonces, ¿es que le he echado de más?

–Tal vez conviniera añadir un poco de arena –dice–. Pero no merece la pena. Total, es un día más. Y no me duele nada.

Vardaman retrocede, camino abajo, hasta donde cruzamos el arroyo, y vuelve con algo de arena, que echa poco a poco en la mezcla. Yo vuelvo otra vez junto al carro.

–¿Está ahora bien?

–Sí –dice Cash–. Pero podía haber aguantado perfectamente. No me molesta nada.

Le aflojamos las tablillas y vamos vertiendo el cemento sobre la pierna, muy despacio.

–Tened cuidado –dice Cash–; procurad que no caiga nada sobre la caja, si podéis.

–Bueno –le digo.

Dewey Dell arranca un trozo de papel del envoltorio y va limpiando las gotas de cemento que se escurren por la pierna de Cash a lo largo del ataúd.

–¿Qué tal te sienta?

–Me consuela mucho –dice Cash–. ¡Está tan fresquito! Me consuela mucho.

–Pues si te alivia –dice padre–, tengo que pedirte perdón porque no se me haya ocurrido antes. Claro que tú tampoco pensaste en ello.

–Me consuela mucho –dice Cash.

¡Ojalá pudiera desflecarse uno en el tiempo! ¡Qué agradable sería! ¡Qué agradable sería deshacerse uno, como en hilachas, en el tiempo!

Volvemos a entablillar la pierna, apretando bien las cuerdas, y el cemento, en espesos grumos de un color verde pálido, rebosa por las juntas; mientras, Cash no deja de contemplarnos calladamente, con esa profunda e interrogante mirada suya.

–Así no se moverá –le digo.

–Claro que no –dice Cash–. Muchas gracias.

Es en este momento cuando, al volver todos los del carro la cabeza, le divisamos. Viene subiendo la cuesta, tras de nosotros, con su espalda de madera, con su rostro de madera, como si sólo de cintura para abajo tuviera movimiento. Se acerca sin pronunciar palabra, con sus claros ojos rígidos, como clavados en la larga cara sombría, y se sube en el carro.

–Otro repecho –dice padre–. Me parece que vais a tener que apearnos y subir andando.

VARDAMAN

Darl, y Jewel, y Dewey Dell y yo vamos a pie, cuesta arriba, detrás del carro. Jewel ha vuelto. Subió por la carretera y montó en el carro. Venía andando. Tampoco Jewel tiene ya su caballo.

Jewel es hermano mío; Cash también lo es. Cash tiene una pierna rota. Se la sujetamos para que no le doliese. Cash es hermano mío. Jewel también lo es, pero no se ha roto la pierna.

Ahora son cinco los que hay, formando un redondelito negro, allá arriba.

—¿Dónde pasan la noche, Darl? —le digo—. ¿Dónde se meten cuando nos paramos en algún granero para pasar la noche?

La cuesta sube hasta fundirse en el cielo. Después sale el sol por detrás, y las mulas, y padre, y el carro caminan hacia el sol. No se les puede mirar cuando marchan paso a paso hacia el sol. En Jefferson hay un tren de juguete, todo rojo, que da vueltas y vueltas en un escaparate. La vía reluce dando vueltas y vueltas. Eso es lo que cuenta Dewey Dell.

Esta noche voy a ver dónde se meten mientras estamos en el granero.

DARL

—Oye, Jewel —le preguntó—: ¿de quién eres hijo?

Como la brisa soplabla de la parte del granero, la pusimos bajo el manzano, de modo que la luna pueda recortar su ramaje sobre los largos tableros adormecidos, entre los cuales suelta ella de cuando en cuando esos secretillos suyos, escapados como burbujas, que forman un borboteo susurrante. Me llevé a Vardaman para que los escuchara también. Cuando llegamos, el gato saltó desde lo alto de la caja, huyendo a la sombra con su garra de plata, con su ojo de plata.

—Tu madre era un caballo; pero ¿quién era tu padre, Jewel?

—¡Habrás visto el condenado embustero, hijo de la gran zorra!

—No me llames eso —le digo.

—¡Condenado embustero, hijo de la gran zorra!

—No me llames eso, Jewel.

A la luz de la luna, sus ojos parecían dos trozos de papel blanco, pegados en un balón de fútbol que estuviera muy alto.

Después de la cena, Cash empezó a sudar.

—Comienzo a sentir un poco de calor en la herida —dijo—. Debe de ser de haberla estado dando el sol todo el día, creo yo.

—¿Quieres que le echemos un poco de agua encima? —le dijimos—. A lo mejor, te sirve de alivio.

—Os lo agradecería —dice Cash—. Debe de ser de lo que le ha dado el sol, creo yo. Se me debiera haber ocurrido llevarla tapada.

—Somos nosotros los que debiéramos haberlo pensado —le dijimos—. A ti, ¿cómo se te había de ocurrir?

—Es que no me he dado ni cuenta de que se iba inflamando —dijo Cash—. Debiera haberseme ocurrido.

Así que le echamos agua en la herida. El pie y la parte de la pierna que se le veía por debajo de donde estaba el cemento parecía como si se los hubiera cocido.

—¿Te alivia? —le preguntamos.

—Muchas gracias —dijo Cash—. Me consuela mucho.

Dewey Dell le seca la cara con el borde del vestido.

—Mira a ver si puedes echar un sueñecito —le decimos.

—Lo intentaré —dice Cash—. Muchas gracias. Me siento ahora mucho mejor.

Oye, Jewel: ¿quién fue tu padre, Jewel?

¡Condenado crío! ¡Condenado crío!

VARDAMAN

Ella estaba bajo el manzano, y Darl y yo atravesamos la luna, y el gato salta al suelo y sale de estampía. Podemos oírla dentro de su caja.

—¿No oyes? —dice Darl—. Pega la oreja a las tablas.

Me acerco a escuchar, y la oigo. Sólo que no puedo comprender qué está diciendo.

—¿Qué es lo que dice, Darl? —pregunto—. ¿A quién está hablando?

–Está hablando con Dios –dice Darl–. Le está llamando en su ayuda.
 –¿Para qué quiere que le ayude? –le digo.
 –Porque quiere que la esconda a la mirada de los hombres –va y dice Darl.
 –¿Y por qué quiere que la esconda a la mirada de los hombres, Darl?
 –Para poder desprenderse de su vida –me dice Darl.
 –¿Y por qué quiere desprenderse de su vida, Darl?
 –Escucha –me dice Darl. (Los dos la oímos. La oímos cómo se da la vuelta sobre el costado.)
 –Escucha –va y dice Darl.
 –Se ha dado la vuelta –le digo–. Me está mirando a través de la madera.
 –Es verdad –dice Darl.
 –¿Cómo puede ver a través de la madera, Darl?
 –Ven –dice Darl–. Debemos dejarla que descansa. Ven.
 –Pues no puede ver nada de aquí fuera, porque los agujeros están en la tapa –voy y le digo–.

¿Cómo puede ver, Darl?

–Vamos a ver cómo anda Cash –dice Darl.

Y yo he visto una cosa que Dewey Dell me ha dicho que no se la contara a nadie.

La pierna de Cash no marcha bien. Esta tarde se la entablillamos, pero ahora vuelve a tenerla mala. Está acostado en su cama. Le echamos un poco de agua en la pierna y se siente mejor.

–Me consuela mucho –dice Cash–. No sabéis lo que os lo agradezco.

–Procura dormirte un poco –le decimos.

–Me consuela mucho –dice Cash–. No sabéis lo que os lo agradezco.

Y yo he visto una cosa que Dewey Dell me ha dicho que no se la contara a nadie. No se refiere a padre, ni a Cash, ni a Jewel, ni a Dewey Dell, ni a mí.

Dewey Dell y yo nos vamos a dormir al jergón que nos han puesto bajo el cobertizo de atrás, desde donde podemos ver el granero, y la luna da sobre la mitad del cobertizo, así que estaremos la mitad de blanco y la mitad de negro, con la luz de la luna sobre las piernas. Y después iré a ver dónde se posan por la noche, cuando estamos en el granero. No es que hoy estemos dentro del granero, pero puedo ver el granero; de modo que iré a ver dónde se posan por la noche.

Estamos tumbados sobre el jergón, con las piernas a la luz de la luna.

–Fíjate –voy y le digo–: mis piernas parecen negras. Y las tuyas, también.

–Anda, duérmete ya –dice Dewey Dell.

Todavía queda mucho para llegar a Jefferson.

–Oye, Dewey Dell: ¿cómo es posible que esté allí, si todavía no ha llegado Navidad?

Da vueltas y vueltas sobre los carriles relucientes. Y los carriles relucen dando vueltas y vueltas.

–¿Que esté allí el qué?

–Aquel tren que me dijiste. El del escaparate.

–Vamos, duérmete. Mañana podrás ver si está.

A lo mejor. Papá Noel no sabe que hay chicos en la ciudad.

–Oye, Dewey Dell...

–Anda, duerme. No consentiré que sea para ninguno de los niños de la ciudad.

Estaba en el escaparate, todo rojo, sobre sus carriles, que brillaban dando vueltas y más vueltas. Mi corazón desfallecía de dolor. Pero entonces salen padre, y Jewel, y Darl, y el mozo del señor Gillespie. Las piernas del mozo del señor Gillespie sobresalen de su camión de dormir. Cuando se mete donde da la luna, se ve lo velludas que son. Rodeando la casa se dirigen todos hacia el manzano.

–¿Qué es lo que van a hacer, Dewey Dell?

Han dado la vuelta a la casa para llegarse hasta el manzano.

–Yo noto cómo huele –digo–. ¿No lo notas tú también?

–Calla –dice Dewey Dell–. Será que ha cambiado el viento. Duérmete, anda.

Así es que, dentro de poco, voy a saber por fin dónde se posan por la noche.

Rodean la casa, atravesando el patio a la luz de la luna, llevándola a hombros entre los cuatro. Al llegar al granero la bajan a tierra, mientras la luna brilla, lisa y callada, sobre ella. Después se

vuelven y se meten otra vez en la casa. Cuando estaban a la luz de la luna se veía lo velludas que eran las piernas del mozo del señor Gillespie. Después he esperado un poco, y he dicho: «¿Me oyes, Dewey Dell?» Y luego he esperado otro poco y he ido a ver dónde se posan por la noche, y he visto una cosa que Dewey Dell me ha dicho que no se la cuente a nadie.

DARL

Parece como si, al emerger del vano sombrío de la puerta, fuera una materialización de la oscuridad del umbral. Al entrar donde empieza la claridad, su cuerpo, a medio vestir, es esbelto como el de un pura sangre. Salta a tierra con una expresión de furiosa incredulidad en su rostro. Me ha visto sin volver siquiera la cabeza ni los ojos, en los que la claridad enciende como dos pequeñas antorchas.

–Ven aquí –me dice, al tiempo que desciende a saltos por la pendiente que conduce al granero.

Todavía corre por un momento, como una exhalación de plata a la luz de la luna, y luego salta afuera, como una plana figura recortada en hojalata sobre el fondo que compone la explosión repentina y silenciosa, al prenderse fuego, como si hubiese estado atascado de pólvora, todo el sobrado de una vez. Cobra relieve la parte delantera del granero, esa fachada cónica en la que el cuadrado orificio de la puerta se ve sólo interrumpido por la cuadrada y achatada silueta del ataúd, el cual, sobre los caballetes en que descansa, parece en la noche un monstruoso escarabajo cubista. Por detrás de mí, padre y Gillespie y Mack y Dewey Dell y Vardaman salen de la casa.

Se detiene junto al ataúd, se inclina sobre él, sin dejar de mirarme con una expresión de frenesí. Por encima de nuestras cabezas, las llamas retumban como truenos; una bocanada de aire helado nos alcanza. Todavía no le ha dado tiempo a calentarse un poco, cuando un puñado de granzas se eleva de pronto en el aire, y sale disparado, como absorbido por la corriente, hacia la cuadra; la cuadra, donde un caballo relincha aterrorizado.

–¡De prisa! –digo–. ¡Los caballos!

Aún me mira un momento más; luego alza la vista a la techumbre, y, por último, da un salto hacia la cuadra donde el caballo relincha. La bestia aúlla y cocea, y el retumbar de sus coces sube, como aspirado hacia arriba, a mezclarse con el estrépito del incendio. Se diría un tren interminable que resonara sobre un puente infinito... Gillespie y Mack pasan por mi lado, en sus ondulantes camiones de dormir, que les llegan a las rodillas, dando gritos. Sus alaridos resultan agudos e insignificantes y, al propio tiempo, salvajes y tristes. «...La vaca..., la cuadra...» El camisón de Gillespie se le sube con la prisa de la carrera, hinchándose como un globo alrededor de los velludos muslos.

La puerta de la cuadra se ha cerrado de golpe. Jewel la hace saltar de un empujón con la cadera, y aparece con la espalda arqueada, los músculos tan tensos, que modelan la tela de la camisa, al sacar a rastras al caballo, agarrándolo de la cabeza. En el deslumbrante resplandor, los ojos del animal giran con un fuego dulce y repentino, bravío, opalescente; sus músculos se agarrotan, su piel se estremece, cuando vuelve la cabeza, enloquecido, en todas direcciones, levantando a Jewel materialmente del suelo. Jewel tira de él, arrastrándolo poco a poco, en un esfuerzo que pone los pelos de punta. Una vez más me echa por encima del hombro una mirada llena de rabia. A pesar de que ya están fuera del granero, el caballo sigue resistiéndose, tratando de recular hacia la puerta, hasta que Gillespie, el cual pasa en cueros vivos junto a mí, porque se ha quitado el camisón para tapar la cabeza a una de las mulas, consigue, a fuerza de palos, separar al caballo de la puerta del granero.

Jewel vuelve a todo correr. Otra vez contempla el ataúd, pero de pasada. «¿Dónde anda la vaca?», exclama al pasar junto a mí. Salgo corriendo detrás de él. En la cuadra, Mack está forcejeando con la otra mula. Cuando la cabeza de la bestia entra donde hay luz, puedo observar que también sus ojos giran frenéticos; pero no hace ningún ruido. Está allí muy plantada, sin perder de vista a Mack, al que observa por encima del lomo, atenta a volver la grupa hacia él en cuanto intenta acercársele. Mack vuelve la cabeza cuando entramos, y en su rostro salpicado de pecas, que se dijieran un puñado de guisantes sobre un plato, la boca y los ojos abren tres agujeros redondos. Su voz suena aguda, delgada, remota.

–No puedo hacer nada...

Es como si las palabras le hubiesen sido arrancadas de los labios y, dispersadas en el aire, volvieran ahora a nosotros desde lejanísimos confines.

Jewel pasa junto a nosotros, escurriéndose hacia el interior de la cuadra. La mula no para de dar vueltas y de soltar coces; pero Jewel ha conseguido ya alcanzar la cabeza del animal. Inclinandome hacia Mack, le grito junto al oído:

–Hay que taparle la cabeza con el camisón.

Al pronto, Mack se me queda mirando, asombrado. Después se arranca el camisón a tirones y se lo echa a la mula por encima de la cabeza, con lo que la bestia se amansa en seguida. Entretanto, Jewel no deja de gritarle:

–¿Y la vaca? ¿Y la vaca?

–En la parte de atrás –grita Mack–. En el último pesebre.

La vaca nos contempla cuando entramos. Está aculada contra el rincón, con el testuz bajo; pero, aunque más de prisa que de costumbre, sigue comiendo. Y no se mueve en absoluto. Jewel se detiene un momento y alza la vista hacia el sobrado. De pronto vemos que toda la techumbre acaba de prenderse; empieza ya a caer una fina lluvia de pequeñas chispas. Mira a su alrededor. Atrás, bajo el pilón, hay una banqueta de ordeñar, de esas de tres patas. La agarra y, con toda su fuerza, se pone a golpear las tablas que forman la pared del fondo. Una tras otra van saltando, destrozadas, las maderas. Nosotros vamos quitando las astillas que quedan. Según estamos encorvados, agrandando la abertura, advertimos que algo se precipita sobre nosotros, a nuestra espalda. Es la vaca. Acompañada de un zumbido silbante y seguido pasa como una exhalación por en medio del grupo, atraviesa la brecha y cruza la claridad de afuera, con la cola recta y rígida como una escoba hincada al final del espinazo.

Jewel vuelve a meterse en el granero.

–¡Escucha, Jewel! –digo, intentando agarrarle.

Pero de un manotazo me hace soltarle.

–¡No seas loco! –le digo–. ¿No ves que no podrás llegar nunca allá atrás?

El boquete da la impresión de un reflector que dejase llover su luz deslumbrante.

–¡Ven, Jewel! –le grito–. ¡Por aquí!

Apenas franqueado el agujero, aprieta a correr. «¡Jewel!», le grito, sin aflojar la carrera. Dobla la esquina, visto y no visto. Cuando llego yo allí, él ya ha alcanzado casi la otra, corriendo sobre el fondo deslumbrador, como aquella silueta recortada en hojalata de antes. Padre y Gillespie y Mack todavía están a cierta distancia, contemplando el granero en llamas, enrojecidos sobre la oscuridad, en la que ya se ha borrado la claridad de la luna.

–¡Cogedlo! –grito–. ¡Sujetadlo!

Cuando llego a la parte de delante, está forcejeando con Gillespie: el uno, esbelto y en ropas menores; el otro, en cueros vivos. Parecen dos figuras de un friso griego, aisladas de toda realidad por el bermejo resplandor del incendio. Antes que pueda alcanzarlos, ha derribado ya a Gillespie y vuelve a meterse corriendo en el granero.

Entretanto, el estrépito de antes se ha ido apaciguando, como se apaciguó el de la riada. Por el carbonizado marco de la puerta, contemplamos cómo corre Jewel, medio encorvado, hasta el otro extremo, donde está el ataúd, y cómo, llegado allí, se detiene. Por un instante dirige su vista hacia nosotros, a través de la lluvia de pajas encendidas que cae ante él como una cortina de abalorios llameantes, y veo en el dibujo de sus labios que está gritando mi nombre.

–¡Jewel! –grita Dewey Dell–. ¡Jewel!

Me parece estar oyendo ahora, de una vez, toda la voz que la muchacha ha estado acumulando en los cinco últimos minutos; la oigo jadear y debatirse contra padre y contra Mack, que tratan de sujetarla. Y no cesa de gritar: «¡Jewel! ¡Jewel!» Pero Jewel ya no nos mira. Vemos cómo se comba su espalda con el esfuerzo de levantar el ataúd por un extremo, para bajarlo, haciéndolo resbalar con un solo brazo, de los caballetes. La caja le rebasa, increíblemente grande, ocultándole a nuestra vista. Nunca se me hubiese ocurrido pensar que Addie Bundren necesitara tanto sitio para sentirse cómoda al morir. Un momento después, la caja queda ya en pie, y las chispas que llueven sobre ella

salpican como si, al contacto con el ataúd, engendraran otras nuevas. Luego, cogiendo impulso, cae hacia adelante, lo que nos permite nuevamente ver a Jewel, en medio de una lluvia de chispas que salpican también al caerle encima, de modo que parece hallarse envuelto en un tenue halo de fuego. Una y otra vez va cayéndose y alzándose de nuevo la caja; tras un breve respiro, avanza chirriando hacia la deslumbrante cortina; poco a poco, la atraviesa. Ahora está Jewel sobre ella a horcajadas, aterrándola con ambas manos, hasta que, de un tirón final, la vuelca por última vez para ponerla a salvo, saliendo él despedido, por la violencia del golpe, hacia adelante. Mack se precipita hacia Jewel, al sentir cierto tufillo a carne socarrada, y a manotazo limpio apaga los encendidos agujeros, cada vez más anchos, que, con su festón carmesí, parecen flores abiertas en la camiseta.

VARDAMAN

Cuando fui a ver dónde se posan por las noches, *vi una cosa*.

—¿Dónde está Darl? ¿Adónde ha ido Darl? —preguntaban todos.

La llevaron bajo el manzano.

El granero estaba rojo todavía; pero ahora ya no era un granero. Se había desmoronado, y el rojo subía arremolinándose. El granero subía a lo alto, en un torbellino de chispitas rojas, que se alzaban hacia el cielo y las estrellas, de modo que el firmamento parecía retroceder más cada vez.

Y Cash seguía despierto. Volvía la cabeza a uno y otro lado, con el rostro reluciente de sudor.

—¿Quieres que te eche un poco de agua en la herida, Cash? —le preguntó Dewey Dell.

El pie y la pierna de Cash se iban ennegreciendo. Alumbrándonos con un farol, miramos el pie y la pierna de Cash, en la parte donde se han puesto negros.

—Tu pie parece el de un negro, Cash —le dije.

—Creo que vamos a tener que arrancárselo —dijo padre.

—¿A qué diablos le han puesto eso ahí? —va y dice el señor Gillespie.

—Es que pensé que le sujetaría algo la pierna —dice padre—. Solo quería ver si se aliviaba un poco así.

Trajeron un escoplo y un martillo. Dewey Dell sostenía el farol. Tenían que pegar de firme. Y Cash se durmió.

—Se ha dormido —dije—. Mientras duerma, no sentirá nada.

Pero el cemento no hacía más que resquebrajarse. No había modo de desprenderlo.

—Le vamos a arrancar el pellejo —fue y dijo el señor Gillespie—. ¿A qué diablos le habrán puesto eso? ¿Y cómo no se le ocurrió a ninguno de ustedes darle un poco de grasa primero a la pierna?

—Yo solo quería ver si se aliviaba un poco —dijo padre—. Fue Darl quien se lo puso.

—¿Dónde anda Darl? —preguntaban todos.

—¿Será posible que no hubiera entre ustedes alguno con un poco más de sentido común? —dijo el señor Gillespie—. Nunca lo hubiera imaginado, de él cuando menos.

Jewel estaba echado boca abajo. Tenía la espalda roja. Dewey Dell le dio una untura para quitarle el ardor. La untura estaba hecha de manteca y hollín, de modo que, cuando se la dio, la espalda se puso negra.

El pie y la pierna de Cash también parecen los de un negro. Por fin consiguieron romper el cemento. La pierna de Cash rompió a sangrar.

—Échate y duerme —le dijo Dewey Dell—. Debías procurar dormirte.

—¿Dónde anda Darl? —preguntaban todos.

Está ahí fuera, bajo el manzano, junto a ella, echado sobre la caja. Está ahí para que no vuelva a subir el gato, y yo fui y le dije:

—¿Vas a estarte ahí para espantar al gato, Darl?

También a él le salpicaba la claridad de la luna. Sobre la caja, la luna estaba tranquila; pero a él lo llenaba de motas, que no paraban de subir y bajar.

—No hace falta que grites —le dije—. Jewel la ha sacado del incendio. No hace falta que grites, Darl.

El granero sigue estando rojo, pero no tanto como antes. Después se ha ido alzando en un remolino, haciendo retroceder a las estrellas; pero las estrellas no se han caído. Mi corazón ha sentido con ello la misma congoja que con el tren.

Cuando fui a ver dónde se posan por la noche, he visto una cosa que Dewey Dell me ha dicho que nunca se lo debo contar a nadie.

DARL

Desde hace algún tiempo venimos dejando atrás carteles y letreros: los rótulos de las farmacias, de los almacenes de ropas hechas; los anuncios de específicos y medicinas; las muestras de los garajes y de los cafés... Los guardacantones, cada vez más numerosos, van marcando menores distancias: tres millas, dos millas... Al coronar una cuesta y subirnos al carro de nuevo, podemos ver en el llano una capa de humo, como pegada a la tierra, que parece completamente inmóvil en la tarde sin viento.

–¿Es eso ya, Darl? –pregunta Vardaman–. ¿Es ya Jefferson?

También él ha adelgazado. Su rostro, como los nuestros, tiene una expresión de fatiga, de irrealidad, de desvaimiento.

–Sí –le digo.

Levanta la cabeza y mira hacia el cielo. Muy arriba, sobre el fondo diáfano del azul, se cierne, describiendo círculos cada vez más próximos, como el humo, con el que presentan una semejanza exterior de forma y de propósito, pero sin que pueda deducirse conclusión alguna en cuanto a su movimiento de avance o retroceso. Volvemos a subir al carro, en el que Cash continúa tumbado sobre la caja, con trozos de cemento adheridos todavía a la pierna. Las escuálidas mulas descienden la cuesta entre los crujidos y el rechinar del carro.

–Tendremos que llevarle al médico –dice padre–. Estoy viendo que no va a haber más remedio.

La camisa de Jewel se va ennegreciendo con manchas de grasa, cada vez más amplias, en los puntos en que toca la espalda. La vida fue creada en los valles. Se alzó en un estallido violento a las alturas, impelida por los viejos terrores, los viejos apetitos, las viejas desesperanzas. Tal es la razón de que para bajar las cuestas en el carro haya primero que subirlas a pie.

Dewey Dell sigue sentada al pescante, con su paquete en el regazo. Cuando llegamos al final de la cuesta, allí donde el camino vuelve a ser llano, entre dos espesas filas de árboles, empieza a mirar tranquilamente hacia uno y otro lado. Por último dice:

–Tengo que bajarme.

Padre se queda mirándola. Al volverse hacia ella y quedar de perfil, en toda su figura andrajosa se trasluce un sentimiento de molesta contrariedad, de enfado inminente. Desde luego, no detiene las mulas.

–¿Y para qué?

–Tengo que ir a un matorral –dice Dewey Dell.

Padre sigue sin detener las mulas.

–¿No puedes esperarte hasta que lleguemos a la ciudad? Ya no falta ni una milla.

–Pare –dice Dewey Dell–. Tengo que ir a un matorral.

Padre para el carro en mitad del camino y vemos a Dewey Dell apearse, sin soltar el paquete y sin volver la cabeza.

–¿Por qué no dejas aquí las tortas? –le digo–. Ya tendremos nosotros cuidado de ellas.

Pero ella se apea con un movimiento decidido, sin mirarnos.

–¿Cómo iba a saber adonde ir, si esperase hasta que llegásemos a la ciudad? –dice Vardaman–. Vamos a ver, Dewey Dell: ¿a que no sabes adonde tendrías que ir para hacerlo?

Ella no contesta. Baja el paquete, se da media vuelta y desaparece entre los árboles y la maleza.

–Procura no tardar más que lo imprescindible –le dice padre–. No tenemos tiempo que perder.

Pero no contesta. Al poco rato, ya ni siquiera la oímos.

–Deberíamos haber hecho lo que nos dijeron Armstid y Gillespie, y haber mandado razón a la ciudad, para que tuvieran ya cavada y preparada la fosa.

–¿Por qué no lo hizo usted? –le digo–. Podía haber mandado un recado por teléfono.

–¿Para qué demonios? –va y dice Jewel–. ¿O es que no somos nosotros capaces de cavar el agujero?

Aparece un auto en lo alto de la cuesta. Empieza a tocar la bocina disminuyendo la marcha. Baja en primera y pasa junto a nosotros, metiendo las dos ruedas de fuera por la misma cuneta. Vardaman no deja de mirarlo, hasta que se pierde de vista.

–¿Cuánto nos queda ya, Darl? –pregunta.

–Ya queda poco –le digo.

–Debiéramos haberlo encargado –dice padre–. Pero es que yo no quiero tener que agradecer nada a nadie, como no sea a la familia.

–¿Quién demonios ha dicho que no somos nosotros capaces de cavar un maldito agujero? –va y dice Jewel.

–No hay que hablar con esa falta de respeto sobre su tumba –va y dice padre–. Ninguno de vosotros sabéis lo que es eso. Claro es que ninguno de vosotros la habéis querido de veras.

Jewel no contesta. Está sentado un poco tieso, ahuecando la espalda para evitar el roce de la camisa, y con su mandíbula, de colores tan vivos, muy levantada.

En esto vuelve Dewey Dell. La vemos surgir de la maleza, siempre con su paquete, y subir al carro. Ahora lleva puesto el vestido de los domingos, el collar, los zapatos, las medias.

–Creo haberte dicho que te dejaras todos esos trapos en casa –va y le dice padre.

Pero ella no contesta; ella no nos mira. Se acomoda en el carro, después de poner en él el paquete. Echamos otra vez a andar.

–¿Cuántas cuestas quedan, Darl? –pregunta Vardaman.

–Ya, nada más que una –le digo–. Al terminar la próxima, entraremos precisamente en la ciudad.

La cuesta está cubierta de arena roja. A uno y otro lado se ven cabañas de los negros; por el cielo corre un bloque de cables telefónicos. Tras los árboles se eleva la torre del reloj del Tribunal. Las ruedas susurran quedamente en la arena, como si la tierra misma quisiera que nuestra llegada pasase inadvertida. Nos apeamos donde empieza la cuesta.

Marchamos detrás del carro, detrás de las ruedas que susurran, pasando ante las chozas, en cuyas puertas aparecen de repente ojos blancos que nos miran. Oímos repentinas exclamaciones de asombro. Jewel no deja de observar a derecha e izquierda; de pronto, avanza la cabeza y veo que sus orejas adquieren un tono más rojo todavía por la ira que le domina. Delante de nosotros, junto a la carretera, marchan tres negros, precedidos, a diez pies de distancia, por un blanco. Al pasar junto a los negros, vuelven bruscamente la cabeza, con una expresión de extrañeza y repulsión instintiva.

–¡Por los clavos de Cristo! –dice uno de ellos–. ¿Qué llevarán en ese carro?

Jewel se revuelve.

–¡Hijo de la gran zorra! –dice.

Entretanto, hemos llegado a la altura del blanco, que se ha parado. Es como si de momento estuviera ciego, pues es al hombre blanco a quien se dirige.

–¡Darl! –grita Cash desde dentro del carro.

Agarro a Jewel. En esto, el hombre blanco, que había retrocedido un paso, con la boca abierta por la sorpresa, empieza a cerrarla, apretando los dientes en su indignación. Jewel se inclina sobre él, con los músculos del mentón completamente blancos.

–¿Qué es lo que has dicho? –dice el otro.

–¡Ven aquí! –le digo–. Nada, señor. No ha querido ofenderle, señor. ¡Jewel!

Cuando le cojo, está amenazando al hombre. Le sujeto el brazo; forcejamos. Jewel ni siquiera me mira. Solo le preocupa que el brazo le quede libre. Cuando mira de nuevo al hombre, está plantado, con un cuchillo desenfundado en la mano.

–¡Espere, señor! –le digo–. ¡Ya lo tengo sujeto! ¡Vamos, Jewel!

–¡Se pensará ese cerdo que porque vive en la ciudad...! –dice Jewel, jadeante, tratando de zafarse de mí–. ¡Habrás visto el hijo de la gran zorra!

El hombre se empieza a mover, dando vueltas alrededor de mí, sin quitar el ojo a Jewel y con el cuchillo a la altura del muslo.

–¡No hay quien me llame a mí eso! –dice sin parar.

Entretanto, padre ha echado pie a tierra, y Dewey Dell trata también de sujetar a Jewel, llevándoselo a empujones. Así que le suelto y me dirijo al hombre.

–Espere un momento –le digo–. No era esa su intención. Está enfermo: se abrasó anoche en un incendio, y ahora no sabe lo que se dice.

–Con incendio o sin incendio –dice el otro– no hay quien me llame a mí eso.

–Es que pensó que usted le había dicho algo...

–¿Yo? ¡Ni una palabra! ¡Si es la primera vez que le veo!

–¡Por el amor de Dios! –dice padre–. ¡Por el amor de Dios!

–Estoy seguro –le digo– que no ha querido ofenderle. Y que retirará lo que ha dicho.

–Bueno, pues que lo retire.

–Guárdese ese cuchillo, y lo retirará.

El hombre me mira. Mira luego a Jewel. Jewel está ahora tranquilo.

–Guárdese ese cuchillo.

El hombre lo envaina.

–¡Por el amor de Dios! –dice padre–. ¡Por el amor de Dios!

–Dile que no era tu intención ofenderle, Jewel –le digo.

–Pues yo creí que había dicho algo –dice Jewel–. Se creerá que porque es...

–¡Chis! –le digo–. Dile que no era esa tu intención.

–No era mi intención ofenderle –dice Jewel.

–¡Mejor para él! –dice el hombre–. ¡Mira que llamarme a mí...!

–Oiga usted: ¿se cree que es que le da miedo llamarlo?

El hombre se queda mirándome.

–No es eso lo que yo he dicho –dice.

–Ni se le ocurra –dice Jewel.

–Vamos, calla –le digo–. Ven aquí. Andando, padre.

El carro se pone en marcha. El hombre se queda allí, sin perdernos de vista. Jewel, en cambio, no vuelve la suya.

–¡Menuda somanta le habría metido Jewel! –dice Vardaman.

Nos acercamos a lo alto de la cuesta, donde empieza ya la calle, donde los coches marchan en todas direcciones. Las mulas tiran del carro hacia arriba y lo meten en la calle. Padre las para. La calle sigue recta hasta la plaza, donde se eleva el monumento que hay ante el Tribunal de Justicia. Volvemos a montar, y todo el mundo vuelve hacia nosotros la cabeza, con esa expresión que tan bien nos sabemos ya. Menos Jewel, que no se sube, ni aun después de haber empezado a andar el carro.

–¡Vamos, Jewel; monta de una vez! –le digo–. ¡Larguémonos ya de aquí!

Pero no monta, sino que apoya un pie en el cubo de la rueda de atrás y, agarrado al telero con una mano, sube el otro, en tanto que el cubo va girando bajo la planta. Y en esa forzada posición se queda, con la vista clavada al frente, inmóvil, esbelto, con la espalda como de madera, como una figura tallada en la misma madera del carro.

CASH

No queda ya otra alternativa: o lo enviamos a Jackson o nos sometemos a la acción judicial que entablará Gillespie, porque no sé cómo se las ha arreglado, pero el caso es que se ha enterado de que fue Darl quien le prendió fuego al granero. Vardaman le vio cuando lo incendiaba; pero jura y perjura que no se lo ha contado más que a Dewey Dell, y que su hermana le dijo que no hablara a nadie del asunto. Sin embargo, Gillespie se ha enterado. Claro es que, más pronto o más tarde, habría terminado por sospecharlo. Incluso aquella misma noche, a poco que se hubiera fijado en la forma de comportarse de Darl.

Así es que padre dice:

–Me parece que es lo único que podemos hacer.

Y Jewel:

–¿Va usted a apañarle ya?

—¿Apañarle? —dice padre, extrañado.

—Quiero decir echarle mano y amarrarle —dice Jewel—. ¿O qué demonios? ¿Es que va a esperar usted a que prenda fuego a esas malditas mulas y a ese condenado carro?

Pero ¿qué adelantábamos con ello? Así es que dije:

—Nada adelantábamos con ello. Esperaremos hasta haberla enterrado. (Porque un individuo que va a pasarse lo que le queda de vida a la sombra, debiera tener derecho a que, antes de prenderle, se le dé cualquier cosa que le apetezca.)

—Yo estoy en que debiera estar aquí —dice padre—. Bien sabe Dios qué calvario supone esto para mis canas. Parece que las desgracias nunca vienen solas.

A veces no acabo de ver claro cómo puede haber nadie que se crea con derecho a dictaminar si una persona está loca o deja de estarlo. A veces pienso que ninguno de nosotros está completamente ido, y que ninguno está tampoco en sus cabales, hasta que la mayoría de la gente se decide a situarnos a este o al otro lado. Es como si importara menos lo que cada uno pueda hacer que la opinión que la mayoría se forma acerca de eso que hace.

Porque Jewel es con él demasiado riguroso. Cierto es que fue la venta de su caballo lo que ha permitido traerla a las inmediaciones de la ciudad, y que, en cierto modo, lo que Darl trató de quemar fue el valor de aquel caballo. Pero más de una vez se me ha pasado por las mientes, tanto antes de cruzar el río como después, qué bendición de Dios hubiera sido el que el Señor nos la hubiera arrancado de las manos, desembarazándonos discretamente de ella. En mi opinión, cuando Jewel se afanó tanto, para sacarla del río, estaba contraviniendo en cierto modo los designios de Dios. Luego, al darse cuenta Darl de que uno de nosotros debía, al parecer, hacer algo, estoy por pensar que, hasta cierto punto su conducta está justificada. Lo que no tiene vuelta de hoja es que el prender fuego al granero de una persona, poner en peligro la vida de su ganado y destruir sus bienes, es un hecho que jamás podrá tener disculpa. En una acción como esta es donde se demuestra que un individuo está loco; un delito así es lo que le inhabilita para la convivencia con sus semejantes. Y reconozco que lo único que cabe hacer con él es lo que la mayoría de la gente exija.

Pero, en cierto sentido, no deja de ser una vergüenza. La gente parece cada vez más ajena a aquel Viejo y acertado principio según el cual hay que remachar los clavos y lijar siempre los cantos de las tablas tan concienzudamente como si el trabajo fuera para uno mismo. Parece como si unos tuvieran unos tableros finísimos y cuidadosamente cepillados con los que construir un palacio de justicia, mientras que otros solo disponen de leños sin desbastar, propios para levantar, todo lo más, un gallinero. Sin embargo, siempre será preferible construir un gallinero con las maderas bien ensambladas que un palacio de pacotilla. Y si todos construyesen bien o todos construyesen mal, nadie percibiría diferencia alguna en que fueran unos o fueran otros los que lo hiciesen.

Así es que seguimos calle arriba, hacia la plaza. Padre dice:

—Será mejor que llevemos a Cash al médico. Podemos dejarle allí y volver luego a recogerle.

Ya sé por qué. Porque nos llevamos los dos muy poco tiempo, mientras que Jewel, Dewey Dell y Vardaman sólo al cabo de cerca de diez años empezaron a venir. Los quiero a todos, es verdad, pero no sé. Y como soy el mayor, y como no dejo de pensar en lo que acaba de hacer, la verdad, no sé.

Padre nos mira alternativamente a mí y a él, sin dejar de rezongar.

—Siga usted —le digo—. Primero, vamos a acabar con esto.

—Ella quería que no faltáramos ninguno —dice padre.

—Llevemos primero a Cash al médico —dice Darl—. Ella puede esperar; al fin y al cabo, lleva nueve días esperando.

—¿Qué sabréis vosotros! —dice padre—. La persona con la que uno ha pasado su juventud, junto a la que uno se ha ido haciendo viejo, y ella junto a uno; la persona que, viendo venir la vejez, le ha dicho a uno que qué importa, y uno se da cuenta de que esa es la verdad en este mundo cruel, lleno de sufrimientos y adversidades... ¿Qué sabréis vosotros!

—Todavía tenemos que cavar la fosa —recordé.

—Ya os dijeron Armstid y Gillespie que mandarían recado para que la prepararan —dice Darl—. ¿No quieres que te llevemos al médico, Cash?

—Sigamos —digo—. Ahora me siento muy bien. Es mejor hacer cada cosa a su debido tiempo.

–¡Si estuviera ya hecho el hoyo...! –dice padre–. Aparte de que nos hemos olvidado de traernos los azadones.

–Es verdad –dice Darl–. Voy a acercarme a la ferretería. Porque habrá que comprar uno.

–Pero nos va a costar dinero –dice padre.

–Pero ¿es que le va usted a negar esto? –dice Darl.

–Ve y compra un azadón –dice Jewel–. Vamos, venga el dinero.

Pero el padre no para el carro.

–Yo creo que alguien nos dejará un azadón. ¿Cómo no va a haber aquí algún cristiano?

Así es que Darl se sentó otra vez y seguimos adelante, con Jewel agazapado junto al adral del carro, con los ojos fijos en la nuca de Darl. Parecía un *bulldog*, uno de esos perros que nunca ladran, encogido y sin perder de vista a la presa sobre la que estaba esperando saltar.

En tal postura se pasó todo el tiempo que estuvimos delante de la casa de la señora Bundren, oyendo la música, sin perder de vista ni un instante la nuca de Darl, en la que tenía clavados esos ojos blancos y duros que se gasta.

La música tocaba dentro de la casa. Era uno de esos aparatos que dicen gramófonos. Sonaba tan natural como si fuese verdaderamente una banda.

–¿Quieres que te llevemos a casa de Peabody? –dijo Darl–. Estos pueden quedarse aquí para decírselo a padre, y yo te llevo a donde Peabody, y luego vuelvo a buscarlos.

–No –dije–. (Era preferible terminar de enterrarla, ahora que no faltaba ya más que a padre le prestaran el azadón.)

Había ido siguiendo la calle hasta donde sonaba la música. «A lo mejor, tienen un azadón aquí», había dicho. Luego paró el carro ante la casa de la señora Bundren.

Daba la impresión de que no podía engañarse. A veces me pregunto si un trabajador será capaz de ver el trabajo desde tan lejos como un perezoso la pereza. De modo que se paró allí, como sabiendo muy bien lo que se hacía, ante aquella casita nueva donde sonaba la música. Nos quedamos esperándole y escuchándola. Creo que, regateando, le podría haber sacado a Suratt su gramófono en cinco dólares. La verdad es que la música es algo verdaderamente consolador. De modo que, como digo, dijo padre:

–A lo mejor tienen un azadón aquí.

–¿Quiere que vaya Jewel, o prefiere que vaya yo? –dijo Darl.

–Creo que será mejor que vaya yo mismo –contestó.

Así es que se apeó, y después de subir por el sendero se dirigió a la puerta trasera de la casa.

La música paró de pronto; luego volvió a sonar.

–Desde luego, sin el azadón no se viene –dijo Darl.

–Eso, ni dudarlo –dije yo.

Porque era como si no pudiera engañarse, como si pudiera perforar con la mirada las paredes y saber lo que iba a pasar en los diez minutos próximos.

Sólo que no fueron diez minutos, sino bastantes más. La música paró de nuevo y ahora se estuvo un buen rato sin sonar, mientras padre sostenía con la dueña de la casa una larga conversación.

Entretanto nosotros seguíamos esperando en el carro.

–Anda, voy a llevarte a casa de Peabody –dijo Darl.

–No –contesté–. Primero, vamos a enterrarla.

–Si es que por fin vuelve –dijo Jewel, empezando a soltar tacos.

Cuando se disponía ya a bajarse del carro diciendo «Voy allá», vimos que regresaba padre. Traía al hombro dos azadones, que depositó en el carro. Echamos a andar; pero la música ya no volvió a oírse. Padre volvía la cabeza hacia la casa. Pareció como si hiciera un pequeño saludo con la mano, a lo que un visillo se corrió un poco, dejando entrever la cara de ella en la ventana.

Pero lo más curioso era la actitud de Dewey Dell, que me llenó de sorpresa. Comprendo perfectamente que todo el mundo dijera que Darl era un tipo raro, pero que nadie pudiera tomarle nada a pecho, por esa misma razón. Era también como si se hallara tan ausente de todo como el que menos tuviera que ver, y enfadarse con él hubiera sido como enfadarse con un charco porque al pisarle os hubiera salpicado. Aparte de que siempre he tenido como un barrunto de que Dewey Dell

y él se traían algo entre manos. Si hay alguien de quien pudiera decirse que era el preferido de Dewey Dell, de seguro que era Darl. Pero cuando, terminada de llenar la fosa, salimos del cementerio, y los muchachos, que estaban esperando a la puerta, se le echaron encima, a lo que Darl dio un salto atrás para ponerse a salvo, fue precisamente Dewey Dell la que le agarró, incluso antes que el propio Jewel pudiera echarle mano. Entonces sospeché cómo se había enterado Gillespie de quién había prendido fuego a su granero.

Ella no había pronunciado palabra ni lo había mirado siquiera durante todo el camino; pero cuando aquellos individuos dijeron lo que les traía y que venían a detenerle, cuando él trató de escabullirse, fue ella la que saltó sobre él como un gato montes, con tanta furia que uno de los guardias tuvo que arrancarla a viva fuerza, para que no siguiera arañándole y tratando de desgarrarle la cara, como una verdadera fiera, mientras el otro guardia y padre y Jewel derribaban a Darl y le sujetaban de espaldas al suelo, desde donde el pobre no dejaba de mirarme.

–Creí que tú me avisarías –decía–. Nunca pensé que dejarías de avisarme.

–¡Darl! –le dije.

Pero en estas se puso otra vez a forcejear con padre, con Jewel y con el guardia, mientras que el otro número sujetaba a Dewey Dell, y Vardaman gritaba y Jewel no paraba de decir:

–¡Matadle! ¡Matad a ese hijo de la gran zorra!

Una escena triste. Verdaderamente triste. No hay quien escape cuando ha cometido una mala acción; él, tampoco. Yo he querido explicárselo. Pero él no hace más que decir:

–Creí que tú me avisarías. Porque no es que yo...

Y rompió a reír. El otro guardia separó a empujones a Jewel, y Darl se sentó en el suelo, riendo sin cesar.

Traté de explicarle. ¡Si hubiera podido ponerme en pie o incorporarme cuando menos! Así y todo, traté de explicarle, a lo que él cesó de reír y se puso a mirar hacia arriba.

–¿Es que quieres que me lleven? –me preguntó.

–Creo que es lo que más te conviene –le contesté–. Allá estarás tranquilo, sin nadie que te moleste y todo eso. Será mejor para ti, Darl.

–¡Mejor! –dijo, y rompió a reír otra vez–. ¡Mejor! –repitió.

Apenas si podía pronunciar la palabra de lo que se reía. Estaba sentado en el suelo; todos le mirábamos. Y él reía, reía. ¡Qué escena más triste! ¡Qué triste, sí! Que me aspen si encontraba yo motivo alguno para tanta risa. Porque ni con la mejor voluntad puede hallarse excusa para el que premeditadamente destruye lo que otro ha construido con el sudor de su frente, y aquello donde almacena el fruto de sus desvelos.

Pero tampoco acabo de ver claro el que nadie se arrogue el derecho a determinar quién está y quién deja de estar loco. Viene a ser como si en cada hombre hubiera una personalidad más allá de la razón y de la locura, una personalidad que contemplase sus acciones sensatas y las insensatas con el mismo horror y la misma sorpresa.

PEABODY

–Admito que, en un momento de apuro, un hombre consienta que Bill Varner le haga una chapuza de esas que les hace a las mulas; pero que me maten si no hay que tener un buen almacén de piernas de repuesto para dejar a Anse Bundren que le cure a uno la propia con cemento –dije yo.

–Pensaron que eso me aliviaría un poco –me contestó el otro.

–Pensaron, pensaron –dije–. ¿Dónde diablos tendría Armstid la cabeza para consentir que le volvieran a subir a usted al carro?

–Hasta entonces, no había notado nada. Y no teníamos tiempo que perder –dijo, a lo que yo me quedé mirándole–. No me dolía en absoluto.

–No trate de engañarme ni de convencerme de que ha estado usted seis días viajando en un carro sin ballestas, con una pierna rota y sin sentir ningún dolor.

–Pues casi no me dolía –dijo.

–¡A quien querrá decir que no le dolía es a Anse! –le dije–. Como no le dolió tirar al suelo a aquel pobre desgraciado, en plena calle, para que lo esposaran como si fuera un criminal. ¡Me va

usted a decir a mí! ¿O es que pretende también hacerme creer que no le han causado molestia alguna, al levantarle esas sesenta y tantas pulgadas cuadradas de piel y que se han ido pegadas a los trozos de cemento? ¿O que le tiene a usted sin cuidado pasarse renqueando el resto de su vida, y eso en el caso de que, tras la amputación, sea capaz de volver a andar? ¡Cemento, cemento! –dije–. ¡Santo Dios! ¿Cómo no se le ocurriría a Anse llevarle a usted al aserradero más próximo, para que le cortaran allí la parte enferma? Hubiera sido también una manera de curarla. Y luego podían haber metido la cabeza de él en la sierra, con lo que se hubiera conseguido la curación de toda una familia... Y, a todo esto, ¿dónde anda Anse ahora? ¿Qué será lo que está tramando?

–Ha ido a devolver unos azadones que le prestaron –me dijo.

–¡Hombre, muy bien! –dije–. ¡Mira que tener que pedir prestado un azadón para enterrar a su mujer! Si se descuida, hasta la fosa la tiene que pedir prestada. ¡Lástima que no le metieran entre todos en el agujero!... ¿Le hago daño?

–Casi nada –me dijo, mientras que por el rostro, del mismo color que el papel secante, le corrían unas gotas de sudor como canicas.

–Pues nada –dije–. Para el verano podrá usted brincar cuanto se le antoje sobre esta pierna. De momento, seguirá sin dolerle casi *nada*... Dentro de lo que cabe, ya puede usted considerar como una buena suerte que haya sido precisamente la misma pierna que ya se rompió usted la otra vez.

–Es lo que dice mi padre –dijo.

MACCOWAN

Resulta que estaba yo atrás, en la rebotica, bañando de chocolate unas grageas, cuando entra Jody y me dice:

–Oye, Skeet: ahí fuera hay una mujer que quiere ver al médico, y cuando le pregunto que a qué médico, va y me dice que al que trabaja aquí, y cuando le digo que aquí no trabaja ningún médico, se me queda plantada mirando hacia esta parte.

–¿Qué clase de mujer es? –le digo–. Dile que suba a la consulta de Alford.

–Es una paleta –me dice.

–Pues mándala á freír rábanos –le digo–. Dile que todos los médicos se han ido a Memphis a una asamblea de rapabarbas.

–Bueno –dice, al tiempo de salir–. Pero no está nada mal para ser una paleta.

–¿Ah, sí? –le digo–. Espera entonces un momento.

Jody se para y yo me acerco a la puerta para echar un vistazo por la rendija. Pero sólo alcanzo a ver una pierna, bien formada, contra el fondo de luz.

–¿Y dices que es moza? –le digo.

–Y de bastante buen ver para ser una mamá y una paleta –me dice.

–Toma –le digo, entregándole el perol de chocolate.

Me quité el delantal y salí afuera. ¡Ya lo creo que era de buen ver! Una de esas morenas de ojos negros capaces de meterle una puñalada, sin inmutarse, al primero que les haga una charranada. Y estaba buena la condenada, ya lo creo.

En la tienda no había nadie más; era la hora de almorzar.

–¿Qué se le ofrece a usted? –le digo.

–¿Es usted el médico? –dice.

–Claro que sí –le digo.

Entonces ella aparta la vista de mí y se pone como a mirar alrededor.

–¿Podríamos pasar ahí dentro? –me dice.

Eran las doce y cuarto en punto; pero aunque el viejo jamás regresaba antes de la una, entré y le dije a Jody que se apostase en la ventana, para avisarme con un silbido si volvía antes de lo esperado.

–Será mejor que no te metas en líos –dice–. No vaya a ser que te ponga de patitas en la calle sin darte tiempo ni a que te enteres.

–Nunca vuelve antes de la una –digo–. Podrás verle cuando entre en Correos. Todo lo que tienes que hacer es estar ojo avizor y darme un silbido en cuanto se acerque.

—¿Y qué piensas hacer? —dice.

—Tú, a vigilar, que es lo tuyo. Ya te lo contaré luego —digo.

—¿Es que no me vas a dejar a mí después? —dice.

—Oye, tú —le digo—, ¿qué te has creído que es esto? ¿Un depósito de remonta? Hale, a montar la guardia, que yo me voy a tener unas palabritas con esta.

Así es que me meto en la rebotica. Al pasar por delante del espejo, me arreglo un poco el pelo. Luego paso al mostrador donde preparamos las recetas; ella está esperándome allí, mirando el estante de las medicinas. Al entrar yo, vuelve la vista hacia mí.

—Bueno, señora —le digo—: veamos qué trastornos le aquejan.

—Pues trastornos de mujer —dice—. Pero tengo el dinero.

—¿Ah, sí? —digo—. Pero precisemos. Esos trastornos, ¿los tiene usted ya o es que quiere tenerlos? Porque en este caso, ha venido a dar con quien mejor le puede ayudar.

Estas paletas... La mitad de las veces no saben ni lo que quieren. Por no saber, no saben ni siquiera leer la hora en el reloj. Y el de la tienda marcaba ya las doce y veinte.

—No —dice.

—Pero no ¿qué? —le digo.

—Que no los tengo —dice—. Ése es el caso.

Se queda mirándome y añade:

—Pero tengo el dinero.

Fue así como por fin me enteré de lo que se traía entre manos.

—¡Ah, ya! —le digo—. De modo y manera que se ha encontrado en la barriga con algo que no tenía el menor deseo de llevar ahí, ¿eh?

Me mira sin rechistar.

—¿Y a qué le sabe? ¿A poco... o a demasiado?

—Tengo el dinero —dice—. Él me dijo que en la farmacia me darían algo para ello.

—¿Quién lo dijo? —digo.

—Él —dice, mirándome.

—Conque empeñándose en no mencionar nombres, ¿eh? —dije—. ¿El que le hizo la barriga? ¿Es ese el que se lo dijo?

Pero ni así le saco una palabra del cuerpo.

—¿No están ustedes casados, verdad? —digo porque no le he visto alianza alguna en el dedo.

Aunque vaya usted a saber si estos palurdos usan o no alianzas.

—Tengo el dinero —dice, enseñándome una pieza de a diez atada con el pañuelo.

—Ya lo veo, ya —digo—. ¿Se lo dio el de marras?

—Sí —dice.

—Pero ¿cuál de ellos? —digo. Y como se queda mirando sin contestar, repito:

—¡Que cuál de ellos se lo dio!

—No hay más que uno —dice, y vuelve a quedarse mirándome.

—Siga —digo.

Pero no despega los labios.

Lo malo del sótano es que solo tiene una salida, y que esta da a la escalera de detrás. El reloj marca ya la una menos veinticinco.

—¡Hay que ver! —digo—. ¡Una chica tan guapa como usted!

Se queda mirándome otra vez, al tiempo que empieza a desenvolver la moneda.

—Espere un momento —le digo—, pasando al otro lado del mostrador—. ¿Ha oído hablar del tipo aquel al que, desde que se le rompió el tímpano, ya no le hacía efecto ni un cañonazo?

—Será mejor que te salgas aquí, antes de que vuelva el viejo —dice en este momento Jody.

—Eres tú el que debes irte ahí afuera, que para eso te pagan —le digo—. Y no te preocupes; que, si pesca a alguien, será a mí.

Sale despacio de la rebotica, y me dice al pasar:

—¿Qué es lo que vas a hacer, Skeet?

—No puedo decírtelo —le digo—; no estaría bien. Tú ponte ahí arriba a vigilar.

–Oye, Skeet –dice.

–Vete ya de una vez –le digo–. Sólo voy a despachar una receta.

–Mira: a lo mejor no dice nada por la individua esa de ahí dentro; pero como te vea enredando con las medicinas, seguro que te echa a patadas en el trasero por las escaleras abajo.

–Mi trasero está acostumbrado a patadas de hijo de mala madre mayores que este –le digo–. Lárgate, y avísame si se acerca.

Así que me volví a la trastienda. Era ya la una menos cuarto.

La chica estaba envolviendo de nuevo el dinero en el pañuelo.

–Usted no es el médico –me dice.

–Pues claro que lo soy –le digo; a lo que se queda mirándome–. ¿Es que te parezco demasiado joven para serlo? ¿O acaso demasiado guapo?

Y, como no contesta, añado:

–Mire: antes teníamos aquí una punta de médicos camastrones que no podían ni con su alma. Como que Jefferson era una especie de asilo de doctores decrépitos. Pero el negocio empezó a ponerse tan mal y la gente tan bien, que un buen día se dieron cuenta de que las mujeres jamás volverían a enfermar. Así que echaron a todos esos vejstorios y trajeron un puñado de médicos jóvenes y guapos que les gustáramos a las mujeres, y las mujeres empezaron a ponerse otra vez malas y el negocio a subir como la espuma. En todos estos contornos están haciendo lo propio. ¿No ha oído usted hablar de ello? Tal vez sea porque hasta ahora nunca haya necesitado un médico.

–Pues ahora lo necesito –dice.

–Pues ha venido usted a dar, como le dije, con uno que ni pintado –le digo.

–¿Tiene usted entonces algo que sirva? –dice–. Tengo el dinero.

–Bueno –digo–; claro es que un médico ha de aprender toda clase de cosas al tiempo que despacha píldoras, porque tiene que ayudarse para salir adelante. Pero no sé concretamente lo que necesitará usted para sus trastornos.

–Pues él me dijo que usted me daría un remedio. Que en la farmacia lo hay.

–¿Le dijo el nombre? –digo–. Mejor será que vaya y se lo pregunte.

Dejó de mirarme y se puso a retorcer el pañuelo.

–El caso es que tengo que hacer algo –dice.

–¿De verdad de verdad quiere hacer algo? –digo–. Claro es que un médico tiene que aprender un montón de cosas que la gente ignora que las sabe. Pero no puede declarar que sabe todo lo que sabe; es ilegal.

Desde la tienda, dice Jody:

–¡Oye, Skeet!

–Espérame un momento –digo, y salgo a la parte de delante.

–¿Es que lo has visto? –digo.

–¿No has terminado todavía? –dice–. Será mejor que te salgas tú aquí y entre yo a pasar esa consulta.

–Lo mejor será que te quedes donde estás, a ver si pones un huevo –le digo, y me vuelvo adentro.

–Se dará usted cuenta de que podrían meterme en chirona si hago lo que usted quiere –le digo a la chica–. Además, me retirarían el título y tendría que ponerme a trabajar. ¿Lo comprende, verdad?

–No tengo más que diez dólares –dice–. Pero, a lo mejor, puedo traerle algo más el mes que viene.

–¡Bah! –digo–. ¡Diez dólares! ¿Se imagina usted que puedo tasar tan bajos mis profundos conocimientos científicos? ¡Un miserable papiro de diez!

Se queda mirándome; ni siquiera pestaña.

–¿Qué quiere usted entonces? –dice.

El reloj marca la una menos cuatro minutos. Así que decido no andarme con más rodeos.

–Diga tres cosas y le diré si ha acertado –le digo.

Ni pestaña.

–El caso es que tengo que hacer algo –dice, mirando hacia atrás y alrededor de sí–. Pero déme primero la medicina.

–¿Quiere decir que está dispuesta del todo? –digo–. ¿Aquí mismo?

–Déme primero la medicina –dice.

Así que cogí una probeta graduada y, volviéndome de espaldas a ella, elegí un frasco que me pareció bien para el caso; pues, de haber tenido veneno, no habrían dejado de ponerle la etiqueta correspondiente, so pena de jugarse la cárcel el autor de semejante imprudencia.

Olía a algo así como a trementina. Eché un poco del contenido en la probeta y se la di.

Ella huele el líquido y, mirándome a través del cristal, va y me dice:

–Huele como a trementina.

–Claro –le digo–. Como que eso es precisamente el comienzo del tratamiento. Esta noche a las diez se pasa usted otra vez por aquí, le administro el resto y hacemos la operación.

–¿Qué operación? –dice.

–No le haré nada de daño –digo–. Es igual que la que le han hecho antes. ¿No ha oído hablar que no hay mejor cuña que la de la misma madera?

Se queda mirándome.

–Pero ¿dará resultado?

–¡Pues claro que sí! Sólo hace falta que venga usted a recoger el final del tratamiento.

Con esto, se bebió lo que aquello fuera, sin pestañear, y se largó.

Yo salí a la botica.

–¿Qué? ¿Lo conseguistes? –dice Jody.

–¿Conseguir qué? –digo.

–¡Vamos! –dice–. No es que yo trate de meterte prisa.

–¡Ah, ya! ¿Te refieres a ella? –digo–. Sólo quería un poco de medicina. Es que se le ha presentado una pequeña descomposición, y le da un poco de vergüenza decírselo a cualquier desconocido.

Como aquella noche me tocaba a mí de guardia, le ayudé al viejo bastardo a recoger, le planté su sombrero en la cabeza y le eché de la botica a las ocho y media. Le acompañé hasta la esquina y me cercioré de que desaparecía un par de manzanas más allá. Luego me volví a la farmacia, esperé hasta las nueve y media, apagué las luces de la calle, cerré la puerta, dejé solo encendida la luz de atrás, me metí en la rebotica, llené seis cápsulas de polvo de talco, arreglé un poco el sótano y, ya con todo preparado, me puse a esperar.

Llegó al filo de las diez, apenas un momento antes que el reloj diese las campanadas. Le abrí la puerta y entró con paso rápido. Eché un vistazo fuera; pero solo se divisaba a un rapaz, enfundado en un jersey de punto, sentado en el bordillo de la acera. «¿Se te ofrece algo?», le dije. Pero no dijo ni una palabra: solo me miró. Eché la llave a la puerta, apagué la luz y me metí dentro. Ella estaba esperándome. Ahora ya no me miraba.

–¿Dónde lo tiene usted? –dijo.

Le di la caja de cápsulas. La tomó en sus manos; se quedó contemplándola.

–¿Está seguro de que darán resultado? –dice.

–Claro que sí –digo–. Siempre que tome el resto del tratamiento.

–¿Y dónde tengo que tomarlo? –dice.

–Abajo, en el sótano –digo.

VARDAMAN

Ahora hay más espacio y más luz, pero las tiendas todas están a oscuras, porque todo el mundo se ha ido a casa. Las tiendas están a oscuras, pero las luces se van reflejando en los escaparates a medida que pasamos ante ellos. Las luces están en los árboles que rodean al Tribunal. Cuelgan de las ramas, pero el Tribunal está a oscuras. El reloj que tiene encima se ve desde los cuatro costados, porque no está a oscuras. La luna tampoco está a oscuras. No muy a oscuras. *Darl, el que se ha ido a Jackson, es mi hermano. Darl es mi hermano.* Solo que, yendo por ese camino, se ve el tren que brilla sobre los carriles.

–¿Vamos por ese sitio, Dewey Dell? –le digo.

–¿Para qué? –dice Dewey.

Los carriles giraban relucientes en el escaparate y, sobre ellos, todo pintado de rojo, el tren. Pero mi hermana me ha dicho que no se lo venderán a ningún chico de la ciudad.

–Así que estará aquí hasta Navidades –dice Dewey Dell–; de modo que tendrás que esperar hasta entonces; entonces te lo traerá Papá Noel.

Darl marchó a Jackson. Hay muchísima gente que nunca ha ido a Jackson. Darl es mi hermano. Mi hermano está camino de Jackson.

Las luces, colgadas de los árboles, van girando a medida que andamos. Por todas partes es lo mismo. Dan vueltas por detrás del Tribunal y ya no se las vuelve a ver más. Pero se las puede ver en las ventanas negras de *mas* allá. Todo el mundo se ha ido a casa, a acostarse, menos Dewey Dell y yo.

En el tren de Jackson. Mi hermano...

En la tienda, muy al fondo, hay una luz. En el escaparate hay dos grandes frascos de agua carbónica, uno rojo y otro verde. Dos hombres no se los podrían beber. Dos mulas, tampoco. Dos vacas tampoco. *Darl...*

Un hombre se acerca a la puerta y mira a Dewey Dell.

–Tú te esperas aquí fuera –va y dice.

–Bueno –le digo.

Dewey Dell entra.

Darl es mi hermano. Darl se ha vuelto loco...

Es peor andar que estar sentado en el suelo. Él está en la puerta abierta, mirándome. «¿Querías algo?», me dice. Su cabeza está muy peinada. La de Jewel, también lo está a veces. La de Cash, nunca. *Darl se ha ido a Jackson, mi hermano Darl.* En la calle se comió un plátano. «¿No preferirías unos plátanos? –me dice Dewey Dell–. Pues entonces espera hasta Navidad. Para Navidad ya los habrá. Y podrás ir a ver el tren. Así que vamos a tener plátanos. Llenaremos un saco de ellos entre Dewey Dell y yo.» El individuo cierra con llave la puerta. Dewey Dell está allí dentro. La luz se apaga.

Se fue a Jackson. Se volvió loco y se fue a Jackson. Hay muchísima gente que no se ha vuelto loca, padre, y Cash, y Jewel, y Dewey Dell y yo no nos hemos vuelto locos. Ni hemos ido a Jackson. Darl.

Durante un buen rato oigo a una vaca que choclea en la calle. Ahora entra en la plaza y la atraviesa, chapoteando con sus pezuñas en el pavimento. Muge. No es que hubiera nadie en la plaza antes que mugiese, pero estaba tan vacía como después de haber mugido. Sigue andando, choclea, muge otra vez... *Mi hermano es Darl. Ha ido a Jackson en el tren. No se ha ido en tren para volverse loco. Se volvió loco cuando iba en nuestro carro. Darl...* Hace ya mucho que ella está ahí dentro. También hace un buen rato que la vaca se marchó. Mi hermana lleva ahí más tiempo que la vaca. Pero no más que cuando no había nadie. *Darl es mi hermano. Mi hermano Darl.*

Dewey sale y se me queda mirando.

–Vamos ahora por el camino ese –le digo.

Me mira.

–Seguro que no harán efecto –dice–. ¡Condenado hijo de la gran zorra!

–¿Que no hará efecto el qué, Dewey Dell?

–Segurísima que no –dice, sin mirar a ninguna parte–. Segurísima.

–¿Pasamos por allá? –le digo.

–Tenemos que volver al hotel. Es tarde. Tendremos que entrar por la puerta de atrás, a escondidas.

–¡Anda, nada más echarle un vistazo! –le digo.

–¿No preferirías los plátanos, eh? ¿No los preferirías?

–Como quieras. *Mi hermano se volvió loco y se fue a Jackson. Jackson está más allá que loco.*

–Seguro que no harán efecto –dice Dewey Dell–; tan fijo como que es de noche.

–¿Qué es lo que no hará efecto? –le pregunto–. *Tuvo que subir al tren para ir a Jackson. Yo nunca he subido en tren, pero Darl, sí. Darl. Darl es mi hermano. Darl. Darl...*

DARL

Darl ha marchado a Jackson. Cuando lo metieron en el tren se iba riendo, y riendo seguía cuando lo echaron en el asiento de uno de los vagones. Al verle pasar, la gente iba volviendo la cabeza como si fuesen búhos.

–¿De qué te ríes así? –le pregunté.

–Sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Dos hombres le subieron al tren. Sus chaquetas eran distintas, pero a los dos les hacían un bulto en la parte que queda sobre el bolsillo de atrás del pantalón. Y los dos llevaban afeitado igualmente el cogote, como si los peluqueros que acababan de arreglarlos, y al mismo tiempo, hubiesen señalado el límite a que debía llegar el pelo con una raya como las que Cash marcaba a tiza. «¿Es de las pistolas de lo que te ríes? –le pregunté–. Di, ¿por qué te ríes así? ¿Es porque odias el sonido de la risa?»

Han puesto juntos dos banquillos, de modo que Darl pueda sentarse a reír a sus anchas junto a la ventanilla. Uno de ellos se sentó a su lado; el otro enfrente, de espaldas a la marcha. Uno de los dos tenía que ir en esta posición, porque el dinero del Estado tiene una cara para cada reverso y un reverso para cada cara, de modo que el viajar a expensas del Erario, como ellos lo hacían, era incestuoso. Una moneda de níquel tiene una mujer por un lado y un búfalo por el otro; es decir, dos caras y ninguna espalda. Yo no lo entiendo. Darl tenía un catalejo muy pequeñín que compró en Francia durante la guerra. Por él veía una mujer y un cerdo, con dos espaldas y ninguna cara. Ahora lo entiendo.

–Oye, Darl, ¿es de eso de lo que te estás riendo?

–Sí, sí, sí, sí, sí, sí.

El carro está parado en la plaza, con las mulas enganchadas, pero inmóviles, las riendas enrolladas alrededor del pescante. Está aculado contra la pared del Tribunal, sin diferenciarse en nada del centenar de carros que hay por allí. Jewel está a su lado, contemplando la calle, como cualquier otro hijo de vecino pueda contemplarla en un día así. Sin embargo, hay cierta diferencia casi imperceptible: ese inequívoco aire de inminente salida que tienen los trenes al ir a ponerse en marcha. Acaso sea por el hecho de que Dewey Dell y Vardaman, sentado al pescante, y Cash, que está tumbado en un jergón, dentro del carro, están comiéndose unos plátanos que van sacando de una bolsa de papel. «¿Es de esto de lo que te ríes, Darl?»

Darl es nuestro hermano, nuestro hermano Darl. Nuestro hermano Darl en un calabozo de Jackson, donde, dormidas las manos mugrientas en los barrotes apacibles de la reja, mira hacia afuera, mientras suelta por la boca espumarajos:

–Sí, sí, sí, sí, sí, sí.

DEWEY DELL

Cuando me vio el dinero, le dije:

–No es mío, no puedo disponer de él.

–Entonces, ¿de quién es?

–Es de Cora Tull. Es el de la señora Tull. Es lo que me dieron por las tortas.

–¿Diez dólares por dos tortas?

–¡No lo toque usted, que no es mío!

–Eso de las tortas es un cuento. Jamás las has tenido. Lo que tú traías en el paquete aquel era el traje de los domingos.

–¡No lo toque usted! ¡Si le pone las manos encima, es usted un ladrón!

–¿Qué es eso? ¡Mi propia hija llamándome ladrón! ¡Mi propia hija!

–¡Padre, por favor! ¡Padre!

—¡De modo que para eso te he criado y te he vestido! ¡Para esto he gastado mi cariño y mi afecto! ¡Para que mi propia hija única, la hija de mi difunta esposa, me llame ladrón en la tumba de su madre!

—¡Si es que no es mío, padre, se lo aseguro! Si lo fuera bien sabe Dios que podía usted cogerlo.

—¿Y se puede saber de dónde has sacado tú diez dólares?

—¡Padre, padre, por favor!

—¿No quieres decírmelo? ¿O ha sido de una manera tan vergonzosa que no te atreves a decírmelo?

—Le digo que no son míos. ¿No se da usted cuenta de que no son míos?

—No es que piense no devolverlos. Pero ¡mira que llamarle ladrón a su propio padre!

—Le juro que no es posible. Ya le he dicho que este dinero no es mío. Dios es testigo de que si lo fuera...

—Yo no lo querría. ¡Que la propia hija de uno, a la que ha alimentado uno durante diecisiete años, le niegue a uno un préstamo de diez dólares!... ¡Vamos, es el colmo!

—Sí ya le digo que es que no es mío, que no puedo.

—¿De quién es entonces?

—Me lo dieron. Para comprar una cosa.

—¿Para comprar el qué?

—¡Padre, padre, por favor!

—No es más que un préstamo. ¡Bien sabe Dios lo que me duele que los hijos de mis entrañas tengan nada que reprocharme! Pero yo les he dado a ellos todo lo que tenía, sin restricciones. Y con alegría. Y sin escatimarles nunca nada. Y ahora, este es el pago que me dan. ¡Ay, Addie! ¡Qué suerte has tenido muñéndote!

—¡Padre, padre!

—¡Bien lo sabe Dios!

Total, que cogió el dinero y se fue con él.

CASH

Decía que cuando nos paramos allí para que nos dejaran los azadones, oímos un gramófono que tocaba en la casa; así que cuando terminamos con los azadones, va y dice mi padre:

—Estoy en que lo mejor será que los vaya a devolver ahora mismo.

Así que volvimos a la casa.

—Convendrá que llevemos a Cash a que lo vea Peabody —dijo Jewel.

—No tardo ni un minuto —dijo padre, apeándose del carro. La música no tocaba ahora.

—Que vaya Vardaman —dijo Jewel—. Lo hará en la mitad de tiempo que usted. O si no, déjeme a mí...

—No, no; es mejor que vaya yo —dice padre—. Al fin y al cabo, soy yo el que los ha pedido prestados.

Así es que nosotros nos hemos quedado sentados en el carro. Pero la música ya no tocaba. Me parece que es mejor que no tengamos uno de estos cacharros en casa, porque yo me pasaría el tiempo oyéndolo y el trabajo nunca saldría adelante. Me pregunto si no es un poco de música lo más agradable que un individuo puede conseguir. Me da la impresión de que, cuando se vuelve a casa después de una jornada de mucho trabajo, nada puede ayudarle tanto a uno a descansar como echarse a oír un poco de música. He visto unos que se cierran como las maletas, de un solo golpe, y que se los puede uno llevar a donde quiera.

—¿Qué imaginas que pueda estar haciendo? —dice Jewel—. A mí, ya me había dado tiempo de llevar y traer los azadones lo menos diez veces.

—Déjale que haga las cosas a su manera —le digo yo—. No olvides que no es tan vivo como tú.

—Entonces, ¿por qué no me dejó que fuera yo a devolverlos? Todavía tenemos que llevarte a ti al médico. Como andemos perdiendo tiempo, ya no salimos para casa mañana.

—¡Qué va! ¡Tenemos tiempo de sobra! —le digo—. Oye, ¿cuánto crees que podrán costar estos cacharros a plazos?

–¿Y qué más te da? –dice Jewel–. ¿O es que tienes dinero para pagarlos?

–¡Cualquiera sabe! –digo–. Mira, aquel de Suratt lo podría haber comprado a lo mejor por cinco dólares.

En estas que vuelve padre, con lo que nos vamos a donde Peabody. Padre dijo que entretanto iba a ir a la barbería, para que le dieran una pasada. Por la noche dijo que tenía que atender ciertos asuntos, sin atreverse a mirarnos de frente mientras lo decía. El pelo le brillaba de puro repeinado y todo él emanaba un olor dulzón a perfumes y colonia; pero yo dije que le dejaran hacer todo aquello que quisiera. A mí mismo no me habría importado volver a oír un poco aquella dichosa música.

A la mañana siguiente volvió otra vez a irse. Cuando volvió nos mandó que fuéramos enganchando y que tuviésemos todo dispuesto para emprender la marcha, que él ya se reuniría con nosotros. Cuando los demás se marcharon, me preguntó:

–Supongo que ya no tendrás más dinero...

–Peabody me dio solo lo justo para pagar el hotel –le contesté–. Pero ya no necesitamos más, ¿no es así?

–No –dijo padre–, claro que no. ¡Qué vamos a necesitar!

Y se quedó plantado, sin atreverse a mirarme a la cara.

–Si es algo que no hay más remedio, tal vez Peabody... –le digo.

–No, no, no hace falta nada más. Esperadme todos en la esquina.

De modo que Jewel cogió las mulas y vino a recogerme, y luego me arreglaron una cama en el carro, y atravesamos la plaza hasta la esquina que había señalado padre.

Nos quedamos allí esperando, Dewey Dell y Vardaman sin parar de comer plátanos. En esto que los vemos aparecer por la calle arriba. Padre traía aquel aire inconfundible, avergonzado y orgulloso a un tiempo, que se le ponía siempre que hacía algo que no ignoraba que a madre no le iba a sentar bien. Y en la mano traía un maletín. Conque va Jewel y dice:

–¡Atiza! ¿Qué es eso?

Pero ahora nos damos cuenta de que no es el maletín lo que le hace cambiar de aspecto, sino la cara. Y es Jewel el que se da cuenta de la causa:

–¡Se ha puesto la dentadura!

Y, efectivamente, era eso. Parecía que tenía ahora un pie más de estatura, a fuerza de engallar la cabeza, sin perder su expresión entre la humildad canina y de orgullo. En este momento la vimos a ella, con el otro maletín en la mano: una mujer de esas de tipo de pato, muy peripuesta, con un par de ojos de duro mirar, que parecían ir desafiando a ver quién era el guapo que le decía nada. De modo que nos la quedamos mirando desde lo alto del carro. Dewey Dell y Vardaman se quedaron con la boca medio abierta, y con sendos plátanos a medio comer en la mano, mientras ella se acercaba siguiendo a padre, mirándonos con aquel aire provocativo de a ver quién era el guapo que se le atrevía. Hasta entonces no me di cuenta de que el maletín que traía ella era uno de esos gramófonos de tamaño pequeño. No, no había duda: cerrado y todo, era tan bonito como un cuadro. Así que cada vez que nos llegara por correo un disco y nos reuniéramos todos a oírlo en las veladas de invierno, yo no podría por menos de pensar: «¡Lástima que no esté aquí también Darl, con el buen rato que habría pasado!»

Aunque para él quizá resulten mejor las cosas tal y como están. Este mundo no es su mundo; esta vida no está hecha para él.

–Éstos son Cash, y Jewel, y Vardaman, y Dewey Dell –está diciendo padre, con su aire de perro apaleado, pero lleno de orgullo al propio tiempo, por su dentadura recién puesta y todo lo demás; pero sin atreverse a mirarnos. Y luego, sin darle importancia–: Os presento a la señora Bundren.